

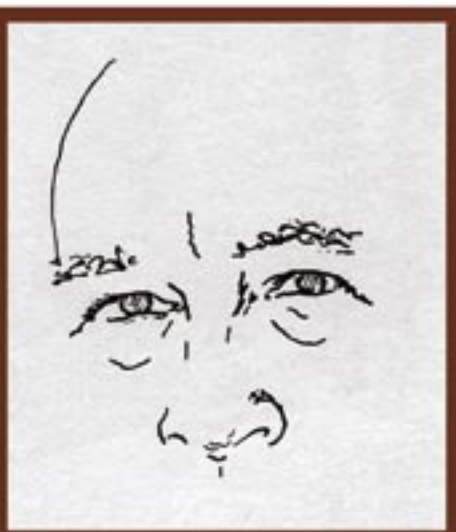
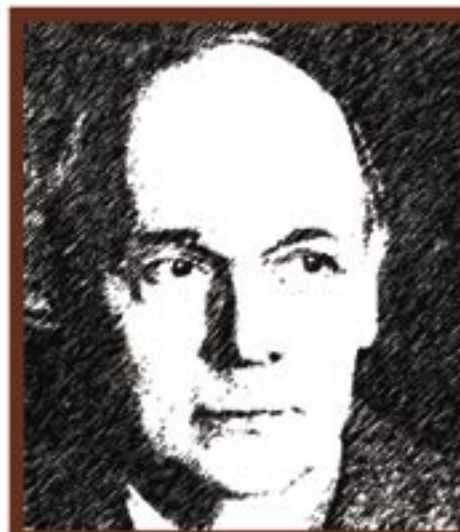
UN AMIGO EN TIERRAS LEJANAS

ALFONSO REYES

CORRESPONDENCIA

WERNER JAEGER (1942-1958)

Estudio, edición y notas de
Sergio Ugalde Quintana



EL COLEGIO DE MÉXICO

UN AMIGO EN TIERRAS LEJANAS

CORRESPONDENCIA

ALFONSO REYES/WERNER JAEGER (1942-1958)

UN AMIGO EN TIERRAS LEJANAS

CORRESPONDENCIA

ALFONSO REYES/WERNER JAEGER

(1942-1958)

Estudio, edición y notas
de
Sergio Ugalde Quintana

Colección Testimonios



EL COLEGIO
DE MÉXICO

M868.6209

R4572a

Reyes, Alfonso, 1889-1959

Un amigo en tierras lejanas : correspondencia Alfonso Reyes/Werner Jaeger, 1942-1958 / estudio, edición y notas de Sergio Ugalde. -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2009.

186 p. ; 21 cm. -- (Colección Testimonios)

ISBN 978-607-462-083-2

1. Reyes, Alfonso, 1889-1959 -- Correspondencia. 2. Jaeger, Werner, 1888-1961 -- Correspondencia. 3. Autores mexicanos -- Siglo XX. 4. Autores alemanes -- Siglo XX. I. Ugalde, Sergio, comp. II. t. III. Serie.

Primera edición, 2009

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-083-2

Impreso en México

ÍNDICE

Crónica de dos descubrimientos: Alfonso Reyes y Werner Jaeger 11

CORRESPONDENCIA

1. Jaeger a Reyes, 28 de marzo de 1942	33
2. Reyes a Jaeger, 9 de abril de 1942	37
3. Jaeger al FCE, 10 de abril de 1942	38
4. Jaeger a Reyes, 20 de abril de 1942	40
5. Jaeger a Reyes, 2 de junio de 1942	41
6. Jaeger a Reyes, 10 de junio de 1942	43
7. Jaeger a Reyes, 19 de enero de 1943	44
8. Reyes a Jaeger, 27 de enero de 1943	48
9. Jaeger a Reyes, 19 de febrero de 1943	49
10. Reyes a Jaeger, 13 de octubre de 1943	50
11. Jaeger a Reyes, 20 de octubre de 1943	50
12. Jaeger a Reyes, 10. de noviembre de 1943	51
13. Reyes a Jaeger, 26 de noviembre de 1943	52
14. Jaeger a Reyes, 2 de diciembre de 1943	54
15. Jaeger a Reyes, 10 de diciembre de 1943	56
16. Reyes a Jaeger, 26 de febrero de 1944	58
17. Jaeger a Reyes, 4 de marzo de 1944	59
18. Reyes a Jaeger, 17 de marzo de 1944	60
19. Jaeger a Reyes, 18 de marzo de 1944	61
20. Jaeger a Reyes, 10 de agosto de 1944	62
21. Jaeger a Reyes, 10 de septiembre de 1945	65
22. Jaeger a Reyes, 22 de mayo de 1946	67
23. Jaeger a Reyes, 31 de diciembre de 1946	68
24. Jaeger a Reyes, 24 de julio de 1947	69
25. Reyes a Jaeger, 10. de julio de 1949	71

26. Jaeger a Reyes, 7 de julio de 1949	72
27. Jaeger a Reyes, 19 de diciembre de 1949	73
28. Reyes a Jaeger, 23 de mayo de 1950	74
29. Jaeger a Reyes, 27 de mayo de 1950	75
30. Jaeger a Reyes, 29 de diciembre de 1951	77
31. Jaeger a Reyes, 18 de abril de 1953	79
32. Reyes a Jaeger, 16 de febrero de 1954	80
33. Jaeger a Reyes, 27 de febrero de 1954	81
34. Reyes a Jaeger, 8 de marzo de 1954	84
35. Jaeger a Reyes, 27 de marzo de 1954	84
36. Jaeger a Reyes, 16 de octubre de 1954	85
37. Jaeger a Reyes, 25 de agosto de 1956	86
38. Jaeger a Reyes, 15 de septiembre de 1956	87
39. Jaeger a Reyes, 13 de octubre de 1956	88
40. Jaeger a Reyes, 23 de marzo de 1957	90
41. Jaeger a Reyes, 14 de septiembre de 1957	91
42. Jaeger a Reyes, 10. de febrero de 1958	92
43. Jaeger a Reyes, 26 de abril de 1958	93
44. Jaeger a Reyes, 16 de diciembre de 1958	95

APÉNDICES

I

CARTAS ORIGINALES EN INGLÉS

1. Jaeger a Reyes, March 28, 1942	99
3. Jaeger al FCE, April 10, 1942	102
4. Jaeger a Reyes, April 20, 1942	103
5. Jaeger a Reyes, June 2, 1942	104
6. Jaeger a Reyes, June 10, 1942	105
7. Jaeger a Reyes, January 19, 1943	106
9. Jaeger a Reyes, February 19, 1943	108
11. Jaeger a Reyes, October 20, 1943	109
12. Jaeger a Reyes, November 1, 1943	110
14. Jaeger a Reyes, December 2, 1943	111
15. Jaeger a Reyes, December 10, 1943	113
17. Jaeger a Reyes, March 4, 1944	114
19. Jaeger a Reyes, March 18, 1944	115

20. Jaeger a Reyes, August 10, 1944	116
21. Jaeger a Reyes, September 10, 1945	119
22. Jaeger a Reyes, May 22, 1946	120
23. Jaeger a Reyes, December 31, 1946	121
24. Jaeger a Reyes, July 24, 1947	122
26. Jaeger a Reyes, July 7, 1949	123
27. Jaeger a Reyes, December 19, 1949	124
29. Jaeger a Reyes, May 27, 1950	125
30. Jaeger a Reyes, December 29, 1951	126
31. Jaeger a Reyes, April 18, 1953	127
33. Jaeger a Reyes, February 27, 1954	128
35. Jaeger a Reyes, March 27, 1954	130
36. Jaeger a Reyes, October 16, 1954	130
37. Jaeger a Reyes, August 25, 1956	131
38. Jaeger a Reyes, September 15, 1956	132
39. Jaeger a Reyes, October 13, 1956	133
40. Jaeger a Reyes, March 23, 1957	134
41. Jaeger a Reyes, September 14, 1957	135
42. Jaeger a Reyes, February 1, 1958	136
43. Jaeger a Reyes, April 26, 1958	137
44. Jaeger a Reyes, December 16, 1958	138

II

DOCUMENTOS

1. "De cómo Grecia construyó al hombre" (1943) <i>Alfonso Reyes</i>	143
2. "Recibí la noticia de la muerte de Alfonso Reyes..." (1960) <i>Werner Jaeger</i>	181

CRÓNICA DE DOS DESCUBRIMENTOS

Alfonso Reyes y Werner Jaeger

Sergio Ugalde Quintana

En un simpático y sustancioso ensayo de 1949, Alfonso Reyes enumeró casi todas las posibilidades de la literatura epistolar: hay cartas privadas, de intenciones literarias o estéticas; novelas o cuentos escritos como cartas; cartas educativas, filosóficas, jurídicas, teológicas, amorosas, filológicas, de relaciones de viaje. Todo, asegura Reyes, puede ser pretexto para escribir una misiva.¹ Lo peculiar de ellas es el diálogo, el intercambio, el vínculo entre dos personas. Ya en sus años mozos, allá por 1911, Reyes, bajo la tutela exigente de Pedro Henríquez Ureña, fue obligado a abandonar la “proverbial pereza hispánica en los usos prácticos de las misivas”. El amigo y maestro dominicano, desesperado por la falta de noticias, pedía que le escribiera más cartas.² Seguramente el consejo quedó muy grabado en él, pues con el correr de los años, Alfonso Reyes llegó a entablar correspondencia con al menos 2 750 personas. La cantidad abrumadora de correos sólo es comparable con los universos culturales que esas cartas dejan entrever. Sus epistolarios pueden leerse como los mapas de sus relaciones intelectuales. En ellos, no sólo se encuentran las ideas del hombre, sino los hechos que vinculan a ese

¹ Alfonso Reyes, “Literatura epistolar” (1949), en *Obras completas*, vol. XXV, México, FCE, 1991, pp. 477-489.

² Cf. Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, México, FCE, 1986. Cito un ejemplo: “Dame detalles de los sucesos políticos, y haz que Martín me escriba largo. Supongo que a los demás es imposible hacerlos escribir. Los mexicanos son gente que no viajan, y, por lo tanto, no saben escribir cartas” (Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes fechada en La Habana el 2 de mayo de 1911, en *ibid.*, p. 167).

hombre con su entorno. A justo título, se puede decir que en esas correspondencias se descubren las “perspectivas sobre el mundo cultural de ciertas figuras eminentes”.³ El propio Reyes ha sido enfático sobre el interés que despierta el estudio de los documentos epistolares: “Sin el estudio de las cartas, la cultura en general (tesoro espiritual acumulado por las generaciones), la historia, la biografía, las letras, presentan zonas de silencio o, a veces, carecen de explicación. Ellas, como decía el Doctor Johnson, nos permiten apreciar los actos en sus motivos, los sistemas en sus elementos. Sin contar con el deleite desinteresado de viajar por estos paisajes interiores del hombre que sólo las cartas nos franquean”.⁴ Creo que la relevancia, y la importancia, de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Werner Jaeger debe verse en ese contexto: es el testimonio del mundo cultural de ambas figuras.

Los originales de las 44 cartas aquí reunidas están albergados en la Capilla Alfonsina de la Ciudad de México, bajo el folio 1 284. El periplo de la correspondencia comienza hacia 1942. Jaeger tenía seis años de vivir exiliado en Estados Unidos y tres de haber obtenido la cátedra de Estudios Clásicos en la Universidad de Harvard. En esos momentos, le llega un libro remitido desde México. El texto trata sobre asuntos de la Antigüedad clásica y lleva por título *La crítica en la Edad Ateniense*. El autor, Alfonso Reyes, le era completamente desconocido. Jaeger nunca antes había escuchado ese nombre. Así lo asegura él mismo cuando, un tanto avergonzado, confiesa la doctísima fuente que consultó para averiguar su identidad: el *Who is who?* De igual manera, es muy probable que en ese entonces Reyes apenas haya tenido noticia de las labores del filólogo alemán. Hasta esa fecha no hay una sola mención a los trabajos o a la persona de Werner Jaeger en las obras del mexicano. En todo caso, el desconocimiento probablemente era mutuo. De ahí la conveniencia de situar las dimensiones de sus figuras y hacer un breve recorrido por los intereses clásicos de ambos personajes hasta antes del inicio de su correspondencia.

³ Alfonso Reyes, “Literatura epistolar” (1949), *op. cit.*, p. 479.

⁴ *Ibid.*, pp. 488-489.

I

Werner Wilhelm Jaeger nació el 30 de julio de 1888 en la pequeña ciudad de Lobberich, a orillas del Bajo Rin y cerca de la frontera holandesa. Provenía de una familia protestante de clase media. Su padre, como su abuelo, había sido empleado de una fábrica textil. Desde muy pequeño tuvo una evidente afición por Roma y Grecia; a los nueve años aprendió latín y, a los trece, griego. Durante su juventud, adquirió una sólida formación clásica en el “Thomas à Kempis Gymnasium”. En 1907 se matriculó en la Universidad de Marburgo, donde permaneció un semestre. Allí entró en contacto con la escuela neokantiana de Cohen y Nartop. El centro de las discusiones intelectuales de la Universidad de Marburgo, de ese momento, era Platón. El joven Jaeger descubrió allí que el mundo griego podía tener una actualidad filosófica. Sin embargo, la Meca de la filología clásica —que seguía siendo su interés principal— no era Marburgo, sino Berlín. La gran tradición filológica clásica alemana, que iba de August Boeckh a Otfried Müller, tenía en ese momento como centro de irradiación la figura de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, quien, desde 1897, en su trono berlinés, dictaba el ritmo de los estudios filológicos de Europa. El cambio de ciudad era inevitable. Ya instalado en Berlín, Jaeger muy pronto abrevó del influjo de cuatro filólogos: Johanes Vahlen, a quien siempre agradeció el trabajo gramatical, detallado, microscópico y paciente; Aldolf Lasson, quien llamó su atención al contenido de los textos; Hermann Diels, director de su tesis doctoral sobre Aristóteles, además de amigo; y, finalmente, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, a quien siempre consideró su maestro. El influjo de Wilamowitz sobre Jaeger puede observarse, según Wolfgang Schadewaldt, en tres aspectos: en principio, el conocimiento directo de los textos y los manuscritos, de ahí el trabajo brillante como editor de los clásicos; la convicción de que la historia de las ideas se construye con ejemplos concretos; y, finalmente, la seguridad de que la historia de la filosofía no puede verse aislada de los demás sucesos de la cultura.⁵ En poco tiempo, Jaeger se volvió uno de los alumnos más destacados del círculo berlinés. Wilamowitz, en una carta a Walter F. Otto, llegó a asegurar: “Él es nuestra gran esperanza. Un talento que [Diels y

⁵ Wolfgang Schadewaldt, *Hellas und Esperien: Gesammelte Schriften zur Antike und zur Neueren Literatur*, vol. 2, Zurich/Stuttgart, 1970, p. 714.

yo] no habíamos tenido hasta ahora entre los alumnos. Además de una fantasía constructiva, posee un sólido conocimiento del lenguaje. [...] Hacemos lo posible para facilitarle la existencia, y le deseamos lo mejor, pero no puede esperar para mucho tiempo”.⁶ Lo mismo opinaba Hermann Diels: “por el momento, él es la gran esperanza de nuestra disciplina”.⁷ La tesis doctoral de Jaeger, *Studien zur Entstehungsgeschichte der Metaphysik des Aristoteles*, Berlín, 1912, en poco tiempo se convirtió en una referencia obligada para los estudiosos del filósofo estagirita. El trabajo de “Habilitation” discurrió sobre un Padre de la Iglesia poco conocido: Nemesio de Emesa (*Nemesios von Emesa: Quelleforschungen zum Neuplatonismus und seinen Anfängen bei Poseidonios*, Berlín, 1914). En forma casi simultánea, Jaeger también destacó por sus ediciones de textos clásicos.

La nueva esperanza de la filología clásica alemana muy pronto obtuvo un puesto universitario. La cátedra que décadas atrás había sido de Friedrich Nietzsche en la Universidad de Basilea, pasó a manos de Werner Jaeger en 1914. En su lectura inaugural, “Philologie und Historie”, Jaeger ya esbozaba un programa intelectual que tiempo después llevaría el nombre de “Der Dritte Humanismus” (el “Tercer Humanismo”);⁸ en ella mantenía un diálogo en voz baja con Nietzsche y Wilamowitz.⁹ Sin embargo, el joven académico permaneció poco tiempo en la ciudad suiza. Pronto, en 1915, fue llamado a instalarse en Kiel. Ahí, tres años después de haber llegado, se desató una revuelta militar que se conoce como la Revolución de Noviembre. Jaeger asistió, entre desconcertado y temeroso, al nacimiento de la República de Weimar. La Primera Gue-

⁶ *Apud* William M. Calder, “12. March 1921: The Berlin Appointment”, en *Werner Jaeger Reconsidered: Proceedings of the Second Oldfather Conference, Held on the Campus of the University of Illinois at Urbana-Champaign, April 26-28, 1990*, ed. William M. Calder III, Atlanta, Georgia, Scholars Press, 1990, pp. 3-4. (En adelante, *Werner Jaeger Reconsidered...*)

⁷ *Idem*.

⁸ Werner Jaeger, “Philologie und Historie” (1914), en *Humanistische Reden und Vorträge*, 2a ed., Berlín, Walter Gruyer, 1960, pp. 1-16. En esta conferencia, Jaeger concebía la filología clásica como la guardiana y la sacerdotisa de los valores eternos de la cultura griega y romana.

⁹ Sobre las referencias implícitas de “Philologie und Historie” (1914) y los diálogos con la lección de Nietzsche “Homer und die klassische Philologie” (1869), véase el trabajo de Donald O. White, “Werner Jaeger’s ‘Third Humanism’ and the crisis of conservative cultural politics in Weimar Germany”, en *Werner Jaeger Reconsidered...*, p. 271.

rra Mundial (1914-1918) y los acontecimientos de noviembre lo impresionaron. Jaeger, como muchos intelectuales de su época, sintió que los valores de Occidente se desmoronaban. Ante ese espectáculo, frente a un mundo en ruínas, el filólogo creyó en la necesidad de reivindicar la tradición, de enarbolar la continuidad. La filología será el arma de salvación de los principios de Occidente.¹⁰ Con ella se descubrirán los valores eternos de la Antigüedad que puedan actuar en el mundo moderno. En los años de Kiel, Jaeger escribió los primeros borradores de su *Paideia*; inició sus trabajos de edición de las obras de Gregorio de Nisa; preparó conferencias y clases.

En 1921 fue llamado a ocupar en Berlín la cátedra vacante de Wilamowitz. El viejo y recalcitrante filólogo había tenido que retirarse debido a las nuevas leyes universitarias implantadas en la República de Weimar. Ese mismo año, el filósofo y pedagogo Eduard Spranger pronunció una conferencia (“La situación actual de las humanidades y la escuela”) en la que bautizó con el nombre de “Tercer Humanismo” al nuevo movimiento, en el ámbito educativo, de revaloración humanística clásica.¹¹ Si en el Renacimiento y en la época de Goethe había resurgido el mundo helénico como un sistema de valores ejemplares, ¿por qué no esperar un tercer florecimiento? La respuesta de Spranger y de Jaeger, al buscar en la Antigüedad clásica los valores que salvarían la crisis cultural del presente, no fue una reacción aislada. En realidad, muchos académicos ortodoxos de la época compartieron su posición. Desde finales del siglo XIX se expandió el sentimiento generalizado de una decadencia

¹⁰ En una carta de 1917, en plena Primera Guerra Mundial, Jaeger asegura: “Von Woche zu Woche reißt dieser Krieg tiefer die Fundamente auf, darauf das Leben bisher gebaut war, und je prinzipieller und quälender ich persönlich als junger Mensch die Probleme durchleben und kämpfen muß, je weniger ich irgendwo Festes um mich und in mir gewahr werde, desto mehr verfalle ich dem Schweigen. Der Zweifel an allem, mir von Haus aus inwohnend, ist zeitweise so stark über die vor einigen Jahren zu schüchternen Flugversuchen ansetzende Schwungkraft Herr geworden, daß selbst die philologische Arbeit in Mitleidenschaft geriet”. [Carta de Jaeger a Wilamowitz del 24 de julio de 1917, en Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, *Selected Correspondence*, ed. William M. Calder, en *Antiqua*, 23 (1983), p. 178.]

¹¹ “Aber ein Unterschied unseres Humanismus, den man den dritten nennen könnte gegenüber jenem zweiten, liegt in der Weite des Suchens und des Verstehens, das wir Modernen aufzubringen vermögen.” Eduard Spranger, *Der gegenwärtigen Stand der Geisteswissenschaften und die Schule: Rede gehalten auf der 53. Versammlung deutscher Philologen und Schulmänner in Jena am 27. September 1921*, Berlín, Leipzig, 1925, p. 7.

cultural en el seno de la élite intelectual universitaria alemana. Varios elementos incidían en esa perspectiva desencantada. Por un lado, el vertiginoso proceso de industrialización que había cambiado por completo el paisaje cultural de Alemania. Las máquinas, los obreros, la tecnología conformaban, para algunos, la prueba de un mundo sin sustancia y sin alma. Por otra parte, un irremediable proceso de masificación de la enseñanza superior atemorizaba a ciertos grupos que veían en la democratización educativa la pérdida de la antigua nobleza académica. Si a eso se aunaban la Primera Guerra Mundial, la Revolución de Noviembre y el periodo de la República de Weimar, el resultado era, para algunos grupos ortodoxos, una crisis total de la cultura. Los mandarines intelectuales se sentían desplazados. Ante ese espectáculo, algunos montaron en pánico, otros salieron a la defensa irrestricta de los valores occidentales. Este último fue el caso de Jaeger y muchos de sus colegas. La reacción ante la crisis, en algunos casos, fue el nacionalismo y el rechazo a las sociedades liberales. Los críticos ortodoxos se volvían profetas y se sentían víctimas de la modernidad.

En algún momento, alrededor de 1890, los académicos alemanes empezaron a expresar recelos con respecto al estado en que se encontraba la enseñanza alemana y la vida cultural en general. Hablaron de un declive en la vitalidad de sus tradiciones intelectuales, de una pérdida de significado y relevancia. Se preguntaron si ellos mismos eran parcialmente responsables por la superficialidad de la época, por la aparente separación de *Geist* y política, y por la violencia de los nuevos conflictos sociales. Empezaron a sospechar que las universidades habían descuidado su verdadera función de liderazgo espiritual, que la cultura de los mandarines había sido desamparada por sus propios guardianes, así como por el resto de la sociedad alemana. Estas dudas siguieron preocupando a la comunidad académica desde la década de 1890 a la de 1930, y alcanzaron su mayor intensidad durante los primeros años del periodo de Weimar. En la década de 1920, ningún profesor alemán dudaba ya de la existencia de una profunda crisis de la cultura.¹²

Los trabajos de difusión y de defensa de las humanidades clásicas que Jaeger impulsó a partir de los años veinte deben entenderse en ese

¹² Fritz K. Ringer, *El ocaso de los mandarines alemanes: catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, trad. José M. Pomares, Barcelona, Pomares/Corredor, 1995.

contexto.¹³ El filólogo se tornó en el guardián de los estudios clásicos en la República de Weimar. En 1924 fundó la influyente *Gesellschaft für die antike Kultur* (Sociedad para la Cultura Antigua) y su órgano de difusión: la revista *Die Antike. Zeitschrift für Kunst und Kultur des klassischen Altertums*. Un año después edita y publica otra revista de perfil más académico: *Gnomon. Kritische Zeitschrift für die gesamte klassische Altertumswissenschaft*. Organiza coloquios, debate sobre el papel que deben tener las humanidades en la reforma educativa, discute sobre la salvación del bachillerato humanístico. En el periodo de entreguerras, Jaeger adquiere un papel relevante, como portavoz de una élite cultural, en el ambiente académico y universitario. En todas sus actividades, acordes con el programa del Tercer Humanismo, puede observarse una campaña de reivindicación y revaloración de los estudios clásicos y el deseo de actualizar los valores de la Antigüedad. A pesar de que tiempo después Jaeger negó haber pertenecido a ese movimiento, en la primera edición de *Paideia* en alemán, aparecida en 1933, el filólogo utilizó el término acuñado por Sprenger: “El futuro tercer humanismo debe estar esencialmente orientado en el hecho fundamental de toda la educación griega, es decir, en el hecho de que la humanidad, el ser del hombre, se hallaba esencialmente vinculado a las características del hombre considerado como un ser político”.¹⁴ Algunos críticos han querido ver en el Tercer Humanismo el programa educativo del Tercer Reich.¹⁵ Sin duda, la aseveración es exagerada. Poco tiempo después, los propios filólogos nazis se deslindaron de la propuesta de Jaeger y del Tercer Humanismo. No obstante, los coquetos fueron innegables.

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler es nombrado Reich. Ese mismo año, apenas un mes más tarde, Jaeger dicta una conferencia sobre la educación del hombre político. Las ideas contenidas en esa conferencia despertaron fuertes suspicacias. El filólogo quiso aprovechar la situa-

¹³ Donald O. White, “Werner Jaeger’s ‘Third Humanism’ and the crisis of conservative cultural politics in Weimar Germany”, en *Werner Jaeger Reconsidered...*, pp. 267-288.

¹⁴ Werner Jaeger, *Paideia, Die Formung des griechischen Menschen*, Berlín, 1933, p. 13. En ediciones posteriores, Jaeger cambió la expresión de Sprenger por el “futuro humanismo”.

¹⁵ Johannes Irmscher, *Die klassische Altertumswissenschaft in der faschistischen Wissenschaftspolitik. Altertumswissenschaften und ideologischer Klassenkampf*, Halle, Martin Luther-Universität Halle, 1980, p. 79.

ción y asignar a la filología clásica un papel central en la formación del nuevo hombre político. Quizá fue el momento más polémico de la vida intelectual del filólogo. Poco después, aparece el primer volumen de *Paideia*. La recepción de la obra estuvo marcada por todas las contradicciones del momento. Bruno Snell señaló, en esa oportunidad, los peligros de la obra de Jaeger: se ponía a disposición de cualquier política, y eso, en tiempos fascistas, era sumamente peligroso.¹⁶ Sin lugar a dudas, Jaeger no fue un nazista; sin embargo, vivió en medio de todas las contradicciones que los grupos intelectuales ortodoxos experimentaron con el ascenso del nacional-socialismo. Muy poco tiempo después, un filólogo nacional-socialista criticó severamente su idea de un humanismo demasiado literario, filosófico, estético y ético.¹⁷ La expectativa de influir en el sistema educativo nazi fracasó.

En 1936, ante las leyes antisemitas, Jaeger huyó de Alemania. Cinco años antes, el filólogo se había casado, en segundas nupcias, con una estudiante judía. El exilio era inevitable. La Universidad de Chicago le abrió sus aulas. El ilustre alumno de Wilamowitz quemó sus naves y se instaló en Estados Unidos. No pasará mucho tiempo para que la Universidad de Harvard cree, ex profeso, una cátedra de Estudios Clásicos, sin obligaciones administrativas, para el famoso filólogo. Werner Jaeger se instaló en Boston en 1939. Los estudios clásicos, en esos momentos, estaban en ciernes en Estados Unidos. Los filólogos estadounidenses no tenían ni por asomo la tradición, la fuerza ni el poder político de los alemanes. Jaeger se resigna. Sabe que no tendrá la capacidad de convocatoria que había tenido en sus años berlineses. Sus estudiantes no viven la filología clásica como un destino de vida, sino como un pasatiempo. Los clasicistas estadounidenses le parecen unos diletantes; filólogos de nueve a cinco. En ese ambiente, un día de inicios de 1942, llegó al cubícu-

¹⁶ “Das ästhetische Humanismus forderte eine klassische Kunst –was soll man sich unter einer klassischen Politik denken? Für ein philologisches Werk kann der Hinweis auf das politische Verhalten der Griechen wertvoll sein [...]. Aber ein Humanismus mit bloßer ‘Hexis’ und reinem ‘Ethos’ ist geradezu unpolitisch, weil er nicht der Politik dient –oder weil er sich jeder Politik dienstbar machen kann; das heißt, daß er standing in Gefahr ist, Literatentum zu werden.” (Bruno Snell, “Paideia I” (1935), en *Gesammelte Schriften*, Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1966, pp. 53-54.)

¹⁷ Hans Drexler, “Der Dritte Humanismus: Ein kritischer Epilog”, en *Auf dem Wege zum nationalpolitischen Gymnasium*, Diesterweg, Frankfurt, Beiträge zur national-sozialistischen Ausrichtung des Altsprachlichen Unterrichts, cuaderno 10, 1938.

lo de Werner Jaeger un libro remitido desde México por el editor encargado de publicar su *Paideia* en español. El volumen lleva por título *La crítica en la Edad Ateniense* y el autor es un tal Alfonso Reyes.

II

En el último tercio del siglo XIX, varios escritores e intelectuales hispanoamericanos, que la historia literaria suele agrupar bajo el movimiento modernista, sintieron una especial atracción por Grecia. El mundo helénico que ellos alabaron era, en la mayoría de los casos, la imagen armónica e idealizada que la intelectualidad francesa, sobre todo Ernest Renan, les había legado. Unos versos de Rubén Darío son enfáticos al respecto: “Amo más que la Grecia de los griegos / la Grecia de la Francia, porque en Francia / al eco de las risas y de los juegos / su más dulce licor Venus escancia”. Los poetas, los ensayistas, la joven intelectualidad hispanoamericana finisecular volteaba a ver el mundo griego con interés y fascinación. Unos cuantos años después, al inaugurarse el siglo XX, en ese mismo tenor, el escritor uruguayo José Enrique Rodó escribió en su *Ariel*:

La belleza incomparable de Atenas, lo impercedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de aquella ciudad de prodigios que fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. [...] Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el milagro griego —una inimitable y encantadora mezcla de animación y serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.¹⁸

La Grecia idealizada, símbolo de juventud y de candor, se volvía un ejemplo y un modelo de perfeccionamiento social; un ideal por alcanzar. Rodó había dedicado su libro a la juventud de América. Sin duda, algunos jóvenes de este continente escucharon la prédica. Al menos, eso

¹⁸ José Enrique Rodó, *Ariel*, ed. Ángel Rama, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 12.

puede deducirse de lo que acontecía en México en los primeros años del siglo xx. Hacia 1906, en la capital de la república, un grupo de intelectuales comenzaba a reunirse. Son los primeros encuentros de una generación que tiempo después será conocida como el Ateneo de la Juventud. En 1907, esos jóvenes organizan, bajo el nombre de Sociedad de Conferencias, un ciclo de charlas. El dominicano Pedro Henríquez Ureña, miembro del grupo, escribió una reseña del encuentro:

Este grupo juvenil ha logrado disfrutar de las ventajas de la más moderna y amplia cultura que ya se abre paso en México. Lo anima un espíritu de independencia y no se aferra a ninguna secta literaria ni filosófica. Sin embargo, en una de sus tendencias típicas puede reconocérsele como continuador de la mejor tradición de la cultura mexicana. El amor a la antigüedad clásica que se mantiene vivo en toda una serie de intelectualidades mexicanas (Ignacio Ramírez, Ipanandro Acaico, Vigil, Pagaza, Casasús, el mismo Gutiérrez Nájera en sus *Odas breves*, Othón, Urueta), reaparece en ellos con nueva fuerza.¹⁹

Uno de los integrantes, continúa Henríquez Ureña, manifiesta una fervorosa afición helénica: “Alfonso Reyes se ha inspirado constantemente en asuntos griegos desde la ‘Oración pastoral’ hasta los sonetos a ‘Chénier’, que recitó en la última velada de esta sociedad de conferencias”.²⁰ El origen de la afición de Grecia en Alfonso Reyes, quien había nacido en 1889, debe entenderse, me parece, dentro de la irradiación del modernismo hispanoamericano y en continuidad con la tradición clasicista del siglo xix en México. Los primeros poemas de Reyes, entre sátiros y ofrendas, “están llenos de ecos de la Arcadia, del Asia griega” y en sus elegías juveniles resuena “el ágil yambo arquilóqueo”.²¹ En ellos se recuerda no sólo a Darío, quien ya había sentenciado su famoso: “tan antiguo y tan moderno”, sino, y sobre todo, a Manuel José Othón, su padrino poético.²² En varias ocasiones, el joven poeta se enfrentó a la incompreensión de sus contemporáneos. Así lo demuestra el desconcierto que el propio Bernardo Reyes experimentó ante los poemas de su

¹⁹ Pedro Henríquez Ureña, “Conferencias” (1907), en *Obra crítica*, ed. Emma Susana Speratti Piñero, México, FCE, 2001, p. 172.

²⁰ *Idem*.

²¹ Ingemar Düring, “Alfonso Reyes helenista”, en *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*, Madrid, Insula, 1962, p. 66.

²² Alfonso Reyes, “Un padrino poético”, en *Orígenes*, núm. 13, 1947, pp. 5-8.

hijo.²³ Muchos años después, Alfonso Reyes todavía recordaba la fría recepción de *Huellas*, su primer poemario:

Quando yo aparecí con mis primeros versos en la literatura mexicana, realmente tuve una sensación de triunfo inmediato. Como los poetas de aquel tiempo, entre los cuales yo era el *benjamín*, se habían desentendido del todo de las letras clásicas, mi poesía tenía algo de grande sorpresa. Cuando me decidí años después a reunir todos esos poemas mi libro tuvo nada más que un *succès d'estime*, como dicen los franceses. Sentí el frío, y aunque ya lo presentía porque mis versos no iban con la moda, esa impresión no dejó de afectarme. Yo creo sinceramente que me desarmó un poco.²⁴

El joven poeta vio alimentada su afición griega en el círculo intelectual del Ateneo. Muy pronto, hacia 1908, Pedro Henríquez Ureña organizó una serie de lecturas sobre el mundo helénico. Las conferencias no llegaron a realizarse; sin embargo, el universo helénico ya estaba funcionando.²⁵ El sabio dominicano elabora una lista de obras por leer que abarca tanto la tragedia ática como a sus comentadores más importantes. Reyes, así se deduce de la correspondencia con su amigo dominicano, se rodeó de cultura clásica en esos años. La prueba más fehaciente fue el ensayo que hacia 1908 escribió sobre “Las *Tres Electras* del teatro ateniense”. Ahí, se nota el universo cultural que el Ateneo, y en especial Henríquez Ureña y Reyes, puso a circular. Entre los críticos y filólogos

²³ En carta a Pedro Henríquez Ureña, fechada el 21 de enero de 1908, Reyes relata la incompreensión que sufre en Monterrey por las referencias griegas en su poesía: “Aquí me han confesado con tristeza que ya no entienden mis versos. Por supuesto que mi papá no dice eso pero lo da a entender. Nada menos el otro día le recité mis sonetos a Othón y cuando oyó: ‘Othón ha muerto, lleguen al vecino / Sepulcro, a diario, las campesres diosas, / Ellas por siempre mantendrán las losas / de miel regadas y de leche y vino’, se extrañó de la imagen final y sólo la admitió cuando le expliqué que no era invento mío sino costumbre griega. Entonces me dijo que, cuando eso se publicara, habría que explicar la cosa en una nota, porque estaba muy raro”. (Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia (1907-1914)*, ed. José Luis Martínez, México, FCE, 2004, p. 61.)

²⁴ Carta de Alfonso Reyes a Gabriel Méndez Plancarte, fechada el 28 de septiembre de 1937, en *Humanismo y literatura: correspondencia entre Alfonso Reyes y Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte*, ed. Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2006.

²⁵ Susana Quintanilla, “Dioniso en México, o, cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos”, *Historia Mexicana*, núm. 203, 2002, pp. 619-663.

que Reyes menciona en su ensayo se encuentran destacados filólogos alemanes, que Henríquez Ureña le acercó: Otfried Müller, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, Friedrich Nietzsche. A la Grecia francesa del modernismo, se sumaba ahora la Grecia alemana.²⁶ Un elemento destaca en las reflexiones del ensayista: la función del coro en el teatro clásico como un elemento de irrupción lírica. Reyes lee y analiza la literatura griega para sacar provecho en su propia obra poética.

Años después, ya en el exilio español, Reyes recordó aquellos momentos fundacionales del Ateneo, cuando el mundo griego se volvía, para un grupo de jóvenes lectores, parte de la vida cotidiana en la capital de México. La literatura clásica en ese momento adquiría una densidad vivencial y existencial:

Por el año de 1908, estudiaba yo las “Electras” del teatro ateniense. [...] El estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma [...]. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros [...] se iban tornando confidentes y consejeros [...] la literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud. Ignoro si éste es el recto sentido del humanismo. [...] Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra [...]. Somos una con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia.²⁷

Muchos años pasaron para que Reyes, después del periodo del Ateneo, se ocupara de nuevo de la literatura helénica. Sin embargo, el germen ya estaba ahí. En más de una década, el escritor bordeó por otras literaturas e imaginaciones, hasta que en 1923, en medio de varias encrucijadas, el poeta escribió su *Ifigenia cruel*. Nuevamente, el mundo clásico era un modelo de inspiración artística. En ese poema dramático, Reyes sintetiza muchas de sus inquietudes estéticas e intelectuales. Ahí se en-

²⁶ Sobre el germanismo de Henríquez Ureña pueden verse los comentarios de José Luis Martínez en su “Introducción” a Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, México FCE, 1986, pp. 9-39.

²⁷ Alfonso Reyes, “Comentario a *Ifigenia cruel*”, en *Obra poética, Obras completas*, vol. X, México, FCE, pp. 351-352.

cuentra el drama autobiográfico,²⁸ el conflicto ontológico,²⁹ la encrucijada de identidad cultural,³⁰ las discusiones estéticas.³¹ Todo ello, bajo los símbolos de la Grecia clásica. El poeta reinterpreta la figura y cuenta, a su modo, la historia de Ifigenia. Un universo de lecturas se transforma en poesía. Los personajes adquieren la densidad de las encrucijadas del poeta. Ifigenia ha perdido la memoria. Orestes, en un estilo muy Siglo de Oro, lucha por que su hermana recuerde el pasado y vuelva con él. Entre hexámetros y un casi soneto, Ifigenia recupera la memoria, pero el recuerdo le trae la historia de sangre que corre por su casta. Al contrario de lo que sucede en el teatro clásico, en el francés, en el alemán o en el italiano, la anagnórisis no devuelve al personaje a la civilización. Ifigenia, en un acto de reafirmación de su libertad, decide permanecer entre los bárbaros. La densidad de simbolismos presentes en esta obra se explica por las disyuntivas del escritor. El poeta ha dado sentido a los símbolos clásicos griegos a partir de su propia vida y sus propios interrogantes. 18 años pasaron para que Reyes, después de esta obra, volviera al mundo de Grecia. Algunos datos pueden explicar este regreso.

Después de casi tres décadas de exilio, Alfonso Reyes regresa a México en 1939. Las embajadas, los cambios de país, las mudanzas han terminado. El poeta se instala en forma definitiva en su país. Entre las múltiples actividades que realiza, Reyes ejerce la docencia y crea centros de investigación. El antiguo diplomático se ve ahora en el papel de creador de instituciones y de profesor. En 1940 dicta un curso en la Facultad de Filosofía y Letras con el título “La crítica en la Edad Ateniense”. Grecia, en este ensayo, ya no es fuente de inspiración poética, sino un modelo de sociedad, de enseñanza, de convivencia, de creación. Con el pretexto de buscar los orígenes de la crítica literaria en Occidente, Reyes en realidad dibuja un ideal de sociedad mesurada y lúdica, razonable y luminosa. El arte prosístico de Reyes enseña deleitando. La tríada que se dibuja es innegable: literatura,

²⁸ Cf. Octavio Paz, “El jinete en el aire: Alfonso Reyes” (1960), en *Generaciones y semblanzas: dominio mexicano, Obras completas*, vol. IV, México, FCE, 1994, pp. 226-233.

²⁹ Cf. Ramón Xirau, “Cinco vías a Ifigenia cruel”, en *Presencia de Alfonso Reyes: homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, México, FCE, 1969, pp. 163-168.

³⁰ Cf. Ottmar Ette, “Una minúscula Grecia para nuestro uso: mito griego, identidad mexicana y vanguardia latinoamericana en Alfonso Reyes”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 72 (1995), pp. 327-343.

³¹ Cf. Paulette Patout, “Réminiscences Valéryennes dans Ifigenia cruel d’Alfonso Reyes”, *Revue de Littérature Comparée*, 52 (1978), pp. 416-437.

educación y política son indisolubles en una lectura entre líneas de *La crítica en la Edad Ateniense*. El poeta ahora está metido a educador. Este libro, me parece, no debe leerse como un aporte a la filología clásica, sino como un esfuerzo por representar un modelo de cultura, donde la reflexión sobre la crítica del hecho literario es un buen pretexto para establecer símiles, paralelos y enseñanzas con la actualidad. El libro puede leerse como un ensayo, es decir, como una posición cultural frente a un espacio y un tiempo determinados; también puede verse como un proyecto —artístico, pero también pedagógico— en un momento de formación y consolidación de instituciones educativas, culturales y sociales de México.³² Por eso, su relación con Werner Jaeger, y en especial con el libro *Paideia*, fue sumamente prolífica. La idea de la formación del hombre griego mediante la cultura, la literatura, la discusión, la oratoria, venía muy a cuento con el proyecto que Reyes tenía para México: Grecia como una guía.

Apenas aparecida *La crítica en la Edad Ateniense*, Alfonso Reyes no tardó en remitir su nuevo libro a varios corresponsales tanto en México como en el extranjero. Medardo Vitier, en Cuba, escribió unas elogiosas páginas sobre el texto. En especial estos comentarios agradaron a Reyes, según testimonia en su propio diario. En México, al parecer, las críticas al libro lo desilusionaron. Nadie entendía de qué trataba su asunto. En esos momentos el Fondo de Cultura Económica, institución recién creada, se afanaba en publicar los mejores aportes a la cultura contem-

³² Hasta ahora, algunas críticas al libro han resaltado las limitaciones filológicas de la lectura de Reyes, como si se tratara de un estudio que rigurosamente pretendía una verdad científica. (Cf. Carlos Montemayor, “Una crítica a *La crítica en la Edad Ateniense*”, *La vida literaria*, núm. 3, julio-agosto de 1973, pp. 14-16; Carlos Montemayor, “El helenismo de Alfonso Reyes”, *Vuelta*, núm. 154, septiembre de 1989, pp. 12-16; Ingemar Düring, “Alfonso Reyes helenista”, en *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*, Madrid, Ínsula, 1962, pp. 9-73.) Me parece más provechosa la lectura de Gutiérrez Girardot, quien asegura: “[en sus trabajos sobre Grecia] Reyes no pretendía sobresalir como filólogo [...]. Reyes pretendía suscitar, presentar ejemplos de humanidad y sobre todo atender a las necesidades esenciales que había impuesto a la inteligencia americana el ingreso tardío de América a la historia de Occidente. [...] El menor peso de la tradición, esto es, de la filología clásica, le permitió a Reyes crear una imagen de Grecia que, además de ejemplar, se aproximaba a la que Nietzsche esbozó en *El origen de la tragedia en el espíritu de la música* (1872). Ésta es una Grecia estética que, como lo exigía Nietzsche, se fijaba en la totalidad y no, como la filología clásica, en una mancha de aceite. Pero esta Grecia estética no dejaba de ser por eso ejemplarmente política” [Rafael Gutiérrez Girardot, “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)”, *Revista de Occidente*, núm. 106, 1990, pp. 107-108].

poránea. En ella se publicaron varias traducciones hechas por mexicanos y por exiliados españoles. Joaquín Xirau trabajaba en esos días en la traducción de la primera parte del libro del filólogo alemán Werner Jaeger: *Paideia*. Es probable que Reyes, al enterarse de la futura publicación de Jaeger, decidiera enviar su libro al filólogo. Así, hacia comienzos de 1942, Werner Jaeger recibió en Harvard, donde era director del Instituto de Estudios Clásicos, el libro de Alfonso Reyes *La crítica en la Edad Ateniense*. El filólogo no tardó en leer el libro y en contestar a su remitente. El balance que hace es halagador. El diálogo, negado o incomprendido en su país, lo encuentra en un cubículo universitario de Boston. Ahí comienza el epistolario entre ambos.

III

Entre los sabrosos detalles que esta correspondencia contiene, hay por lo menos dos líneas de lectura que sobresalen: por un lado, el descubrimiento —para Jaeger— de una personalidad literaria que sintetiza los ideales del resurgimiento humanístico; por otro, la recepción de las ideas del filólogo alemán en el mundo hispanoamericano. En esa perspectiva, se trata de dos descubrimientos.

En el principio fue la ignorancia. Jaeger pensaba que el libro remitido por el Fondo de Cultura Económica, a finales de 1941, había sido escrito por un profesor de letras clásicas. Pronto la verdad se le desveló. El autor de ese texto no era un especialista en la Antigüedad clásica, sino un escritor. Los elogios no se hicieron esperar. El filólogo no sólo compartía el principio fundamental del libro, sino que admiraba los detalles en la elaboración. Reyes se apresuró a enviarle otras obras. En poco tiempo llegó *Visión de Anáhuac*. Jaeger ya tenía una perspectiva más compleja del personaje con el que se carteaba. En él encontró a una personalidad literaria que sintetizaba los ideales del Tercer Humanismo: poeta, ensayista, hombre de ideas, forjador de instituciones, educador, diplomático: "... la combinación que [usted] representa —escribe Jaeger el 20 de abril de 1942— me parece el ideal de una vida humanista. Haber encontrado tan fina flor en la América hispánica fue una gran satisfacción para mi corazón humanista". Unos meses después, el poeta y el filólogo se conocieron personalmente. El 11 de junio de 1942, Reyes recibió el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Harvard. Entre

los asistentes, por supuesto, se encontraba Werner Jaeger. En ese primer encuentro hablaron sobre la América hispánica y la anglosajona, sobre la necesidad de una presencia directa de la literatura griega en la cultura latinoamericana, sobre la importancia de la traducción de *Paideia* para el mundo hispanoamericano, sobre literatura universal. Jaeger quedó fascinado con la personalidad de Reyes. El filólogo descubría en el poeta el prototipo idealizado del humanista:

Yo sentí, con admiración, la intensidad de este espíritu incansablemente activo que en los primeros cinco minutos de nuestra charla se levantó sin el menor esfuerzo a los niveles más altos y a quien no era ajena ninguna de las partes de nuestra tradición, ni los Padres de la Iglesia, ni la filosofía griega, ni el pasado árabe de la península ibérica. Con notorio deleite parecía penetrar en todos los rincones de la inteligencia y de las tareas de otro individuo. Tuvimos los dos la sensación de una compatibilidad natural, de una perfecta comprensión mutua. No había allí dos mundos cerrados, limitados por sus dogmas favoritos en el libre uso de sus imaginaciones, sino un *commercium liberum*, debido a que en nuestro pensamiento se hallaba presente esa dimensión histórica cuya carencia hace tan a menudo que las opiniones e “ideologías” del hombre moderno sean intolerantes para con el libre intercambio de bienes intelectuales, que es el resultado de nuestra común herencia clásica. Jamás olvidaré cómo animaron este sentimiento mis conversaciones con Alfonso Reyes, ciudadano del mundo y a la vez ardiente patriota mexicano.³³

La amistad que nacía en ese momento fue cultivada con el paso de los años. Las cartas y los envíos no desfallecieron. En el correo de Jaeger no faltaron las obras de historia política, los ensayos de interpretación cultural, la poesía, los estudios literarios de su amigo Alfonso Reyes. Ningún rincón de las imaginaciones le estaba vedado al escritor mexicano. Jaeger admiró, cuando llegaron a sus manos uno a uno los volúmenes de las *Obras completas*, la soltura con la que el poeta se movía en casi cualquier terreno de los saberes humanísticos: de Europa a América, de lo antiguo a lo moderno, de lo hispánico a lo mexicano, de la política a la literatura. Con las obras de Reyes, Jaeger descubrió la cultura hispánica de ambos lados del océano: de Góngora a Amado Nervo. Un humanista se le desvelaba. Sin embargo, ese poeta no estaba encerrado en su torre de marfil.

³³ Werner Jaeger, “Recibí la noticia de la muerte de Alfonso Reyes...”, *La Gaceta*, núm. 63, 1960, p. 3.

Varios proyectos educativos lo involucraban. El filólogo se sorprende. Encontraba en las acciones del poeta las dimensiones políticas de la cultura. Veía en Reyes la formación de un hombre, de un humanista moderno y mexicano. Por eso no sorprende que, con la reciente muerte de Reyes, Jaeger asegure que su amigo es el Erasmo de México:

Hasta en un tiempo en que toda la vida intelectual más elevada de la América hispánica emanaba de la Iglesia, el humanista Erasmo ejerció aquí una honda influencia sobre la concepción teológica de la naturaleza humana y del libre albedrío. ¿Por qué no habría de reaparecer Erasmo —bajo nuevas formas—, y con él el renacimiento cultural y educativo que anunció? Bajo este aspecto, justamente, me gusta contemplar la vida de Alfonso Reyes y su misión cultural en México. Es el comienzo de una era. Damos la bienvenida a su cálido entusiasmo, y reconocemos, agradecidos, la chispa de genio en el espíritu mexicano tal como él lo representó, y le deseamos seguidores auténticos, capaces de proseguir la misma obra con idéntico espíritu.³⁴

Al contrario de lo que sucedió con la recepción alemana, la italiana y la estadounidense,³⁵ la recepción hispanoamericana de la obra de Jaeger ha sido fervorosa. El hecho de que su obra se siga reimprimiendo, cuando en ninguna otra lengua se hace, es muy significativo. En español, en estos momentos, *Paideia* va por la vigésima primera reimpresión. En otros ámbitos, por el contrario, ha caído en el total olvido.³⁶ Sorprende

³⁴ *Idem.*

³⁵ Sobre la recepción alemana de *Paideia* se puede consultar: Beat Näf, “Werner Jaegers *Paideia*: Entstehung, kulturpolitische Absichten und Rezeption”, en *Werner Jaeger Reconsidered...*, pp. 125-146. Alessandra Bertini Malgarini hace un recuento de las reacciones de la academia estadounidense e italiana en su trabajo “Werner Jaeger in the United States: One among many others”, en *Werner Jaeger Reconsidered...*, pp. 107-123.

³⁶ En 1989 William M. Calder decía: “Heutzutage lesen das Werk, das einst als sein bedeutendstes gefeiert wurde, kaum noch Fachleute, die seine Schwächen nur zu gut kennen” (William M. Calder, “Werner Jaeger”, en *Berlinische Lebensbilder Geisteswissenschaftler*, ed. Michael Erbe, Berlín, Colloquium Verlag, 1989, p. 343). Un año más tarde, el mismo autor aseguraba: “Today what was acclaimed as his most famous work (*Paideia*) is read only by dilettantes too naïve to perceive its defects... His name is rarely cited in the footnotes of the learned. Modern students of his own subject no longer recognize his name” (William M. Calder, “Preface” a *Werner Jaeger Reconsidered...*, p. vii). Beat Näf, en el mismo sentido, asegura: “Im allgemeinen wird die *Paideia* Heute nicht mehr zu den grössten Leistungen Jaegers gezählt, ein Urteil, das freilich zur Hauptsache durch Vergessen dokumentiert ist”. (“Werner Jaegers *Paideia*: Entstehung, kulturpolitische Absichten und Rezeption”, en *Werner Jaeger Reconsidered...*, p. 125.)

observar estas diferencias. Las razones, creo yo, se encuentran en las distintas valoraciones que se hicieron del texto. Mientras en el medio europeo el libro de Jaeger se valoró por su posición y sus riesgos políticos, en español fue importante porque ayudó a fundar, a ciertos grupos intelectuales, un origen de la cultura hispanoamericana. En esos momentos la intelectualidad de la América hispánica necesitaba fundarse unos principios culturales.³⁷ En el primer encuentro entre Reyes y Jaeger ya se hablaba de esa importancia:

Lo conocí personalmente en Harvard [cuenta Jaeger] adonde llegó en compañía de don Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica. Todavía lo veo, paseando de un extremo a otro de la sala de mi casa, mientras hablaba sobre cuestiones de la América hispánica y de la anglosajona, sobre literatura universal, sobre sus propios planes, sobre la traducción española de mis libros y los resultados que, según él y según Cosío Villegas, podrían tener en la situación cultural del mundo americano de habla española.³⁸

Sobre esos resultados, Reyes y Cosío Villegas no se equivocaban. Los libros de Jaeger, en especial *Paideia*, muy pronto incitaron varios diálogos y relecturas.³⁹ Los escritores hispanoamericanos, más que diletantes, necesitaban un diálogo con el universo clásico puesto en esos textos. La modelación del hombre griego era un buen espejo para la formación de la cultura hispanoamericana. Por eso Reyes escribe en la reseña del libro:

³⁷ Al respecto me parece revelador el trabajo de Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006. En especial, remito al capítulo en que trata a “Pedro Henríquez Ureña (1884-1946): la tradición y el exilio”, *ibid.*, pp. 167-253.

³⁸ Werner Jaeger, “Recibí la noticia de la muerte de Alfonso Reyes...”, *La Gaceta*, núm. 63, 1960, p. 3.

³⁹ En el ámbito de la filosofía en nuestra lengua, creo que resulta indudable el vínculo de Jaeger con Ramón Xirau y Leopoldo Zea. Jaeger mantuvo correspondencia con Zea e incluso lo cita en uno de sus trabajos [Cf. Werner Jaeger, “Humanism and Theology” (1943), en *Humanistische Reden und Vorträge*, 2a. ed., Berlín, Walter Gruyer, 1960, p. 327]. En el ámbito de la literatura, es innegable la presencia de la *Paideia* en la obra de José Lezama Lima. El curso délfico del cubano semeja ser una variante de la modelación del hombre habanero. Además, uno de los libros pilares de ese enigmático curso era precisamente la *Paideia*. Al respecto véase la novela inconclusa *Oppiano Licario*, México, ERA, 1978.

Asumiendo el compromiso de dar a las palabras toda su responsabilidad y su peso, podemos decir brevemente: Werner Jaeger, en la *Paideia*, ha escrito una obra de valor permanente, y una guía para los ideales constructivos de la civilización que defendemos.

Quisiera resaltar el plural del último verbo: la civilización que “defendemos”. La civilización griega también es el origen de la civilización hispanoamericana. “Somos pueblos helenocéntricos”, escribe el poeta en la misma reseña, copiando literalmente la frase que el filólogo había escrito en la introducción del libro. Si alguna duda quedara, sobre el espectro de recepción hispanoamericano, cito lo que Luis Farré aseguró en otra reseña de *Paideia* publicada en la revista *Sur* en 1943:

En momento propicio aparece esta obra en América Latina. Existe un despertar angustioso de curiosidad por las culturas griegas y latinas que fundaron la nuestra. Quizá nos estamos apercibiendo que andamos escasos de aquella sabiduría escrutadora que busca proyectarse hacia lo eterno, pero enraizándose previamente en la tradición y en la historia [...]. Adentrarnos en la Hélade es como asistir al nacimiento de Europa y, podríamos agregar, de América, puesto que el hombre americano no es sino un reflejo, con leves características propias, del europeo.⁴⁰

Sin lugar a dudas, la recepción de la obra de Jaeger tiene que ver con las preguntas y las necesidades culturales de los intelectuales de Hispanoamérica. Los interrogantes sobre la identidad cultural, así como la necesidad de fundar un principio civilizatorio, están en juego. La correspondencia entre Reyes y Jaeger y la buena acogida de *Paideia* son el testimonio de esos momentos culturales.

IV

Este libro consta de tres partes: un epistolario y dos apéndices. En la primera sección se reúnen las cartas de Reyes y las traducciones de las cartas de Jaeger. El primer apéndice contiene las cartas originales de

⁴⁰ Luis Farré, “Werner Jaeger: *Paideia: los ideales de la cultura griega*”, *Sur*, núm. 107, 1943, p. 68. También puede verse la reseña de Joaquín Xirau, “*Paideia*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4, 1942, pp. 160-164.

Jaeger en inglés. El segundo alberga dos documentos: la reseña que Reyes escribió en 1942-1943 sobre el primer volumen de la *Paideia*⁴¹ y el ensayo que Jaeger redactó en los primeros días de 1960, a petición de Arnaldo Orfila, con motivo del reciente fallecimiento de Alfonso Reyes. Decidí, de manera heterodoxa, anotar las traducciones de las cartas de Jaeger, y no las originales, por un simple deseo de franquearle dificultades al lector. Entre la ortodoxia filológica y la facilidad de lectura, opté por la segunda. Por información de las propias cartas, se deduce la existencia de otras misivas de Alfonso Reyes a Werner Jaeger que no están recogidas en este epistolario. Imagino que, si se conservan, deben de estar en el archivo personal del filólogo en la Biblioteca de Harvard. No tuve la oportunidad de consultarlas. Los libros de Reyes, con dedicatorias autógrafas a Jaeger, y sobre los cuales se habla constantemente en esta correspondencia, probablemente se encuentren en la Houghton Library de Harvard.⁴² Se uniformaron los títulos de las revistas y de los libros; todos ellos en cursivas.

Finalmente, quiero agradecer a la doctora Alicia Reyes por las facilidades otorgadas en la Capilla Alfonsina para recopilar esta correspondencia y por su autorización para publicarlas. De igual manera, quiero expresar mi gratitud al doctor Javier Garciadiego por su interés en dar a la luz esta correspondencia en el marco del 120 aniversario del natalicio de Alfonso Reyes. Estoy en deuda con Freja I. Cervantes, Jeannet Ugalde, Álvaro Álvarez y Agustín Mercado por el apoyo en el cotejo de la traducción del inglés, la búsqueda de algunas citas recónditas en griego y la revisión de las notas. A ellos, mis abrazos más cálidos.

⁴¹ Ese texto fue publicado en distintos medios. El primero de ellos fue el *Noticiero Bibliográfico* del Fondo de Cultura donde apareció en forma muy abreviada en el número 24, de agosto de 1942. Después fue publicado, ya en una versión extensa, por la revista *Educación Nacional* en febrero de 1944. Finalmente, la revista *Todo* reprodujo, en distintas entregas del mes de mayo de 1949, la versión extensa. Tiempo después, Reyes recopiló este texto en su libro *Junta de sombras*.

⁴² La biblioteca especializada de Jaeger, sobre asuntos de la Antigüedad clásica, fue donada al Instituto de Estudios Clásicos de Washington. Supongo que la obra literaria de Reyes, al no tratar temas especializados, debe de estar dispersa en los estantes de la Houghton Library en Boston.

CORRESPONDENCIA

1

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

28 de marzo de 1942

Profesor Alfonso Reyes
c/o Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63
México, D.F.

Querido profesor:

Hace tiempo recibí un ejemplar, amablemente enviado por usted, de su nuevo libro *La crítica en la Edad Ateniense*¹ publicado por El Colegio de México; deseo manifestarle mi sincera gratitud por tan generoso obsequio. Recientemente he tenido noticias de la producción académica de los países de habla española al sur de los Estados Unidos, ya sea gracias a los filósofos en Argentina o por medio del Fondo de Cultura Económica, en México. Quizá sepa usted que su compatriota, el profesor Xirau, quien solía residir en Barcelona, tradujo mi obra *Paideia* y el Fondo de Cultura Económica, que también ha editado su libro, la publicará próximamente.² Me complace mucho encontrarme con estos signos de

¹ Alfonso Reyes, *La crítica en la Edad Ateniense*, México, El Colegio de México, 1941. Este libro es el resultado de las lecciones que, como un curso extraordinario, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Reyes dictó del 7 de enero al 11 de febrero de 1941.

² Joaquín Xirau tradujo, entre 1940 y 1942, los libros I y II de la obra cumbre de Jaeger: *Paideia, Die Formung des griechischen Menschen*, publicada en México por el

una nueva actividad humanista en este hemisferio, fuera de los Estados Unidos, así como poder degustar sus frutos sin encontrar gran dificultad con el idioma.

No quise darle las gracias por el envío de su libro antes de haberlo leído, e incluso ahora no me atrevo a decir que conozca en todos sus detalles su importante y nutrido texto. Los capítulos sobre Platón y Aristóteles³ me llevarán más tiempo del que hubiera podido dedicarle al libro durante las últimas semanas después de recibirlo. Estoy verdaderamente interesado en conocer algo más sobre su interpretación de la crítica de la poesía hecha por Platón así como de la *Poética* de Aristóteles. Tendré que lidiar con ambos en mi *Paideia*, donde he intentado comprender tanto el punto de partida como el fondo de la censura que hace Platón de los poetas griegos. El volumen en que trato este problema ya está terminado, traducido y en proceso de impresión.⁴ Me agrada ver que estamos de acuerdo en el hecho fundamental de que no hay crítica literaria, tal como hoy la entendemos, en el veredicto de Platón en contra de la poesía. Creo que es una gran fortuna que usted haya expresado con tanta claridad y decisión el hecho de que la crítica literaria, tal y como nosotros la entendemos, no existe en los períodos primitivo y clásico de la cultura griega, y que la crítica que aparece en aquellos siglos con respecto a lo que nosotros llamaríamos cuestiones literarias, arranca de otro motivo que va más allá de la pura apreciación estética. Distinta materia son las correcciones que Solón hace a Mimnermo,⁵ las censuras

Fondo de Cultura Económica en un volumen (cf. Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, libros I y II, trad. Joaquín Xirau, México, FCE, 1942). Los libros III y IV fueron traducidos, entre 1944 y 1945, por Wenceslao Roces y fueron publicados en la misma editorial. (Cf. Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, libro III, trad. Wenceslao Roces, México, FCE, 1944; Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, libro IV, trad. Wenceslao Roces, México, FCE, 1945.) A partir de 1957, los cuatro libros se publicaron en un solo volumen; de entonces a la fecha (2009), *Paideia* cuenta con 20 reimpressiones en español.

³ Se refiere a los capítulos VII y IX de *La crítica en la Edad Ateniense*, cuyos títulos, respectivamente, son: “Platón o el poeta contra la poesía” y “Aristóteles o de la fenomenología literaria”.

⁴ Werner Jaeger, *Paideia: The Ideals of Greek Culture*, vol. II, trad. Gilbert Highet, Nueva York, Oxford University Press, 1943. En este volumen, que contiene el libro III de *Paideia*, Jaeger trata, entre otros temas, a Sócrates y a Platón.

⁵ Diógenes Laercio, en su *Vidas de los filósofos ilustres*, refirió de Solón: “Dicen que cuando Mimnermo escribió: ‘Ojalá que sin enfermedades ni amargas preocupaciones a los sesenta años me alcanzara la muerte fatal’ [Solón] escribió corrigiéndolo”.

que Jenófanes hace a Homero y a Hesíodo⁶ y la manera como Platón reproduce en *Las leyes* la elegía de Tirteo.⁷ Esta clase de corrección, hecha desde el punto de vista de la verdad, lleva directamente a la *epanorthosis*⁸ estoica y al método similar usado por los padres de la Iglesia cuando corrigen a sus predecesores paganos en el campo de la *Paideia*.

En mi opinión, el mérito más sobresaliente de su libro es que no descarta el período clásico por esta razón, como ocurre frecuentemente en el caso de los interesados en el problema de la crítica literaria en su forma pura, sino que persigue cuidadosamente el desarrollo gradual del elemento crítico en la vida y en la literatura griegas en todos sus aspectos. En este sentido, usted ha logrado expresar claramente cómo en el período clásico, junto con la crítica moral, política y religiosa surge gradualmente la crítica de las cualidades estéticas de las obras literarias. Este hecho, omitido la mayoría de las veces, es de la mayor importancia para el desenvolvimiento y la expresión general de aquel gusto infalible que, en *El orador*, Cicerón atribuye al público ateniense. Me encanta especialmente su descripción de la primera etapa privada de aquella evolución, la existencia anónima de una sensibilidad refinada y de una reacción crítica circunscrita en su expresión a círculos estrechos. Seguramente, su propio

lo: ‘Si ahora quieres hacerme caso, borra eso. No te ofendas porque así te corrija. Cambia el verso hijo de Ligistades, y canta así: que a los ochenta años me alcance la muerte fatal’” (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, trad. Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 2007, libro I, fragmentos 60, 61).

⁶ Sexto Empírico refiere que Jenófanes censuró a Homero y Hesíodo porque “[Éstos] han atribuido a los dioses todo cuanto es vergüenza e injuria entre los hombres: robar, cometer adulterio y engañarse unos a otros”; “han narrado muy a menudo acciones injustas de los dioses: robar, cometer adulterio, y engañarse unos a otros”, *apud*, *Los filósofos presocráticos*, ed., introd. y trad. de Conrado Eggers Lan y Victoria E. Julià, Madrid, Gredos, 1986, p. 294. Jaeger comenta este fragmento en su libro *La teología de los primeros filósofos griegos*, trad. José Gaos, México, FCE, 1952, p. 52.

⁷ Platón asegura en *Las leyes*: “Seguid conmigo el argumento y traigamos ante nosotros a Tirteo, ateniense de cuna, hecho después conciudadano de éste, el hombre que con mayor seriedad trató estos temas, el que dijo ‘no haría yo mención ni tendría cuenta para nada’ de aquel que, aun siendo el más rico de los hombres y aun poseyendo gran número de bienes (y los mencionó casi todos), no fuera capaz de mostrarse siempre el primero en la guerra” (Platón, *Las leyes*, trad. y ed. José Manuel Pabón, Manuel Fernández-Galeano, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960, 629 a, c-e).

⁸ *Epanorthosis*: Corrección (figura retórica, derivado del griego *epanorthoum*: rectificar).

contacto y experiencia con una crítica preliteraria semejante lo ha ayudado a encontrar los síntomas análogos de la Atenas clásica. He leído con sumo agrado lo que usted dice sobre las distintas maneras de apreciar los personajes y las obras literarias en el país del autor y en el extranjero, en los círculos literarios creadores y en el ámbito de los profesores de literatura. Otro rasgo que quiero mencionar es su fina comprensión del elemento estético en la crítica de Aristófanes sobre Eurípides y la literatura en general.⁹ Aunque es particularmente evidente que su juicio está dominado por otros factores, la presencia de un nuevo y sutil sentido literario es manifiesta y anuncia la venidera crítica literaria independiente de los tiempos helénicos. La misma mezcla se encuentra en Aristóteles, aunque supongo que Teofrasto, en sus libros perdidos *Sobre el estilo*, debe de haber marcado un progreso decisivo en la dirección de una pura apreciación estética, puesto que ejerció una enorme influencia en Dionisio de Halicarnaso, Cicerón y toda la crítica posterior.

En su capítulo “anacrónico” al final del libro, ha expresado usted la reacción natural del pensamiento moderno con respecto a la ausencia del juicio puramente literario de los períodos primitivos y clásicos de Grecia. En realidad, no es fácil comprender cómo nosotros podríamos volver en nuestros días a la subordinación griega del factor estético, a lo que ellos creían que eran verdaderamente los factores esenciales, morales y políticos de las creaciones poéticas que tanto nos gustan. Por otra parte, creo que ya es hora de apreciar y de considerar seriamente los hechos, que usted ha expresado vigorosamente, en un lenguaje tan poderoso que destaca su importancia para nuestra comprensión histórica de la naturaleza y la estructura verdaderas del espíritu clásico griego. Las conclusiones de su libro, con las que estoy de acuerdo, y lo que yo he intentado decir sobre el mismo problema desde el punto de vista opuesto, el de la *Paideia*, parecen abrir de nuevo la discusión de nuestras conexiones con las formas clásicas y helenísticas de la cultura griega.

Deseando a su libro y a sus actividades un éxito completo, quedo de usted, sinceramente.

Werner Jaeger

⁹ Alfonso Reyes trata de “Aristófanes contra Eurípides” en el capítulo VI de *La crítica en la Edad Ateniense*, México, El Colegio de México, 1941, pp. 150-156.

2

México, D.F., a 9 de abril de 1942

Sr. Dr. Werner Jaeger
Institute for Classical Studies
Harvard University
Widener 774
Cambridge, Mass.

Muy respetado señor y maestro:

Su carta del 28 de marzo sobre mi libro *La crítica en la Edad Ateniense* es la más alta compensación que yo podía ambicionar para mi esfuerzo. En ella recojo estímulo y aliento, además de algunas preciosas sugerencias. Pronto enviaré a usted otra obra sobre *La antigua retórica*,¹⁰ que ahonda menos en los problemas y tiene un carácter más directamente didáctico. No soy más que un aficionado y los consejos de usted son para mí preciosos.

Sé en efecto que está para salir la traducción de su *Paideia*, hecha por Joaquín Xirau,¹¹ en las ediciones del Fondo de Cultura Económica, institución independiente del Colegio de México pero que es nuestra casa editora. Yo mismo tendré la honra de hacer una reseña de esta obra para presentarla a nuestro público. El profesor Xirau es uno de los miembros del Colegio de México.

Por sugerición de mis compañeros de trabajo, me atrevo a preguntar a usted si quiere autorizarme para publicar su carta sobre mi libro

¹⁰ Alfonso Reyes, *La antigua retórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942. Este libro fue resultado del curso que Reyes impartió en la Facultad de Filosofía y Letras en marzo de 1942, apenas unos días antes de escribir esta carta.

¹¹ Joaquín Xirau Palau (Figueras, Cataluña, 1895-Ciudad de México, 1946) estudió derecho y filosofía en las universidades de Barcelona y Madrid. Fue profesor en la Universidad de Barcelona y, por un breve período, en las de Salamanca y Zaragoza. Fue pensionado por la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona para continuar sus estudios de filosofía en Francia, Bélgica, Suiza e Inglaterra. Durante la Guerra Civil, en 1939, emigró a México, donde se desempeñó como catedrático en El Colegio de México y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus obras destacan (en su época barcelonesa): *El sentido de la verdad*, 1927; *L'amor i la percepció dels valors*, 1936; y en México: *Amor y mundo* (1940), *Lo fugaz y lo eterno* (1942), y *Vida y obra de Ramón Lull: filosofía y mística* (1946).

en nuestra revista *Cuadernos Americanos*, publicación trimestral de que ya encargo que envíen a usted los dos primeros números.¹² Si no lo encuentra usted oportuno, estoy de acuerdo de antemano. Si le parece a usted conveniente autorizarme, le ruego me permita substituir la palabra “*countryman*” (compatriota) con que usted se refiere al profesor Xirau por la palabra “colega”. El profesor Xirau es español: yo soy mexicano, e hice en mi país toda mi formación universitaria.

Con profunda emoción expreso a usted mi más vivo agradecimiento y me ofrezco a sus órdenes para cuanto pueda servirle en esta tierra, rogándole me considere como su devoto admirador y amigo.

Alfonso Reyes

3

10 de abril de 1942

Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63
México, D.F.

Estimado señor:¹³

Quisiera agradecerle dos cosas: la remisión de las pruebas de mi libro hasta la página 348 y el envío de la obra de Alfonso Reyes: *La crítica en la Edad Ateniense*.

¹² Reyes publicó una traducción de la carta de Jaeger en el número de julio-agosto (cf. “Una carta de Werner Jaeger”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4, 1942, pp. 157-159).

¹³ Esta carta está dirigida al entonces director del Fondo de Cultura Económica, Daniel Cosío Villegas (1898-1976), economista, historiador, politólogo y ensayista mexicano; uno de los hombres clave en la fundación de las instituciones educativas y culturales modernas en México. Perteneció a la llamada generación de 1915 que, entre otras cosas, llevó a cabo los aspectos constructivos de la Revolución Mexicana. Fue secretario general de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1929, director de la Escuela Nacional de Economía en 1933-1934, secretario-te-

Me encantó recibir el texto del señor Reyes, con la dedicatoria personal que me honra sobremedera. Sin embargo, los sobresalientes méritos y cualidades del libro honran más al autor y al editor. Hace algunos días escribí al señor Reyes para expresarle personalmente mi gratitud. En mi carta, intenté decirle por qué me parecen interesantes sus ideas y cómo han alentado mi propio pensamiento que, en los últimos años, ha tomado la misma dirección. Después de escribir la carta, me percaté de que el señor Reyes no es, como yo supuse, profesor de la Universidad Nacional de México, sino una de esas extrañas figuras que combina con brillo las actividades de un hombre de Estado con la literatura y la academia. A pesar del estilo y la expresión soberana del autor, que me sorprendió en el caso de un académico, los aciertos en cada una de sus páginas fueron tan efectivos que no dudé sobre el hecho de que se tratara de un profesor; creo que esto halaga al autor, ya que él es mucho más que eso. Lo felicito a usted como editor por haber dado a la luz en el campo literario una obra que representa, de manera tan admirable, el estándar intelectual del mundo hispánico.

Sinceramente suyo,

Werner Jaeger

sorero de la editorial Fondo de Cultura Económica de 1940 a 1957 y presidente de El Colegio de México (1960-1963). Entre sus obras se cuentan: *Extremos de América* (1949), *La historiografía política del México moderno* (1953), *La constitución de 1857 y sus críticos* (1957), *El sistema político mexicano* (1972), *El estilo personal de gobernar* (1974), *La sucesión presidencial* (1975).

20 de abril de 1942

Albemarle Inn
 “Our Home and Yours”
 Grove Park
 Asheville, N.C.

Querido señor presidente:¹⁴

Me alegró mucho recibir su carta del 9 de abril que me fue enviada a Cambridge, de donde a su vez se me remitió a North Carolina, donde regularmente, cada año, paso una o dos semanas de vacaciones en primavera. Mientras tanto, en una fuente tan trivial como el *Who is who?* me percaté de que no sólo su libro, sino su carrera han sido muy particulares y que, en realidad, usted no es profesor de literatura clásica, sino amigo de las musas y además, en la parte oficial de su vida de trabajo, un hombre de Estado. Algo de eso debí haber inferido de su estilo, incluso sin conocer más sobre su *cursus honorum*¹⁵ político, su lenguaje me impactó de inmediato por su soberana estampa; sin embargo, quisiera confesarle, ahora que sé más sobre usted, que la combinación que representa me parece el ideal de una vida humanista. Haber encontrado tan fina flor en la América hispánica fue una gran satisfacción para mi corazón humanista.

En lo que a mí concierne, lamento decirle que semejante combinación no me habría sido posible. Aunque el tema del Estado, desde mi más temprana juventud, me ha atraído de manera especial, y su problemática ha penetrado en mis pensamientos gradualmente —tal vez usted lo sepa por mis libros—, mi relación con la realidad política se ha vuelto cada vez más apasionadamente platónica. Bajo el riesgo de defraudarlo, debo admitir que al final de todo mi pensamiento (y de *Paideia*) se encuentra la *Civitas Dei*. Mi primer volumen es una introducción a la filo-

¹⁴ Alfonso Reyes fue presidente de El Colegio de México desde su fundación, en octubre de 1940, hasta diciembre de 1959.

¹⁵ “*Cursus honorum*: Carrera de honores. Era la sucesión de cargos (cuestor, edil, pretor, etc.) por los que pasaba un romano hasta llegar al consulado. De aquí, cualquier sucesión de puestos que llevan a una posición de gran autoridad” (Víctor-José Herrero Llorente, *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Madrid, Gredos, 1992).

sofía y a la *República* de Platón; mi segundo volumen (sobre Platón y su tiempo) es una introducción a san Agustín. No digo esto en un sentido dogmático y limitado, pero en esencia ése es mi objetivo.

Me causó especial alegría ver que le agradó mi reacción a su libro y a su persona y me sentiría honrado si usted decidiera imprimir mi carta en su revista. Le agradezco el envío de la copia, que no he recibido, pero que, seguramente, ya me espera en Harvard. La leeré con gran interés tan pronto la tenga. Con particular emoción, deseo ser presentado por tan distinguido personaje como lo es usted para el mundo hispánico y para su país. No olvidaré lo que usted dice sobre su disposición a ayudarme en los temas referentes a su nación. Espero visitarlo luego de que termine la guerra. Con gran admiración y sincera devoción, querido presidente, quedo de usted.

Werner Jaeger

5

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

2 de junio de 1942

Sr. Alfonso Reyes
Presidente de El Colegio de México
Pánuco 63
México, D.F.

Querido señor Reyes:

Recibí su encantador librito *Visión de Anáhuac*,¹⁶ y quiero agradecerle por su atento regalo, que tanto aprecio porque es un signo de su amabilidad,

¹⁶ Muy probablemente Jaeger recibió la primera o la segunda edición de este

y también porque me revela más de un nuevo aspecto de su persona. El libro muestra, de la forma más elegante, el talento que usted tiene como artista y poeta aplicado a la envidiable tarea de brindar al lector europeo, que poco conoce sobre México, la esencia de su país en unas cuantas páginas. Además, gracias a la presentación de su revista *Cuadernos Americanos* tengo la impresión, confirmada por este ensayo, de que su cultura internacional y su tradición ibérica deben verse en el contexto de su patria mexicana.¹⁷ El amor que usted le tiene lo hace ser un intérprete verdaderamente elocuente. Además de mis agradecimientos, quisiera añadir mi gratitud por el envío de *Cuadernos*, donde a usted le gustaría publicar la carta que con anterioridad le envié. Le estoy muy agradecido por haberme proporcionado esta interesante y oportuna publicación que me da una idea de las actividades y tendencias intelectuales que prevalecen en el círculo a usted cercano.

Me alegró saber, por las palabras que usted plasmó en su amable dedicatoria al libro de Anáhuac, que pronto tendré el gran placer de verlo en Harvard. El retrato del autor al inicio del libro fue un prelude de su visita. Me gustaría saber por anticipado los datos de su llegada y la duración de su estadía en Harvard y si su visita tiene un carácter oficial o no.¹⁸

libro: Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac (1519)*, San José de Costa Rica, Imprenta Alsina, 1917; Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac (1519)*, Madrid, Índice, 1923.

¹⁷ Jaeger se refiere a un discurso pronunciado por Reyes, el 30 de diciembre de 1941, en el acto de presentación de *Cuadernos Americanos*, donde el poeta delineaba las tareas y los retos culturales que enfrentaba América y, por lo tanto, la nueva revista. “Pero América tiene que devolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras Repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico, y de un sentido autóctono [...]. Así, penetrados de este sentimiento de solidaridad, penetrados del pleno sentido humano que representamos, estamos prontos a entablar el diálogo entre iguales. Y para este fin, y en la medida de nuestras fuerzas, salen hoy, en México, los *Cuadernos Americanos*, mediante la cooperación de un puñado de hombres de buena voluntad.” (Alfonso Reyes, “América y los *Cuadernos Americanos*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2, 1942, pp. 8-10.)

¹⁸ En junio de 1942, Reyes estuvo en los Estados Unidos alrededor de tres semanas. En ese viaje recibió dos doctorados *honoris causa*; uno por la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, y otro por la Universidad de Harvard. En el apunte de su diario, correspondiente al 27 de junio de 1942, Reyes comenta: “Regreso por tren a México, tras haberme ido el día 1o. en avión por Brownsville, a New Orleans y de ahí a Philadelphia donde tuve que seguir en F.C. a New York. De ahí, a Cambridge, regreso a New York. De ahí, a Washington, y de ahí regreso en tren por el Balti-

Por favor, acepte la expresión de mis sinceras consideraciones y cordiales saludos.

Sinceramente,

Werner Jaeger

6

Widener Library, Room 774, Cambridge,
43 Bailey Road (Watertown)

10 de junio de 1942

Querido y muy respetado amigo:

Me da gusto verlo honrado por esta Universidad, estoy feliz de poder verlo pronto y, al mismo tiempo, me encuentro inconsolable por no poder asistir a la cena del miércoles 10 de junio por la noche, a la cual me invitó ayer amablemente el profesor Haring.¹⁹ Sin embargo, no hay más remedio, pues hace dos semanas acepté la invitación a una cena que no puedo cancelar, pues fue preparada en mi honor. Estas líneas son para darle la bienvenida a Harvard —una muy personal bienvenida— después de que nuestra correspondencia ha sido como un primer e inspirador acercamiento. Nadie supo informarme sobre su itinerario del

more Ohio hasta St. Louis Mo., y de ahí a México. El 3 recibí el grado honorario de Doctor en Letras por la Tulane University of Louisiana, N. Orleáns. El 11, lo propio en la Universidad de Harvard. En New York se me juntó Cosío Villegas e hicimos las entrevistas y reuniones preparadas para explicarnos sobre El Colegio de México con aquellas instituciones que se interesan por las relaciones culturales con México". (Alfonso Reyes, *Diarios*, en posesión de la Capilla Alfonsina.)

¹⁹ Clarence Henry Haring (9 de febrero de 1885-4 de septiembre de 1960), importante historiador de América Latina, fue uno de los iniciadores en Estados Unidos de los estudios de las instituciones coloniales del subcontinente. De 1923 a 1953 ejerció la cátedra Robert Woods Bliss de Historia de América Latina en la Universidad de Harvard. Entre sus obras se encuentran: *The Buccaneers in the West Indies in the XVII Century* (1910), *Trade and Navigation between Spain and the Indies in the Time of the Habsburgs* (1918), *South American Progress* (1934), *The Spanish Empire in America* (1947), *Empire in Brazil* (1958).

jueves, en la mañana o en la tarde, después de que terminen los ejercicios. A pesar de los problemas y la presión de su recepción oficial, tengo la esperanza de que podamos encontrar algún momento, ya sea el jueves por la tarde o el viernes (si usted no se queda más tiempo), para verlo y charlar tranquilamente con usted; aunque creo que esto sería muy arrogante de mi parte, ya que usted no me habría dado tales esperanzas.

Por favor, hágame saber con el profesor Haring si usted puede cenar con nosotros y con los Haring el jueves o el viernes por la noche o comer el viernes o el sábado a mediodía. (Intentaré hablar con usted un momento antes de que la procesión comience la mañana del jueves en el patio de Harvard.) El teléfono de casa en Watertown es 6588. Es mi ferviente deseo tener pronto la oportunidad de verlo y decirle cuán orgulloso me siento de conocerlo.

Con mis mejores deseos de que pase unos días agradables en New England y la expresión de mi sincera admiración y amistad.

Suyo,

Werner Jaeger

7

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

19 de enero de 1943

Querido amigo:

Desde hace algunas semanas, a partir de que recibí del editor en México una copia de la reseña que usted escribió sobre mi libro, he planeado escribirle.²⁰ Tengo la impresión de que esta reseña no podría estar en

²⁰ Se refiere a la primera versión de la reseña que Reyes escribió sobre *Paideia*, aparecida en *El Noticiero Bibliográfico* del Fondo de Cultura Económica, en agosto de

mejores manos y así la leí, con impaciencia y gran interés en todo lo que usted tenía que decir; sin embargo, por desgracia, descubrí que la copia que recibí sólo contenía el principio, pues, en apariencia, el final correspondía a otra reseña sobre el famoso libro de mi viejo amigo Ferdinand Toennies,²¹ antiguo profesor de la Universidad de Kiel, donde yo mismo impartí clase por casi siete años.²² Volví a escribirle al editor para pedirle que me mandara un ejemplar completo y recibí, muy agradecido, varias copias de su reseña; no obstante, todo esto me llevó algún tiempo, lo cual explica mi respuesta tardía.

Ahora que conozco por completo su ensayo, quisiera agradecerle la enorme atención que le prestó usted al libro y al autor, pues presenta mi trabajo al círculo de sus lectores de una manera tan elegante y con una comprensión tan profunda sobre mis intenciones, que el libro sólo puede encontrar una buena recepción. Me agradaron sobremanera las palabras personales con las cuales usted, al final de la introducción, transmite su inmediata impresión de la personalidad del autor.²³ Aprecio de

1942. En años posteriores, Reyes amplió sus comentarios sobre el libro de Jaeger. (Cf. Alfonso Reyes, "De cómo Grecia construyó al hombre", *Educación Nacional*, núm. 1, febrero de 1944, pp. 10-29; Alfonso Reyes, "La *Paideia*", *Revista Todo*, núms. 808-819, marzo a mayo de 1949).

²¹ Ferdinand Tönnies (Oldenswort, 26 de julio de 1855-Kiel, 9 de abril de 1936) estudió en las universidades de Jena, Leipzig, Bonn, Berlín, Kiel y Tubinga, donde siguió cursos de filología, historia, filosofía, sociología y economía política. Fue cofundador y presidente de la Sociedad Alemana de Sociología. A principios del siglo XX se convirtió en uno de los principales sociólogos teóricos de Alemania. Se desempeñó como profesor de la Universidad de Kiel de 1909 a 1916, año en que, por propia voluntad, se retiró de la vida académica y obtuvo el emeritazgo. Entre sus obras se cuentan: *Gemeinschaft und Gesellschaft* (1887), *Hobbes: Leben und Lehre* (1896) (*Vida y doctrina de Tomás Hobbes*, trad. Eugenio Imaz, Madrid, Revista de Occidente, 1932), *Der Nietzsche Kultus* (1897), *Neuere Philosophie der Geschichte: Hegel, Marx, Comte* (1900), *Die Entwicklung der sozialen Fragen* (1907), *Die Sitte* (1909). En 1942 se publicó en español el libro de Ferdinand Tönnies, *Principios de sociología*, trad. Vicente Llorens, México, FCE.

²² Werner Jaeger fue catedrático de la Universidad de Kiel de marzo de 1915 a septiembre de 1921.

²³ Al final de la primera parte de la reseña, Reyes escribe: "Hemos visitado a Werner Jaeger recientemente, en su casa de Watertown y en su celda universitaria de Harvard. No olvidaremos su serena profundidad, y la naturalidad con que se transporta de la sencilla conversación hasta el plano significativo de las ideas. Prosiguiendo su investigación sobre la modelación del Hombre a través de la historia, se encuentra ahora consagrado al estudio de Gregorio de Nisa, y toma arranque en el

manera especial esas palabras, no sólo porque me recordaron su estancia en Harvard, que nosotros no olvidamos, sino como una promesa para el futuro. Desde que usted nos visitó no hemos intercambiado cartas; sin embargo, las presentes líneas me dan la oportunidad de contarle que su personalidad y su cultura dejaron una honda impresión entre todos nosotros y que su visita profundizó un sentimiento de comprensión y estrechó nuestra amistad que presentí desde su primera carta. Nuestras conversaciones me dieron, por primera vez, un cuadro completo de las proporciones y de la importancia de su obra como líder cultural de su país, y ahora me siento preparado para seguir su curso desde la distancia, lo cual hago con mucha admiración.

Mientras tanto, hemos tenido entre nosotros, como profesor visitante, al señor Justino Fernández, quien impartió una espléndida serie de conferencias sobre arte moderno mexicano.²⁴ Conocí al señor Fernández gracias a uno de mis colegas más jóvenes que, al igual que él, permaneció en la Dunster House. Asistí a algunas de sus conferencias; las que versaron sobre Orozco. En efecto, este artista representa a México

punto y hora en que la magna obra de los benedictinos quedó interrumpida por la Revolución Francesa. En la plena 'acmé' de su edad, Jaeger ha alcanzado ya una autoridad que todos acatan. Tras varios lustros empleados en la interpretación de Grecia, sus anteriores monografías dan los fundamentos del saldo que ahora recoge y organiza en la *Paideia*, y le permiten recorrer a simple vista el panorama propuesto, con gustosa rapidez y con manifiesta seguridad. Asumiendo el compromiso de dar a las palabras toda su responsabilidad y su peso, podemos decir brevemente: Werner Jaeger, en la *Paideia*, ha escrito una obra de valor permanente, y una guía para los ideales constructivos de la civilización que defendemos. Dejamos de lado, por consabidos, los méritos de la traducción hecha por el profesor Joaquín Xirau, cuyo dominio de la lengua alemana, fuerte temperamento filosófico y dones de estilo ni siquiera están en tela de juicio. Y felicitamos a los editores que, con esta publicación, continúan ensanchando generosamente su primitivo y limitado plan de especialistas en la economía" (Alfonso Reyes, "De cómo Grecia construyó al hombre", *Noticiero Bibliográfico*, tomo III, núm. 24, agosto de 1942, p. 109).

²⁴ En 1942 Justino Fernández fue invitado por la Universidad de Harvard a impartir una serie de conferencias sobre arte moderno en México. La Fundación Frank Graham Thompson, dedicada a establecer intercambio de profesores con América Latina, financió el viaje y las actividades. Alfonso Reyes, como director de El Colegio de México, fungió de enlace para que el intercambio se llevara a cabo. Así, de octubre a noviembre de 1942, Fernández impartió ocho conferencias en The Fogg Museum of Art de Boston bajo el título "An introduction to Modern Mexican Art". En ellas trató de la pintura mexicana, desde el siglo XIX hasta Rivera y Orozco. (Cf. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 10, 1943, pp. 76-77.)

y transmite la misión que este país tiene en la historia y la civilización modernas. De la obra de Orozco, me interesa en especial el hecho de que no construye al hombre moderno en el vacío, como hicieron los impresionistas, sino en un espacio histórico concreto o, más bien, en un cosmos. Su evaluación sobre los diversos elementos de la cultura americana, con los cuales construye su interpretación del presente, me parece que implica una total filosofía de la historia y, si no fuera inmodesto decirlo, me motivaron a esbozar la mía. Tengo la fuerte impresión de que un país como México, representado por los hombres que directa o indirectamente he conocido en los últimos tiempos, está llamado a hacer una importante contribución al futuro de la cultura humana. Se trata de una convicción que comparten todos los que lo conocieron.

En lo que respecta a mi libro, la Oxford Press de Nueva York decidió recientemente dividir el manuscrito de mi siguiente libro, un tanto voluminoso, en dos volúmenes que, junto con el primero, cubrirán el periodo temprano y clásico de Grecia hasta el final de la ciudad Estado.²⁵ Ésta será una obra completa en sí misma y pronto se le podrá agregar un epílogo donde se esbozarán los demás desarrollos acerca de las diversas formas de la *paideia* griega. Como le escribí el otro día al profesor Xirau, creo que ésta es una buena solución provisional, puesto que la continuación referente a los periodos helenístico y cristiano no existe aún. Como la vida humana es breve e incierta, esto daría al editor la garantía de que esta empresa bajo ninguna circunstancia permanecerá inconclusa, como sucede tan frecuentemente con obras extensas de este tipo. Por supuesto, espero estar en las condiciones de entregar la continuación dentro de algunos años. Mi esposa se une a mis mejores deseos para usted en este año nuevo.

Atentamente,

Werner Jaeger

²⁵ Se refiere a las siguientes ediciones, respectivamente: Werner Jaeger, *Paideia: The Ideals of Greek Culture*, vol. I, *Archaic Greece, The Mind of Athens*, trad. Gilbert Highet, Nueva York, Oxford University Press, 1939; Werner Jaeger, *Paideia: The Ideals of Greek Culture*, vol. II, *In Search of the Divine Centre*, trad. Gilbert Highet, Nueva York, Oxford University Press, 1943; Werner Jaeger, *Paideia: The Ideals of Greek Culture*, vol. III, *The Conflict of Cultural Ideals in the Age of Plato*, trad. Gilbert Highet, Nueva York, Oxford University Press, 1944.

8

México, D.F., a 27 de enero de 1943

Dr. Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
Widener 774
Cambridge, Mass.

Mi admirado y querido amigo:

Le agradezco mucho su carta del 19. Ya usted vería que esa pequeña reseña sobre su libro no tiene más que un fin práctico para llamar la atención de nuestro perezoso público. Es muy benévolo al tomarla en cuenta. Tengo una duda. Creo que me equivoqué. Al verla impresa me ha parecido que usted está trabajando, no en Gregorio Nacienceno, sino en Gregorio de Nisa.²⁶ Le ruego que me lo aclare simplemente para mi tranquilidad de conciencia.

Me alegro que le haya interesado la información artística mexicana que llevó Justino Fernández. Él me trajo recuerdos de usted. La interpretación que usted hace de la pintura de Orozco me ha impresionado como un eco de la antigua física de los jonios: la exaltación del ser como un “pleno”.

Creo que dentro de pocos meses podré enviarle algo que estoy haciendo sobre la Edad Alejandrina.²⁷

La distribución que usted ha hecho de su obra futura me parece muy práctica y conveniente. No olvide usted que aquí lo esperamos todo.

Le ruego que ofrezca a su señora y acepte para sí mismo mis mejores votos de año nuevo.

Suyo cordialmente,

Alfonso Reyes

²⁶ Más adelante Jaeger aclara que se trata de Gregorio de Nisa. Efectivamente, Reyes afirma en la reseña que Jaeger edita a Gregorio Nacienceno.

²⁷ Reyes se refiere a la lección inaugural de un curso sobre la Edad Alejandrina sustentado en el ciclo de invierno de la Facultad de Filosofía y Letras, del 26 de enero al 11 de febrero de 1943, que llevó por título “La helenización del mundo antiguo”. Este texto pasó a formar parte del libro *Junta de sombras*, que Reyes tenía la intención de publicar a inicios de 1943, pero que sólo apareció seis años después, en 1949.

9

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIESWerner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University ProfessorWidener 774
Cambridge, Mass.

19 de febrero de 1943

Mi apreciado amigo:

Me alegró recibir su carta, sobre todo porque no había escuchado nada de usted después de que dejó la Universidad de Harvard. Me interesó mucho lo que usted dice acerca de una nueva publicación sobre algún tema de la Edad Alejandrina, que usted me enviará cuando aparezca. Deseo que salga a la luz ese libro y que con él nos ayude en el relevo de la antorcha de las humanidades. Respecto a su pregunta sobre la obra que el Instituto de Estudios Clásicos hace en el ámbito de la patrística, está usted en lo correcto al decir que el autor cuyas obras editamos es Gregorio de Nisa²⁸ y no Gregorio Nacianceno. Me percaté de ese breve desliz en su artículo sobre mi libro, pero me sentí más halagado al pensar que usted recordó todo lo que le había contado sobre esa faceta de mi actividad actual. La Academia Polaca de Ciencias, en Cracovia, tenía el plan de preparar una edición de las obras completas de Gregorio Nacianceno; por eso no previmos nada sobre él en nuestro programa. Sin embargo, en las condiciones actuales, nadie sabe con certeza si el plan de esa Academia llegará a realizarse. En estos momentos, no pensamos más allá de nuestras tareas inmediatas que, por otra parte, nos mantendrán ocupados por varios años; sin embargo, creo que estaremos en condiciones de expandir nuestro programa a otros autores del mismo periodo antes o después de haber terminado nuestro trabajo. Con toda probabilidad, tendré que dejar esta tarea a la siguiente generación.

²⁸ Werner Jaeger dirigió la edición crítica de las obras de Gregorio de Nisa. A su muerte, en 1960, el proyecto fue continuado por su alumno Hermann Lan-gerbeck.

Con mis mejores deseos para su trabajo, reciba usted la expresión de mi profundo respeto.

Atentamente,

Werner Jaeger

10

México, D.F., a 13 de octubre de 1943

Dr. W. Jaeger
Harvard University
Cambridge, Mass.

Mi respetado y querido amigo:

Dentro de breves días iré a Nueva York y haré cuanto esté de mi parte por irlo a visitar a esa Universidad y personalmente manifestarle mi agradecimiento y mi profundo interés por su ensayo “Humanism and Theology”.²⁹ Entre tanto, le ruego ofrezca mis respetos a su señora y reciba un cordial saludo de su admirador y amigo constante.

Alfonso Reyes

11

Telegrama

20 de octubre de 1943

Bienvenido a Harvard. Por favor, hágame saber cuándo debo esperarlo.³⁰

Profesor Werner Jaeger

²⁹ Werner Jaeger, “Humanism and Theology”, Aquinas Lecture, 1943, conferencia impartida ante la Aristotelian Society of Marquette University, Milwaukee, Wisconsin, en el día de la muerte de santo Tomás de Aquino.

³⁰ El 17 de octubre de 1943 Reyes emprendió un viaje a Nueva York para asistir a la Asamblea de los Siete del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. En

12

HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.

1o. de noviembre de 1943

Señor Alfonso Reyes
Colegio de México
Pánuco 63
México, D.F.

Mi apreciado amigo:

Me preguntaba por qué no tuve noticias de usted después de haberle enviado un telegrama. El día de hoy recibí su carta donde me dice que en esta ocasión no le es posible venir a Harvard. Por supuesto, me siento muy triste, y mi esposa conmigo, por perder la oportunidad de verlo. Ambos albergábamos la esperanza de pasar otra agradable tarde con usted, tal como hicimos el año pasado. Aún recordamos con agrado su visita, y hay tanto que me habría gustado discutir con usted. Tendré que esperar para verlo en su próxima visita a los Estados Unidos.

Es muy placentero y me llena de satisfacción ver que la traducción del segundo y tercer volumen de mi libro avanza con rapidez. Nunca pude entender cabalmente las dificultades que surgieron entre el editor y el traductor, hasta que el señor Cosío seleccionó a otro traductor para esta tarea.³¹ Aprecio el gran interés que el señor Xirau puso en mi libro

ese viaje estuvo de paso en Princeton. En su diario, Reyes apunta: "México, viernes 5 de agosto de 1943. Antes de ayer de tarde volví en avión de un viaje, al cual salí también en avión el 17 de oct. para N. York, Washington [...]. Fui a la reunión de la Comisión del I. I. de Coop. Intel., que de su seno dejó creado un Comité Ejecutivo al que también pertenezco, el cual creará en La Habana el centro provisional respectivo. Estuve de paso en Princeton" (*Diarios*, en posesión de la Capilla Alfonsina).

³¹ La traducción de los libros tres y cuatro de *Paideia* estuvo a cargo de Wenceslao Roses (véase la nota 2). No fue posible precisar si hubo alguna dificultad entre Cosío Villegas y Xirau. Cada año, con motivo de la renovación de un contrato temporal con El Colegio de México, surgían tensiones entre los directivos de la institución y los investigadores. Así, en 1945, Xirau se enteró por carta de Cosío Villegas del término de su contrato y de la imposibilidad de renovárselo. En la respuesta del

y sus méritos al traducir el primer volumen. Sin embargo, debo admitir que en estos momentos la traducción avanza con mayor celeridad, y que prácticamente no encuentro nada importante que corregir en ella.

Quedé muy satisfecho de leer el magnífico libro del señor Zea, *El positivismo en México*,³² y lo encontré muy útil para mi comprensión de la cultura mexicana moderna.

Reciba la expresión de mi sincera admiración y amistad; cordialmente suyo,

Werner Jaeger

13

México, D.F., a 26 de noviembre de 1943

Dr. Werner Jaeger
Harvard University
Cambridge, Mass.

Mi querido y admirado amigo:

Contesto a su carta del 1o. de noviembre. Considerando su interés por la obra de Zea, me permití enviarle mi librito *Pasado inmediato*,³³ cuyo primer ensayo tiene alguna relación con la materia.

Acabo de recibir una carta del profesor A.A. Roback³⁴ en la cual, por sugerencia de usted, me invita a colaborar en el volumen [dedicado

filósofo, dirigida a Reyes, se nota cierta queja contra Cosío Villegas: "Sé además que, hallándose V. y otras personas de estima en la Junta de Gobierno de ese Colegio, sería ciertamente sorprendente que se despidiera a un profesor que ha cumplido siempre con su deber y así le ha sido reconocido con repetida insistencia, mediante un simple trámite burocrático formulado en ocho palabras y sin darle explicación alguna sobre las razones o motivos de tan importante decisión?" (carta del 30 de abril de 1945, Archivo Histórico de El Colegio de México, sección Casa de España, subsección Joaquín Xirau, serie 4).

³² Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943.

³³ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1941.

³⁴ Abraham Aaron Roback (1890-1965) nació en Polonia y creció en Montreal;

a] Albert Schweitzer.³⁵ Me siento sumamente honrado y me asalta un escrúpulo cuya justificación usted comprenderá: yo no soy un verdadero especialista en filología clásica; mi viaje a través de este campo es el de un cazador furtivo que anda procurando robarse lo que le conviene para su casa, es decir, para mis personales teorías sobre literatura, como se lo expliqué a usted de viva voz. Antes, pues, de aceptar un compromiso tan grave, me permito preguntarle a usted, y por su amable conducto al profesor Roback, si cualquier asunto de interés humanístico general cabe en el plan del volumen. En todo caso, a ambos ofrezco mi profundo agradecimiento por tan señalado honor. Envío copia de ésta al profesor Roback para que considere también como suya esta consulta.

Nuestro amigo Cosío Villegas está muy satisfecho de ver que usted aprecia la rapidez con que ahora progresa la traducción y publicación en marcha de la obra de usted.

Lamentando no haberlo podido visitar, le ruego ofrezca a su señora mis respetos y acepte usted la expresión de mi sincera admiración y mi amistad.

Muy suyo cordialmente,

Alfonso Reyes

fue psicólogo, folclorista y educador. En 1912 se graduó en la Universidad McGill. Cinco años más tarde obtuvo el doctorado en la Universidad de Harvard, donde fue instructor de psicología. Sus principales campos de estudio fueron la psicología, la grafología y la interpretación de la cultura judía, en especial del *yiddish*. Entre sus obras se cuentan: *Pictorial History of Psychology and Psychiatry* (1969), *History of Psychology and Psychiatry* (1961), *Contemporary Yiddish Literature: A Brief Outline* (1957) y *History of American Psychology* (1964). Fue editor del libro *Albert Schweitzer Jubilee Book*, Cambridge, Mass., Sci-Art, 1945.

³⁵ Albert Schweitzer (Keyserberg, Alsacia, 14 de enero de 1875-Lambarené Moyon-Ogooue, Gabón, 4 de septiembre de 1965), médico, filósofo, teólogo y músico franco-alemán de Alsacia. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1952. Estudió filosofía y teología en las universidades de Estrasburgo, Berlín y París. En 1901 fue encargado del seminario de Teología en Estrasburgo. Entre 1905 y 1913 estudió medicina. En ese último año se trasladó a África y fundó un hospital en Lambarené. Fue famoso por sus interpretaciones de Bach al órgano. Entre sus obras se cuentan: *Die Religionsphilosophie Kants* (1899), *Jean-Sébastien Bach: Le musicien-poète* (1905), *Zwischen Wasser und Urwald: Erlebnisse und Beobachtungen eines Arztes im Urvalde Aequatoriale Afrikas* (1921), *The Decay and Restoration of Civilization* (1923), *Das Christentum und die Weltreligionen* (1923), *Civilization and Ethics* (1923), *Aus meinem Leben und Denken* (1931), *Indian Thought and its Development* (1935), *Peace or Atomic War* (1958).

14

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

2 de diciembre de 1943

Señor Alfonso Reyes
El Colegio de México
México, D.F.

Querido señor Reyes:

Recibí su carta del 26 de noviembre y me encantó saber que mi interés por el libro de Zea lo haya movido a enviarme un libro suyo que yo no conocía: *Pasado inmediato*. Tengo la impresión de que recientemente lo vi citado en algún lugar, ¿es posible que haya sido en una reseña del libro de Zea en *Sur*?³⁶ En todo caso, usted fue aludido en ese contexto. Me alegró ver que el reseñista apreció realmente los logros de Zea, a pesar de que no suscribe, como parece, lo que llama el pragmatismo de Ortega y Gasset. Espero con ansiedad la llegada de su libro.

Respecto a su participación en el volumen que tenemos la intención de presentar a Albert Schweitzer, tengo el placer de enterarme por su carta de que, a pesar de su vacilación, usted parece estar listo, en principio, a aportar su contribución a nuestro libro. Preparar tal volumen en honor de Schweitzer no fue idea mía, sino del profesor Roback; no obstante, apoyé con entusiasmo la propuesta porque considero que Schweitzer es un gran hombre. Admiro en él al teólogo y al filósofo de la cultura,

³⁶ Jaeger se refiere a la reseña que Octavio Paz escribió sobre el libro de Leopoldo Zea. En esas páginas, en efecto, Paz hace referencia a *Pasado inmediato* de Reyes (cf. Octavio Paz, "Leopoldo Zea: *El positivismo en México*", *Sur*, núm. 107, septiembre de 1943, pp. 78-83). Es muy probable que Jaeger haya llegado a esas páginas por la reseña que Luis Farré escribió sobre *Paideia* en el mismo número de la revista (cf. Luis Farré, "Werner Jaeger: *Paideia, los ideales de la cultura griega*", *Sur*, núm. 107, septiembre de 1943, pp. 68-70).

así como al físico y al reformador social que ayuda a la humanidad sufriendo dando asistencia práctica, más que teorías; sobre todo, aprecio en él al músico y al gran experto en el órgano. Verá usted, no pensé, cuando le pedí a Roback que le escribiera, que usted debiera contribuir con un artículo sobre un tema clásico. Cualquiera tema que usted considere valga la pena será bienvenido, ya que lo acogemos a usted en tanto autor y destacada personalidad de la vida cultural americana. Sería especialmente adecuado si usted elige un problema de la historia o de la civilización mexicana o sudamericana. Como humanista, Schweitzer estará interesado en todo lo que usted escriba, pues todo lo que usted diga tiene el toque humanista que importa. Por supuesto, si usted elige comentar sobre la crítica literaria en la antigüedad, o algo similar, será igualmente apreciado y no debe temer, como usted dice, el no ser considerado un especialista. Avisé a Roback sobre su carta y me autorizó a decirle que él está completamente de acuerdo con mi punto de vista al respecto. Por lo tanto, espero escuchar pronto de usted y aprender en torno al tema que elija para este propósito.

Estoy leyendo el último, y largo, capítulo de mi segundo volumen en la traducción al español. Lo terminaré pronto. Desde que nuestro amigo Cosío Villegas me hizo saber, el otro día, que mandaría imprimir los capítulos de mi libro tan pronto como yo los revisara, estoy a la espera de que lleguen las primeras pruebas.

Con la expresión de mi sincera amistad y admiración, cordialmente suyo,

Werner Jaeger

P.S.: Mañana enviaré al Fondo de Cultura Económica el resto del manuscrito de mi tercer volumen que el señor Cosío Villegas pidió urgentemente. Le quedaría muy agradecido si les informa al respecto.

15

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

10 de diciembre de 1943

Señor Alfonso Reyes
Pánuco 63
El Colegio de México
México, D.F.

Mi querido amigo:

Tal como usted me lo anunció en su última carta, recibí su bien impreso librito, *Pasado inmediato*, y en seguida me di a la tarea de leerlo. Estoy muy agradecido con usted por habérmelo enviado, pues me da una idea mucho más clara de la historia cultural de su país en los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz, que marcan la más asombrosa brecha en esa tradición. El primer ensayo, brillantemente escrito y del cual toma nombre el libro, complementa de forma grata lo que aprendí recientemente en el libro de Zea sobre la historia del positivismo filosófico en México. Cuando leí este libro me percaté, una y otra vez, de mi gran ignorancia sobre el pasado más inmediato, en el que dicha tradición se disuelve y por lo cual resultaba anticuada. Su ensayo no se ocupa de los detalles, pero da un análisis de las fuerzas espirituales que prepararon y dieron paso a la transición al México moderno. Ahora me siento más animado para incrementar mi conocimiento sobre los detalles de ese desarrollo histórico. Quizá debería leer la historia de México de Justo Sierra,³⁷ de quien usted da un simpático retrato.

Sin embargo, su librito tiene otra gran ventaja para mí: me permite comprender las bases intelectuales de su propia vida y espíritu. La gene-

³⁷ Seguramente Jaeger se refiere a la obra de Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, La Casa de España en México, 1940.

ración a la cual usted pertenece se manifiesta en sus páginas como una totalidad y me dio mucho gusto cuando su propio nombre y sus inicios aparecieron ahí en su entorno apropiado. Únicamente puedo confirmar lo que el poema donde se menciona su nombre dice acerca de su rico vocabulario como escritor,³⁸ ya que ésa es la razón por la cual me resulta más difícil leer su prosa en español que la de otros autores cuyas páginas leo con mayor fluidez. Sin embargo, la dificultad no es tan grande como para impedirme disfrutar de sus altas cualidades literarias, pues son ellas, más que cualquier otra cosa, las que dan a sus apuntes la impronta del color de la vida real. En ese sentido estoy seguro de que sus páginas contribuirán más que cualquier gran volumen repleto de datos a acercarme tanto como sea posible a una amena comprensión del fenómeno. Durante varias tardes sucesivas leí algunos de sus ensayos; después interrumpí su lectura por algunos días y hoy en la noche la retomaré. Créame que aprecio su magnífico regalo y la intención que lo llevó a enviármelo. Aunque sigo algo desilusionado por no haberlo visto en su última visita a este país, la lectura de sus vívidas páginas a veces me da la impresión de una verdadera conversación con usted, que es lo que habría yo deseado. Agradeciéndole una vez más, quedo de usted, con buenos deseos y sincera admiración,

Werner Jaeger

³⁸ Jaeger se refiere a los siguientes versos: “Es la hora de Alfonso Reyes, / escritor de abundante léxico, / que sueña en las calles de México / y en las pitas y en los mameyes. / ¡Es la hora de Alfonso Reyes!”. (Alfonso Reyes, “El reverso de un libro (memorias literarias)”, *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1941.)

16

México, D.F., a 26 de febrero de 1944

Dr. Werner Jaeger
 Harvard University
 Institute for Classical Studies
 Cambridge, Mass.

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de remitirle el primer número de la revista *Educación Nacional*, cuyos fines por sí mismos se explican.³⁹ Su director, el señor profesor don Celerino Cano,⁴⁰ me ha pedido que la haga llegar a sus manos. Allí encontrará usted un resumen *in extenso* del primer volumen de su *Paideia*. La entrada fue lo único que pude publicar en el *Noticiero Bibliográfico*.⁴¹ A este resumen seguirá otro sobre el segundo volumen, que ya está por aquí a punto de salir. El señor profesor Cano quisiera para entonces poder publicar en la revista una fotografía de usted. No nos la niegue. Y gracias de antemano.

³⁹ *Educación Nacional* (1944-1946) fue una revista de regularidad mensual publicada por la Secretaría de Educación Pública de México. En la nota editorial del primer número se dice: “De aquí que, bajo el signo de la superación, en este momento crucial de la vida del país y de la humanidad, surja *Educación Nacional* con un programa que no se limitará a la simple difusión de conocimientos, sino al análisis y a la investigación de las cuestiones que afectan a la vida cultural de México, al planteamiento de las soluciones correspondientes y a la formación de ese estado de emoción que requieren las grandes realizaciones [...]. Metas precisas adopta, en consecuencia, *Educación Nacional*: tendencia nacionalista [...], e inspiración democrática” (“Editorial”, *Educación Nacional*, núm. 1, febrero de 1944, p. 2).

⁴⁰ Celerino Cano Palacio (Atempan, Puebla, 1889-Iguala, Guerrero, 1969), profesor normalista, inició su carrera en el medio rural y llegó a ser director general de educación primaria y enseñanza secundaria; fue fundador y director (1944) de la Escuela Normal Superior de México. Escribió los libros: *La educación en Rusia* (1928), *La Escuela Normal Superior* (1948). Fundó y dirigió el *Boletín de la Conferencia Mexicana de Maestros del Noroeste*, publicada en La Paz, Baja California, y *Educación Nacional* (1944-1946).

⁴¹ Alfonso Reyes, “De cómo Grecia construyó al hombre”, *Educación Nacional*, núm. 1, febrero de 1944, pp. 10-29. *El Noticiero Bibliográfico* (1939-1944, 1948-1954) es el antecedente de *La Gaceta del Fondo*. Ahí publicó Reyes la primera reseña de *Paideia*, véase la nota 20.

Pronto me comunicaré con el doctor Roback para el homenaje a Schweitzer.

Mis respetos a la señora Jaeger, y a usted, creo que ya puedo atreverme, un abrazo a la mexicana.

Alfonso Reyes

17

Professor W. Jaeger

Cambridge, Mass.
Harvard University
Widener Library 774

4 de marzo de 1944

Sr. Alfonso Reyes, presidente de
El Colegio de México
Pánuco 63
México, D.F.

Mi querido amigo:

Muchas gracias por su carta del 26 de febrero que anuncia el envío del primer número de la revista *Educación Nacional*, con su artículo sobre el primer volumen de mi libro *Paideia*. Ya tengo ganas de leerlo. Deseo que llegue pronto, pues si la lectura de su introducción a mi libro publicado en el *Noticiero Bibliográfico* me agradó mucho, su reseña completa me dará el mismo placer, o incluso uno mayor. Es un gran honor para mí y aprecio profundamente que usted vaya a reseñar el segundo volumen.

Estoy a la espera de las pruebas de ese segundo volumen, ya que me anunciaron que hacia finales de febrero comenzarían a armar las galeras del texto. Es un honor muy grande, me temo, aparecer representado en efígie en esa revista que espero ansiosamente conocer. No obstante mi reticencia, le adjunto una fotografía de quien se supone “alguna vez fui yo”. La tomaron hace seis años y no es un trabajo artístico, como usted verá. Por desgracia, no tengo otra fotografía más reciente ni de mejor calidad.

Me alegra que usted quiera contribuir al volumen en honor de Albert Schweitzer, puesto que le encargué a Roback que le escribiera a usted con este encargo. Falta mucho para que termine mi colaboración, ya que estoy trabajando con unas notas a pie de página muy extensas para la segunda edición del volumen 1 de *Paideia*.⁴² La Oxford Press tiene la intención de publicarlo en algún momento, ya sea en verano o a más tardar en el otoño.

La señora Jaeger le devuelve con cariño sus buenos deseos y yo le devuelvo su *abrazo* con gran cordialidad.

Werner Jaeger

¿Ya le llegó el segundo volumen de *Paideia* en la edición de la Oxford Press? Pedí que se le enviara una copia.

18

México, D.F., a 17 de marzo de 1944

Dr. Werner Jaeger
Harvard University
Widener Library 774
Cambridge, Mass.

Mi querido amigo:

Estoy enfermo y encerrado en casa. De todos modos, dicto estas líneas para agradecerle su carta del 4 de marzo y el juvenil retrato para la revista *Educación Nacional*, que espero le haya llegado; espero también que el doctor Roback haya recibido mi artículo sobre Ruiz de Alarcón.⁴³ Me llegó, en efecto, el segundo volumen de *Paideia* en la Oxford Press Edition, envió que mucho le agradezco. No le doy noticias sobre la edición

⁴² Werner Jaeger colaboró en el homenaje a Schweitzer con el artículo “Xenophanes and the beginnings of Natural Theology”, en A.A. Roback (ed.), *The Albert Schweitzer Jubilee Book*, Cambridge, Mass., Sci-Art Publishers, 1945, pp. 397-424.

⁴³ Alfonso Reyes, “Juan Ruiz de Alarcón”, en A.A. Roback (ed.), *The Albert Schweitzer Jubilee Book*, Cambridge, Mass., Sci-Art Publishers, 1945, pp. 323-338.

española, porque estoy alejado del mundo por prescripción médica. Espero que pronto estará acabada. Estoy ya corrigiendo pruebas de mis *Prolegómenos a la teoría literaria*.⁴⁴ Mis respetos a su señora y un saludo muy cordial para usted.

Alfonso Reyes

19

Harvard University

Cambridge, Mass.
Widener Library 774

18 de marzo de 1944

Mi querido amigo:

Su extensa reseña sobre el primer tomo de mi libro en la flamante revista mexicana *Educación Nacional* llegó hace unos días. Teniendo aún fresca en mi mente la impresión de su trabajo, permítame agradecerle de forma muy cariñosa esta profunda y cuidadosa apreciación de mi libro —siempre soñé con una reseña así, aunque nunca tuve la esperanza de obtenerla—, pues casi ningún reseñador se preocupa por decirle al lector cuál es el contenido del libro. Usted hizo esto de una forma muy comprensiva y, al traducir la substancia de mi trabajo a su pensamiento y a su estilo, también le dio al lector la mejor introducción posible a este tema, la variedad de su contenido y la forma en que es tratado en el libro. El ideal de un reseñador, una combinación de imparcialidad y juicio crítico, ha sido alcanzado de la forma más plena posible por el tipo de lector que es usted —un lector dotado de comprensión creativa cuyo resultado deviene re-creación—. Una reseña me ilumina cuando me hace ver cómo el reseñador incorpora una idea a su propio ser. Un reseñador de ese tipo era Goethe y usted posee algo de su estilo. Me siento muy afortunado de haber encontrado en usted a mi intérprete; estoy completamente consciente de eso y, en ese sentido, quisiera agradecerle por lo que ha hecho.

⁴⁴ Reyes se refiere a su libro *El deslinde: prolegómenos a la teoría literaria*, México, El Colegio de México, 1944.

Me sentí muy orgulloso de haber sido considerado digno de aparecer en la nueva y espléndida revista educativa creada por sus autoridades en ese campo. Leo el primer número con profundo interés y admiración por su excelente contenido y me gustaría felicitar a su país por esta nueva y gran tarea. Que sea coronada con éxito.

Con afectuosos saludos y la expresión de mi agradecimiento profundo y mi amistad, quedo siempre suyo,

Werner Jaeger

20

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

10 de agosto de 1944

Don Alfonso Reyes
El Colegio de México
Pánuco 63, México, D.F.

Mi querido amigo:

Me ha hecho usted el gran honor y el favor de enviarme su gran libro *El deslinde*,⁴⁵ que llegó justo antes de que dejara Cambridge por algunas semanas en unas muy merecidas vacaciones. Eso explica, y espero justifique, la tardanza en acusar recibo. Le agradezco el gran regalo que me ha hecho. Me llevé su obra a Green Mountains de Vermont, donde pasé el tiempo en una casita a las orillas del lago Bomoseen. Tenía la intención de escribirle desde ahí una vez que hubiera estudiado cuidadosamente el libro entero. Como puede ver, aunque deseaba leerlo, creí ne-

⁴⁵ Véase la nota anterior.

cesario abandonar cualquier tipo de trabajo por un tiempo, pues necesitaba descansar; de ahí que ahora le escriba sin haber terminado el libro, pero no quiero posponer aún más el escribirle.

Para un lector como yo, que conoce sus anteriores libros históricos sobre la crítica literaria en el mundo antiguo, este nuevo libro revela por primera vez la amplitud y profundidad de su esfuerzo. Sus anteriores contribuciones, aunque son obras académicas independientes y pueden sostenerse por sí mismas, aparecen ahora como un esfuerzo sistemático por preparar el camino hacia su verdadero objetivo: la construcción de su propia filosofía del arte. El nuevo libro es una aproximación fascinante y novedosa al problema estético; fascinante tanto por la extraordinaria cualidad de su mente y su habilidad de escritor, como por la abundante experiencia que da a su pensamiento abstracto su rico contenido y color. En realidad usted nunca es abstracto, como muchos de los escritores modernos en este campo. Usted siempre observa los hechos estéticos en sus relaciones con la vida y la historia. El resultado es una filosofía de los valores estéticos que, al mismo tiempo, es una filosofía de la historia y de la cultura, la cual resulta fuertemente atractiva para la mente de un humanista como yo. Y la inmensa paciencia, objetividad y rigor de su observación e inducción despierta, aun en un lector de edad avanzada, el deseo de recomenzar de su mano y aprender de usted y del comportamiento metódico con que observa a su objeto. A partir de lo que he leído, entiendo por qué las recientes generaciones vuelven su mirada hacia usted y le piden que les comparta sus problemas, ya que es usted un excelente maestro, incluso en su trabajo escrito. En ese sentido, hay algo aristotélico en su actitud, a pesar de que rompe con la tradición de las poéticas que lo preceden e intenta formar un sistema propio de categorías. Me pregunto cómo habría visto Aristóteles la forma en que usted trata los problemas si él hubiera tenido la experiencia de toda la literatura que se ha escrito desde sus días hasta hoy.

Su libro es el resultado de toda una vida de lectura, de receptividad y de actividad creativa en la literatura y, por lo tanto, requiere y merece toda una vida por parte del lector para utilizarlo y evaluarlo. Estoy seguro de que el libro será muy reseñado y discutido, pero su verdadero fruto será muy diferente. El verdadero lector tendrá que regresar a él, después de haberlo leído, con nuevas preguntas y una discusión fresca y sólo en esa medida podrá apropiarse de su contenido y apreciar su valía. Tengo ganas de continuar muy pronto con mi lectura, o mejor dicho,

con el estudio de él. En estos momentos, después de regresar a Cambridge, Gregorio de Nisa requiere mi atención, pues pronto esperamos tener acceso a un nuevo material como consecuencia del avance de la guerra en Italia y Francia. Además, estoy trabajando en la nueva edición del primer volumen de mi *Paideia*, que incluye más largas notas a pie de página. Me siento orgulloso de ver que mis libros sean traducidos al español y de que el Fondo de Cultura Económica los haga accesibles a los lectores latinoamericanos. En estos momentos espero el manuscrito de la traducción del profesor Nicol⁴⁶ de mi libro sobre Demóstenes.⁴⁷ De igual manera, espero la publicación del segundo volumen de la *Paideia*.⁴⁸ Sería para mí un gran honor si usted decide continuar con su extensa reseña, que introdujo el libro al lector latinoamericano en forma tan admirable.

Reciba mis personales recuerdos y mis mejores deseos para su obra y su salud que, espero, esté completamente restablecida. Queda de usted, su sincero amigo,

Werner Jaeger

⁴⁶ Eduardo Nicol (Barcelona, 13 de diciembre de 1907-Ciudad de México, 6 de mayo de 1990), filósofo hispano-mexicano. Cursó estudios de filosofía en la Universidad de Barcelona. En 1938, a consecuencia de la Guerra Civil, emigró a México y se integró como profesor a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Junto con Eduardo García Máynez fundó el Centro de Estudios Filosóficos (en la actualidad: Instituto de Investigaciones Filosóficas). Entre sus obras se cuentan: *La idea del hombre* (1946), *Historicismo y existencialismo: la temporalidad del ser y la razón* (1950), *Metafísica de la expresión* (1957), *El problema de la filosofía hispánica* (1961), *Los principios de la ciencia* (1965), *El porvenir de la filosofía* (1972), *Crítica de la razón simbólica: la revolución en la filosofía* (1982).

⁴⁷ Werner Jaeger, *Demóstenes: la agonía de Grecia*, trad. Eduardo Nicol, México, FCE, 1945.

⁴⁸ Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, vol. 2, trad. Wenceslao Roses, México, FCE, 1944. Según el pie de imprenta, el libro se terminó de imprimir el 4 de septiembre de 1944 y la edición estuvo al cuidado de Daniel Cosío Villegas y Francisco Giner de los Ríos.

21

Cambridge, Mass.

10 de septiembre de 1945

Mi querido amigo:

Me ha regalado el regocijo y el honor de enviarme un ejemplar de su nuevo libro de ensayos literarios.⁴⁹ Me enorgullece recibirlo como un regalo, con una delicada dedicatoria escrita por su propia mano. ¡Muchas, muchas gracias! No sabe usted cuán profundamente aprecio su amistad y el interés que ha demostrado por mí y por mi obra. Un amigo en tierras lejanas es uno de los pocos regalos de la vida, aseguró Solón, quien pidió por ello como fuente de la felicidad y adorno de sus últimos días.⁵⁰ Así me siento yo, si además ese amigo es un gran filósofo y poeta y tiene una maravillosa personalidad como usted.

Leo con interés y entusiasmo sus páginas sobre *La vida es sueño*⁵¹ y recuerdo, entre otras, algunas nobles líneas:

⁴⁹ Alfonso Reyes, *Capítulos de literatura española (Segunda serie)*, México, El Colegio de México, 1945.

⁵⁰ Jaeger parafrasea los siguientes versos de Solón, citados en el fragmento 212de del diálogo platónico *Lysis*: “ὄλβιος, ὅτι παῖδες τε φίλοι καὶ μώνυχες ἵπποι καὶ κύνει ἀγρευταὶ καὶ ξένος ἀλλοδαπός”. En la traducción de la Biblioteca Gredos se dice: “Feliz aquel que tiene por amigos a sus hijos y tiene caballos de pezuña única y un huésped extranjero” (Platón, *Diálogos*, vol. I, trad. y notas de J. Calogne Ruiz, E. Lledó Íñigo, C. García Gual, Madrid, Gredos, 1982, 212de). Por su parte, en la versión francesa, de la colección Les Belles Lettres, se asienta: “Heureux ceux à qui sont amis les enfants, les chevaux à l’ongle unique, les chiens de chasse et l’hôte étranger” (Platón, *Oeuvres complètes*, vol II, trad. Alfred Croiset, Paris, Les Belles Lettres, 1972, 212de). Finalmente, la traducción inglesa en la colección Loeb asegura: “Happy to have your children as friends, and your tramplin horses, / Scent-snuffing hounds, and a host when you travel abroad” (Platón, *Lysis, Symposium, Georgias*, trad. W.R.M. Lamb, Harvard University Press, The Loeb Classical Library, 1975, 212de). La elección de Jaeger de traducir el último verso como “A friend in foreign lands” se debe a que el término ξένος puede entenderse como extranjero, forastero, peregrino o huésped, pero también como “amigo”. ἀλλοδαπός, por su parte, significa oriundo de otra parte, extraño, extranjero. De ahí que Jaeger hable de un “amigo en tierras lejanas”.

⁵¹ Se refiere al ensayo “Un tema de *La vida es sueño*: el hombre y la naturaleza en el monólogo de Segismundo”, en *Capítulos de literatura española (Segunda serie)*, México, El Colegio de México, 1945, pp. 9-88.

Teniendo más amor
Tengo menos esperanza⁵²

Además, en otro capítulo, disfruto del encuentro inesperado con el Schneider von Ulm.⁵³ Hay mucho que disfrutar y aprender de ese libro.

Espero que tenga buenas vacaciones y esté preparado para nuevas hazañas y trabajos.

Atentamente

Werner Jaeger

⁵² Cita unos versos de Mira de Mescua: “Si la leona más fiera / en los ásperos desiertos / pare sus hijuelos muertos / y darles la vida espera / bramando de la manera / que su bruto amor alcanza; / si espera tener mudanza en sus ansias y dolor: / ¿teniendo yo más amor / tengo menos esperanza?” [Mira de Mescua, *Galán, valiente y discreto*, apud Alfonso Reyes, *Capítulos de literatura española (Segunda serie)*, México, El Colegio de México, 1945, pp. 81-82]. Los versos de Mira de Mescua, a su vez, tienen como modelo los de Calderón: “Nace el arroyo, culebra / que entre flores se desata, / y apenas, sierpe de plata, / entre las flores se quiebra, / cuando músico celebra / de las flores la piedad / que le da la majestad / del campo abierto a su huída: / y teniendo yo más vida / ¿tengo menos libertad?” (Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, ed. Augusto Cortina, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, Jornada primera, vv. 153-162).

⁵³ El sastre de Ulm (Der Schneider von Ulm) es una figura popular de la región sueva basada en un personaje histórico: Albrecht Ludwig Berblinger (1770-1829), un ingenioso sastre que, atraído desde su juventud por la mecánica, ideó, entre otros inventos, una máquina para volar. Jaeger se refiere a las líneas que Karl Vossler escribió en una carta a Reyes y que aparecen citadas como apéndice al ensayo: “Un precursor teórico de la aviación en el siglo XVII”, en *Capítulos de literatura española (Segunda serie)*, México, El Colegio de México, 1945, p. 227.

22

Widener Library 774
Cambridge, Mass.

22 de mayo de 1946

Querido amigo:

Tengo que agradecerle nuevamente por la *Ifigenia cruel*, magnífico regalo de su musa, que fue usted tan amable en enviarme.⁵⁴ Es la primera vez que leo sus versos y estoy profundamente impresionado tanto por la originalidad y por el espíritu inquisitivo, como por el poder de la forma de su poesía. Su idea de que Ifigenia permanezca entre los bárbaros, en lugar de seguir a Orestes y Pílates de regreso a Grecia, tiene una profunda lógica y me incita a reflexionar mucho. También me alegra conocer sus ideas sobre la tragedia griega en su breve comentario al final del libro. Todo lo que he leído de usted me revela más claramente su profunda penetración en el mundo helénico y lo que significa para usted —*un alimento del alma*—.⁵⁵ Alguien debería escribir la historia de su humanismo y de ese modo llegar a comprender la naturaleza de ese concepto y la de usted.

Nuevamente muchas, muchas gracias por su obsequio y por el regalo de su amistad que simboliza y emana de él como una fuerza viva.

Su admirador y amigo,

Werner Jaeger

⁵⁴ Jaeger seguramente recibió la segunda edición de este libro: Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, México, La Cigarra, 1945.

⁵⁵ En el comentario a *Ifigenia cruel*, Reyes escribe: “Por el año de 1908, estudiaba yo las ‘Electras’ del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos para siempre las lágrimas secas en las mejillas. Por ventura, el estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad”. (Alfonso Reyes, “Comentario a la *Ifigenia cruel*”, en *Obras completas*, vol. X, México, FCE, 1959, p. 351.)

23

Cambridge, Mass.
Widener Library 774
Telephone Watertown 6588

31 de diciembre de 1946

Don Alfonso Reyes
Mi querido y venerado amigo:

Fue una grata y gran noticia recibir su nota el día de ayer y saber que se encuentra tan cerca de nosotros. Es bueno saber que usted regresará de Washington a Nueva York por varios días y que estará ahí del 2 al 6 de enero, esto alienta altas esperanzas en nosotros de poder verlo.

Por favor, háganos saber tan pronto como pueda si tendremos el gusto de esperarlo en Cambridge por un par de días, si acaso dispone del tiempo. Usted puede hospedarse en nuestra casa, si después del Roosevelt y París nuestras habitaciones privadas no le resultan muy humildes, y quiero que sepa que usted es bienvenido en cualquier momento. En el caso de que usted no pueda venir, yo iré a Nueva York, aunque es difícil encontrar una habitación en tan corto tiempo. Mi mujer y yo esperamos le sea posible venir. Si planea hacerlo, ¿podría mandarnos un telegrama?⁵⁶

⁵⁶ Al parecer este encuentro nunca llegó a realizarse. Reyes había asistido, entre el 19 de noviembre y el 11 de diciembre de 1946, como jefe de la delegación mexicana, a la Conferencia Internacional de la UNESCO en París. De vuelta al continente americano, hizo escala en Estados Unidos, donde realizó una serie de gestiones en Nueva York y en Washington (aproximadamente del 18 de diciembre de 1946 al 13 de enero de 1947). Allí se entrevistó con diversas personalidades del mundo académico e institucional estadounidense. Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas tenían la intención de crear, aprovechando la reciente disolución del Instituto de Filología de Buenos Aires, una escuela de graduados en estudios filológicos en El Colegio de México. Para ello se entrevistaron con la Fundación Rockefeller en busca de financiamiento. El objetivo era trasladar al equipo que Amado Alonso había creado en Buenos Aires en torno al Instituto de Filología. En los días que pasó en Nueva York, Reyes se hospedó la mayor parte del tiempo en el hotel Roosevelt. (Cf. notas de los meses de noviembre de 1946 a enero de 1947 en *Diarios*, en posesión de la Capilla Alfonsina, y las correspondencias entre Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Amado Alonso: *Testimonios de una amistad: correspondencia*

Con el deseo de hablar nuevamente con usted, quedo, créame, siempre como su más cordial amigo y admirador.

Werner Jaeger

24

Watertown, Mass.
43 Bailey Road

24 de julio de 1947

Mi querido y muy admirado amigo:

Después de volver de México a Nueva York, el señor Villicaña me informó que usted sigue enfermo.⁵⁷ Lamento sinceramente que no se haya recuperado como era mi deseo. Quise escribirle después de haber recibido su amable nota hace algún tiempo, donde usted me decía que no se encontraba bien del todo. Si los deseos de sus amigos pudieran ayudarlo a recuperar nuevamente su salud, no habría ningún retraso en su restablecimiento.

Esta primavera tengo un período pesado con extensas clases, una de ellas con cerca de 150 alumnos, aunque ninguno de ellos sabe griego. Sin embargo, para mi alegría, la gente joven en estos días está mejor preparada para escuchar el mensaje de la antigua Grecia que hace diez o veinte años atrás, cuando la vida parecía ser más llevadera que ahora. Regresé a trabajar en mi propia obra en junio y, puesto que mi nuevo libro *The*

Alfonso Reyes / Daniel Cosío Villegas, ed. Alberto Enríquez Perea, presentación Javier Garciadiego, México, El Colegio de México, 1999, y *Crónica parcial: cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, ed. y prólogo de Martha Elena Venier, México, El Colegio de México, 2008.)

⁵⁷ Eugenio C. Villicaña, traductor y crítico literario mexicano, nació en Morelia, Michoacán, estudió literatura inglesa y norteamericana en la Universidad de Harvard y fue profesor en la Universidad de Columbia. El 4 de marzo de 1944, debido al exceso de trabajo y a una fatiga acumulada, Alfonso Reyes tuvo un infarto al corazón. Los dos meses que siguieron tuvo que pasarlos en su cama y en completo reposo. Sobre sus dolencias cardíacas, puede consultarse Alfonso Reyes, “Cuando creí morir”, en *Obras completas*, vol. XXIV, México, FCE, 1990, pp. 119-145.

*Theology of the Early Greek Philosophers*⁵⁸ está impreso, ahora me encuentro en condiciones de emprender una nueva tarea, que se desprendió de mis estudios de la patrística y que se relaciona con la tradición acerca de las piedras preciosas, especialmente en la teología mística del periodo tardío de la Antigüedad y los comienzos del periodo medieval. En estos momentos me encuentro excavando en las fuentes de algunos escritores de la era carolingia cuya obra es interesante al respecto.⁵⁹

Me alegró saber que el señor Villicaña está preparando la traducción al inglés de su gran obra *El deslinde*.⁶⁰ Espero que cuente con la asesoría de algún escritor de lengua inglesa que pueda cuidar el estilo. Un forastero no es suficiente para una tarea de esas dimensiones. Tal vez podría colaborar con el profesor Harry Levin,⁶¹ lo que sería la mejor decisión.

El señor Villicaña me escribió y me cuenta que habló con usted sobre la edición en español de mi nuevo libro, *The Theology*, lo cual me

⁵⁸ Werner Jaeger, *The Theology of the Early Greek Philosophers*, Londres, Oxford University Press, 1948.

⁵⁹ Al parecer, Jaeger no llegó a publicar ningún texto sobre este tema.

⁶⁰ Todo parece indicar que a principios de 1947 Villicaña comenzó la traducción al inglés de *El deslinde*. El 14 de julio de ese año, Villicaña visitó a Reyes en la Capilla Alfonsina y le leyó parte de su trabajo. Reyes, un tanto decepcionado, escribió en su *Diario*: “Tenía yo, y con toda razón, pavor de leer las páginas de mi *Deslinde* traducidas al inglés por Villicaña. Está bien, en general, pero me cambia mi vocabulario en términos que me hace decir lo que yo no digo, llamándole ‘*Criticism*’ al juicio y ‘*Rhetoric*’ a la preceptiva. Decididamente, por la experiencia del francés (Mme. Noulet) y ahora ésta del inglés, acabaré por desear que mi *Deslinde* no sea traducido” (*Diarios*, en posesión de la Capilla Alfonsina). Villicaña continuó con su trabajo de traducción y a comienzos de 1949 prácticamente lo tenía terminado. En carta personal a Reyes le cuenta: “quiero darle noticias de *El deslinde*. He resumido la traducción; he terminado el séptimo capítulo y unas cien páginas están por traducir. Antes de agosto estará terminada” (carta del 20 de febrero de 1949 en posesión de la Capilla Alfonsina, folio 2654). Sin embargo, la traducción de *El deslinde* al inglés nunca se publicó.

⁶¹ Harry Tuchman Levin (Minneapolis, 18 de julio de 1912-Cambridge, Mass., 29 de mayo de 1994), crítico y comparatista literario; se graduó en 1933 en Harvard y allí mismo comenzó a impartir clase en 1939. De 1960 a 1983 fue el titular de la cátedra Irving Babbitt Professor of Comparative Literature en Harvard. Entre sus obras se cuentan: *The Broken Column* (1931), *James Joyce: A Critical Introduction* (1941), *Toward Stendhal* (1947), *Symbolism and Fiction* (1956), *Refractions: Essays on Comparative Literature* (1966), *The Myth of the Golden Age in the Renaissance* (1969), *Memories of Moderns* (1980).

dio mucha alegría. Entre el señor Cosío Villegas y yo hubo un malentendido al respecto, pero quizá él sólo había olvidado contestar a mi última carta que le escribí hace algunos meses para despejar el malentendido. De cualquier manera, me gustaría saber si él todavía piensa publicar la edición en español del libro y quién será el traductor. Si ha cambiado de parecer sobre el proyecto en su conjunto, sólo espero que se sienta con la libertad de decirlo. Por supuesto, me gustaría que publicara el libro, ya que a él se debe la impresión de mi anterior libro en español.⁶²

Con los mejores deseos, quedo de usted, créame, siempre su amigo y admirador,

Werner Jaeger

25

México, D.F., a 1o. de julio de 1949

Sr. Prof. Werner Jaeger
Institute for Classical Studies
Harvard University
Widener 774
Cambridge 38, Mass.
U.S.A.

Mi admirado y querido amigo:

Sólo lo distraigo para saber si le han llegado las últimas publicaciones mías que he tenido el gusto de enviarle, pues examinando su correspondencia, no encuentro noticia de que le hayan llegado las siguientes obras:

*La vega y el soto; Homenaje del Colegio Nacional a Antonio Caso; Grata compañía; Entre libros; De un autor censurado en el Quijote; Letras de la Nueva España y Sirtes.*⁶³ Le agradeceré unas palabras para mi tranquilidad.

⁶² El libro fue traducido pocos años después: Werner Jaeger, *La teología de los primeros filósofos griegos*, trad. José Gaos, México, FCE, 1952.

⁶³ Alfonso Reyes, *La vega y el soto*, México, Central, 1946; Alfonso Reyes, *Homenaje de El Colegio Nacional al maestro Antonio Caso, 6 de junio de 1946*, México, Cvltvra,

Le deseo serenidad y buen trabajo, y siempre lo admiro, lo recuerdo y lo quiero. Mis respetos a su señora. Cordialmente suyo,

Alfonso Reyes

26

Widener Library 774
Cambridge, Mass.
U.S.A.

7 de julio de 1949

Querido don Alfonso:

Siempre me alegra recibir carta suya, que es como una señal de vida; incluso cuando con ella me recuerda mi negligencia en agradecerle sus regalos literarios, como fue el caso de su última pregunta, que se halla totalmente justificada, pues mi silencio pudo haber sido mal entendido. Sin embargo, permítame asegurarle que, gracias a su enorme gentileza, me encuentro en posesión de todos sus nuevos libros, a los cuales puedo considerar, orgullosamente, como mis propios libros. *Sirtes*, como la última prueba de sus *beneficia*,⁶⁴ llegó recientemente, fue precedido por *De un autor censurado en el Quijote*, que disfruté como una preciosa pieza de *curiositas* filológica,⁶⁵ con el exquisito material antiguo geográfico y zoológico que lleva dentro, y por *Grata compañía* y *Entre libros*. De sus encantadoras reseñas no había visto nada antes, y ¡qué feliz soy al leer

1946; Alfonso Reyes, *Grata compañía*, México, Tezontle, 1948; Alfonso Reyes, *Entre libros*, México, El Colegio de México, 1948; Alfonso Reyes, *De un autor censurado en el Quijote* (*Antonio de Torquemada*), México, Cvltvra, 1948; Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, México, FCE, 1948; Alfonso Reyes, *Sirtes*, México, Tezontle, 1949.

⁶⁴ “*beneficia*, pl. de *beneficium*. beneficio, servicio, favor” (Agustín Blánquez Fraile, *Diccionario Latino-Español, Español-Latino*, Barcelona, Sopena, 2002).

⁶⁵ “*curiositas* (de *curiosus*): curiosidad, deseo de saber, de aprender; cuidado, diligencia que se pone en informarse” (Agustín Blánquez Fraile, *Diccionario Latino-Español, Español-Latino*, Barcelona, Sopena, 2002).

los apuntes sobre Chesterton y Stevenson, Goethe y América y a mi admirado Jacob Burckhardt en su *Grata compañía*.⁶⁶ Todos esos ensayos son perlas.

Muchas gracias por todos los regalos de su inagotable genio y por su leal amistad que aprecio como una de las mejores cosas que me han sucedido en los últimos años.

Que todo esté bien con usted. Con admiración y cariño, siempre suyo,

Werner Jaeger

27

Cambridge, Mass.

19 de diciembre de 1949

Mi querido don Alfonso:

Su libro *Junta de sombras*⁶⁷ llegó ayer y quiero agradecerle con todo mi corazón por la gran amabilidad que tuvo al enviármelo. Aprecio este envío como una señal de vida y como símbolo de su duradera amistad. Que haya llegado en esta época del año lo convierte en mi regalo de navidad.

Basta con leer unas cuantas páginas para darse cuenta de que se trata de algo encantador. Durante las próximas vacaciones, me sentaré en una cómoda silla de mi casa en Watertown y descansaré, por unos cuantos días, de las penurias de mi trabajo en torno a la edición de las obras de Gregorio de Nisa y leeré y disfrutaré de su libro. Será un gran placer ver su personalidad y su mente reflejadas en su punto de vista

⁶⁶ Se refiere respectivamente a los ensayos “*Ortodoxia* de Chesterton”, “*El hombre que fue jueves* de Chesterton”, “Pequeña clave para la *Pequeña historia*”, “Chesterton y la historia inglesa”, “*Las Nuevas noches árabes* de Stevenson”, “Goethe y América”, “Prólogo a Burckhardt”, todos ellos publicados en Alfonso Reyes, *Grata compañía*, México, Tezontle, 1948.

⁶⁷ Alfonso Reyes, *Junta de sombras: estudios helénicos*, México, El Colegio Nacional, 1949.

acerca del mundo clásico y ver mis propias ideas variadas y enriquecidas con su visión. Incluso, creo que la falta de comunicación directa entre nosotros se supera constantemente por el flujo de la conversación entre nuestros libros. Le deseo una apacible navidad y un sano y feliz año nuevo.

Su más devoto amigo,

Werner Jaeger

28

México, D.F., a 23 de mayo de 1950

Sr. Prof. Werner Jaeger
Widener Library 774
Harvard University
Cambridge 38, Mass.
U.S.A.

Maestro y amigo muy recordado:

El Fondo de Cultura Económica publica unos agradables Breviarios sobre los más distintos temas culturales, destinados, no al especialista, sino al público culto en general.⁶⁸ A nombre de mis amigos que dirigen esa institución, me permito pedir su consejo sobre una historia de Grecia, obra autorizada, breve, no cargada de erudición inútil en el caso, clara, didáctica y legible, que pudiera incorporarse en esa colección. El consejo de usted será sentencia.

Aunque me propongo pasar unas semanas en Nueva York a partir del próximo 6 de junio, muy difícil es que pueda llegarme hasta Cam-

⁶⁸ La Colección Breviarios del Fondo de Cultura Económica comenzó a aparecer en 1948 con un volumen traducido por Alfonso Reyes: C.M. Bowra, *Historia de la literatura griega*, trad. Alfonso Reyes, México, FCE, 1948. Hasta el año 2006 habían aparecido 554 títulos en esta colección. Sobre su historia pueden revisarse las páginas de Víctor Díaz Arciniegas, *Historia de la Casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, FCE, 1994.

bridge, no tendría tiempo. Hago esta vez un viaje muy rápido para concurrir un día a la Universidad de Princeton.⁶⁹

Respetos a Mrs. Jaeger y saludos cordiales de su admirador y amigo, que de antemano le agradece su atención para esta carta.

Alfonso Reyes

29

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

27 de mayo de 1950

Don Alfonso Reyes
Av. Industria 122
México 11, D.F.

Mi querido amigo:

Me alegró saber de usted por su carta del 23 de mayo pasado y me apresuro a responder su pregunta con respecto a un breve compendio de historia de la antigua Grecia que pueda ser presentado a una extensa audiencia de gente culta. Sólo tengo noticia de un libro con esas características: *Hellas, A Short History of Ancient Greece* de C.E. Robinson,⁷⁰ que

⁶⁹ Reyes viajó a Nueva York del 6 al 24 de junio de 1950. Al parecer, las dos semanas de estadía tuvieron un objetivo: recibir, el 13 de junio de ese año, el grado de doctor en Letras *honoris causa* por la Universidad de Princeton. El día 14 anota Reyes en su diario: “Persisto, recogiendo mis impresiones de Princeton, en que los sistemas anuales aíslan aquí demasiado a los profesores de la vida general y los hacen un poco campesinos”. (Cf. *Diarios*, en posesión de la Capilla Alfonsina.)

⁷⁰ Cyril Edward Robinson (1884-1981), historiador inglés. Entre sus obras se cuentan: *England: A History of British Progress from the Early Ages to the Present* (1928), *Everyday Life in Ancient Greece* (1933), *Days of Alkibiades* (1916), *History of the Roman Republic* (1932), *Hellas, A Short Story of the Ancient Greece* (1948).

sirve y satisface de manera agradable a un propósito similar al que usted me comenta. El autor ha escrito volúmenes más extensos acerca de la historia de Grecia y Roma, entre otros temas. En este libro, el autor reduce el contenido pragmático de la historia de Grecia de todos esos sucesos y hechos que son relevantes, con vistas a recrear una historia del pensamiento griego; asegura que la historia de Grecia no es tan importante por las cosas que sucedieron, como por lo que los griegos pensaban de ellas. No estoy seguro si usted preferiría un libro con más hechos y, por lo tanto, le sugiero que, en ese caso, durante su estancia en Nueva York visite la editorial Pantheon Books, cuya dirección actual encontrará en el directorio telefónico.

El editor, Kurt Wolff,⁷¹ es un hombre muy culto que estará encantado de prestarle ayuda; puede mencionarme y darle saludos de mi parte. Seguramente también le mostrará la traducción de la mitología de Schwab, para la cual escribí una introducción y fue publicada bajo el título de *Gods and Heroes*.⁷²

Lamento mucho perderme la oportunidad de verlo en su próxima visita a los Estados Unidos, pero éste parece ser mi destino, ya que más o menos por la fecha de su llegada yo viajaré a Europa y no veo cómo podríamos acordar un encuentro en esta ocasión. Le deseo mucho éxito en su visita a Princeton, que estoy seguro le encantará. Con los mejores deseos y afectuosos saludos, que la señora Jaeger también confirma, quedo siempre suyo,

Werner Jaeger

⁷¹ Kurt Wolff (Bonn, 3 de marzo de 1887-Ludwigsburg, 21 de octubre de 1963), sobresaliente editor alemán, fundó en Leipzig en 1913 la Kurt Wolff-Verlag, una de las más importantes editoriales que publicó la literatura expresionista. Promovió la obra de importantes autores contemporáneos, como Franz Kafka, Georg Trakl, Franz Werfel, Max Brod, Heinrich Mann, entre otros. En 1924, después de instalarse en Florencia, fundó la editorial Pantheon Casa Editrice, S.A. En 1940 emigró a los Estados Unidos, donde fundó la editorial Pantheon Books, con la cual tuvo un éxito inmediato.

⁷² Gustav Benjamin Schwab (Stuttgart, 19 de junio de 1792-Stuttgart, 4 de noviembre de 1850), escritor y pastor alemán; entre 1838 y 1840 recopiló y rescribió, a partir de textos originales y con objetivos pedagógicos, las *Die schönsten Sagen des klassischen Altertums* (*Las más bellas leyendas de la antigüedad clásica*), libro que se convertiría en un clásico de la literatura infantil y juvenil en Alemania. Werner Jaeger se refiere a la introducción que escribió para la traducción al inglés de este libro. (Cf. Gustav Schwab, *Gods and Heroes of Ancient Greece*, trad. Olga Marx y Ernst Morwitz, introd. Werner Jaeger, Nueva York, Pantheon Books, 1946.)

Ahora recuerdo un libro con más hechos y casi del mismo tamaño, antes debí haber pensado en él: *Griechische Geschichte* de Ulrich Wilcken.⁷³ Es uno de los mejores libros sobre el tema.

30

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

29 de diciembre de 1951

Mi querido don Alfonso:

Para gran sorpresa mía, dos días antes de navidad llegó como regalo su espléndido primer volumen de la traducción poética de la *Iliada*.⁷⁴ No tenía idea de que usted estuviera trabajando en esta empresa y no sé qué admirar más: el valor de emprender esta enorme tarea, la importancia cultural que esto representa para el mundo hispanohablante, o la magistral forma que usted ha logrado darles a los primeros nueve libros de esta épica. Le reitero mi afectuosa gratitud por enviarme una copia de este libro, tan hermosamente impreso, que agregaré a los otros monumentos de su erudición humanística que ya antes me ha enviado. Me muero de ganas por leer la *Iliada* en español y sin duda disfrutaré al establecer contacto con el propio espíritu del traductor. El valor artístico del libro es realzado por las ilustraciones, que me gustan mucho

⁷³ Ulrich Wilcken (Stettin, 18 de diciembre de 1862-Baden-Baden, 10 de diciembre de 1944), historiador alemán de la Antigüedad clásica y papirólogo. Fue uno de los precursores en el estudio de los papiros griegos y romanos en Alemania; fue alumno de Theodor Mommsen. Entre sus obras se cuentan: *Gründzüge der Christomathie und Papierkunde* (1912), *Griechische Geschichte im Rahmen der Altertumsgeschichte* (1924), *Alexander der Grosse* (1931).

⁷⁴ Homero, *La Iliada*, trad. Alfonso Reyes, México, FCE, 1951.

y me recuerdan la mano del artista que diseñó los dibujos de la cubierta de la *Paideia*.⁷⁵

Hace algunas semanas, el profesor Alonso⁷⁶ me comentó que usted estuvo enfermo, pero que en la actualidad se encuentra mejor. Con profundo pesar me enteré de esto. Espero que se esté tomando las cosas con tranquilidad para poder recobrar su entera salud. La señora Jaeger y yo le enviamos los mejores deseos para este año nuevo, para su salud y para su felicidad. Considero su obra con sincera admiración y me siento orgulloso de conocerlo y de contarle entre mis amigos.

Atentamente

Werner Jaeger

⁷⁵ Las cubiertas de *Paideia*, en su primera edición del Fondo de Cultura Económica, llevan unos dibujos elegantes y serenos. Sin embargo, el nombre del artista no se consigna. La falta de mención de los ilustradores fue una práctica común durante los primeros años de trabajo de esta editorial. Pese a esto, la impresión de Jaeger es certera. Los dibujos, tanto de la *Iliada* de Reyes como de *Paideia*, se deben a la mano de la misma artista: Elvira Gascón. Antonio Alatorre, en un artículo sobre Reyes, recuerda la estrecha relación de esta artista con los trabajos editoriales del Fondo: “la preclara Elvira Gascón, ligadísima en esos tiempos al Fondo de Cultura Económica, gran admiradora de Alfonso Reyes, capaz de hacer fieles retratos suyos en cuestión de segundos” (Antonio Alatorre, “Un momento en la vida de Alfonso Reyes”, en *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. IV, segunda parte, ed. James Willis Robb, México, El Colegio Nacional, 1997, p. 526). Además, por si alguna duda quedara, las hijas de Elvira Gascón han identificado, en el archivo histórico del Fondo de Cultura, todos los diseños de su madre que no estaban firmados. Entre ellos se encuentran las portadas de las primeras ediciones del libro de Jaeger.

⁷⁶ Amado Alonso (Lerín, 13 de septiembre de 1896-Cambridge, Mass., 26 de mayo de 1952), filólogo, lingüista y crítico literario español, naturalizado argentino. Se formó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid bajo la tutela de Ramón Menéndez Pidal y en compañía de Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás y el mismo Alfonso Reyes. En 1927 se trasladó a la Argentina a dirigir el Instituto de Filología de Buenos Aires, que había sido creado en 1923 por acuerdo entre Ramón Menéndez Pidal y Ricardo Rojas. Alonso fue director de esta institución hasta 1947, cuando sobrevino una crisis y se trasladó a la Universidad de Harvard a ejercer la cátedra de Literatura Española. (Cf. Frida Weber de Kurlat, “Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso”, en *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso en su cincuentenario, 1923-1973*, Buenos Aires, 1975.) Entre sus libros se encuentran: *El problema de la lengua en América* (1935), *Poesía y estilo en Pablo Neruda* (1940), *Materia y forma en poesía* (1955), *Ensayo sobre la novela histórica* (1942), y en colaboración con Pedro Henríquez Ureña, *Gramática castellana* (1938-1939).

31

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

18 de abril de 1953

Don Alfonso Reyes
Av. Industria
México, D.F.
Querido amigo:

Desde hace algunos meses he querido escribirle para agradecer, de manera más afectuosa, su gran gentileza por haberme enviado la navidad pasada un ejemplar de su encantador libro, la reunión de sus poemas líricos;⁷⁷ a partir de que los recibí los he leído frecuentemente, en particular durante mis vacaciones navideñas. Ya antes había leído con gran placer algunos de sus poemas, cuando me envió sus reminiscencias homéricas desde su casa solariega, creo que hace un año.⁷⁸ Sin embargo, no tenía idea de lo polifacético de su producción poética, que ahora percibo con su reciente libro. Por favor, cuente con mi gratitud por su precioso regalo, pero en particular por su duradero interés en mi persona y por su amistad, que significa mucho para mí. Es usted muy afortunado de poder repartir tanto, y de una manera tan personal, a sus amigos en todo el mundo. Esta ventaja le está negada al académico, que sólo escribe versos para su uso más privado, para el gozo de su propio pensamiento.

En ocasiones como ésta desearía poder enviarle de vuelta algo mucho más personal. Espero que este invierno su salud haya sido satisfactoria y deseo escuchar nuevamente de usted cuando llegue el momento. El otoño pasado estuve en Grecia y regresé a casa no sólo con algunos recuerdos imborrables, sino con la vida intensificada por la

⁷⁷ Alfonso Reyes, *Obra poética*, México, FCE, 1952.

⁷⁸ Alfonso Reyes, *Homero en Cuernavaca*, México, Tezontle, 1952.

realidad de las cosas que antes únicamente había visto con los ojos del pensamiento.

Con los mejores deseos y con la seguridad de mi amistad.

Como siempre suyo,

Werner Jaeger

32

Durango 93
México 7, D.F.

México, D.F., a 16 de febrero de 1954

Dr. Werner Jaeger
Widener Library 774
Harvard University
Cambridge 38, Mass.
U.S.A.

Admirado y querido amigo:

Ante todo, mil felicidades a su esposa y a usted. Y ahora permítame una pequeña molestia.

Hemos cambiado el Colegio de México al nuevo local cuya dirección verá usted en este pliego,⁷⁹ donde estamos reinstalando en mejor forma nuestra Biblioteca. Se me ofrece consultarle sobre las dos o tres

⁷⁹ A inicios de 1954, El Colegio de México cambió su sede a una vieja casona en la esquina de la calle Durango y la Plaza Río de Janeiro en la colonia Roma. De este edificio, cuenta Josefina Zoraida Vázquez que era “añoso y poco adecuado para las labores de la investigación [...] los miembros jóvenes ni siquiera teníamos un escritorio, sino que trabajábamos en sillas de paleta que arrimábamos cerca de la ventana, para aprovechar el calor del sol”. (Josefina Zoraida Vázquez, “El Colegio de México: años de expansión e institucionalización, 1961-1990”, en *La Casa de España y El Colegio de México: Memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, p. 327.)

principales revistas de estudios griegos y latinos que usted considere recomendables, para pedir suscripciones.

Muy agradecido de antemano, le deseo próspero trabajo y buena salud. Su cordial admirador y amigo,

Alfonso Reyes

33

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

27 de febrero de 1954

Don Alfonso Reyes
El Colegio de México
Durango 93
México 7, D.F.

Querido don Alfonso:

Muchas gracias por sus amables deseos para este año nuevo. Le deseo lo mismo de todo corazón.

Me interesaron las noticias de la mudanza del Colegio de México a otro lugar donde tendría más espacio para su biblioteca. Creo que la más importante revista de estudios griegos y latinos en este país, por mucho, es el *American Journal of Classical Philology*.⁸⁰ Entre las más antiguas y famosas revistas se encuentra *Hermes, Zeitschrift für klassische Philologie*,⁸¹ que fue resucitada después de los críticos años de la guerra y que

⁸⁰ Jaeger se refiere a la *American Journal of Philology* que fue fundada en 1880 por Basil Lanneau Gildersleeve y que The Johns Hopkins University Press continúa publicando.

⁸¹ *Hermes, Zeitschrift für klassische Philologie* es la primera revista académica dedicada a temas de la Antigüedad clásica; fue fundada en 1866 y la publicaba la editorial

aún hoy en día tiene lo suyo. Se trata de la revista donde Mommsen,⁸² Wilamowitz,⁸³ Diels⁸⁴ y muchos otros famosos classicistas publicaron sus artículos. Suscribirse a ella sería muy bueno, pero sería mejor si ustedes pudieran agenciarse todos los números anteriores. De hecho, no veo cómo alguien dedicado a los estudios clásicos podría hacer sus investi-

Weidmann (en la actualidad la publica la Franz Steiner Verlag). Debido a las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, la publicación dejó de aparecer entre 1943 y 1951. El primer editor fue el latinista Emil Hübner. Muy cercanos a la fundación de la revista se encontraban Theodor Mommsen y Adolf Kirchhof.

⁸² Christian Matthias Theodor Mommsen (Gardin, Schleswig-Holstein, 30 de noviembre de 1817-Charlottenburg, 1o. de noviembre de 1903), historiador alemán, considerado uno de los más importantes investigadores de la historia antigua clásica en el siglo XIX. Sus obras y sus ediciones de la historia romana tienen aún hoy en día un valor significativo. Concibió y organizó varias colecciones de textos clásicos latinos, entre ellas: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, *Corpus Iuris Civilis*, *Codex Theodosianus*. Entre 1854 y 1856 aparecieron los primeros tres tomos —de un total de ocho— de su monumental obra *Römische Geschichte (Historia de Roma)*, por la cual mereció el Premio Nobel de Literatura en 1902.

⁸³ Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff (Gut Markowitz-Posnania, 22 de diciembre de 1848-Berlín, 25 de septiembre de 1931), filólogo y helenista alemán. Fue profesor en las universidades de Greifswald (1876-1883), Gotinga (1883-1897) y Berlín (1897-1921); es considerado el representante más sobresaliente que definió la filología clásica en el siglo XX. Con sus numerosas monografías, ediciones, comentarios y traducciones de autores clásicos griegos, renovó la crítica textual y la interpretación de los textos antiguos. En 1872, a raíz de la publicación del *Nacimiento de la tragedia*, Wilamowitz sostuvo una agria polémica con Friedrich Nietzsche. La influencia del primer autor en el ámbito de la filología clásica fue fundamental; con él se formaron considerables helenistas; entre sus discípulos se cuentan el propio Werner Jaeger (que fue alumno de Wilamowitz en Berlín), Eduard Fraenkel, Hermann Fränkel, Paul Friedländer, Ludwig Traube, Eduard Schwartz. Entre sus obras se cuentan: *Analecta Euripidea* (1875), *Homerische Untersuchungen* (1884), *Aristoteles und Athen* (1893), *Die Textgeschichte der griechischen Lyriker* (1900), *Die Textgeschichte der griechischen Bukoliker* (1906), *Einleitung in die griechische Tragödie* (1907), *Die Ilias und Homer* (1916), *Platon. Leben und Werke / Beilagen und Textkritik* (1919), *Geschichte der Philologie* (1921).

⁸⁴ Hermann Alexander Diels (Wiesbaden, 18 de mayo de 1848-Berlín, 4 de junio de 1922), filólogo clásico e historiador de la filosofía, especialista en los presocráticos. Estudió filología clásica en Berlín y en Bonn; en esta última ciudad conoció y entabló amistad con Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff. Werner Jaeger, quien lo conoció en Berlín y siempre lo consideró su maestro. Fue profesor en la Universidad de Berlín, donde dirigió el seminario filológico en la Facultad de Filosofía. Entre sus obras se cuentan: *Doxographi Graeci* (1879), *Commentaria in Aristotelem Graeca* (1882-1909), *Parmenides Lebrgedicht* (1897), *Fragmente der Vorsokratiker* (1903), *Erakleitos von Ephesos* (1901).

gaciones sin ella. De tipo más informativo es *Gnomon*,⁸⁵ destacada revista que goza de fama internacional, de la cual yo soy fundador. En ella se publican, en primer lugar, largas y perspicaces reseñas, pero también contiene noticias sobre excavaciones y descubrimientos, así como largas listas de publicaciones recientes. Por otra parte, en Inglaterra se publica el *Journal of Hellenic Studies*⁸⁶ y su compañero, el *Journal of Roman Studies*,⁸⁷ ambas son muy buenas y contienen artículos y reseñas. No son estrictamente revistas filológicas, pero combinan la historia antigua, donde decididamente son mejores, con ocasionales digresiones en el campo de la filología. Hay muchas otras revistas en este y en otros países, pero si sólo puede elegir dos o tres, las que le he mencionado son las mejores.

Espero que su salud haya mejorado y que se encuentre disfrutando del progreso de su obra, dentro de la cual, una parte importante es el desarrollo de El Colegio de México. Con mis mejores deseos para él y para su persona,

Atentamente,

Werner Jaeger

⁸⁵ *Gnomon*, fundada en 1925, es una revista crítica dedicada al estudio de la Antigüedad clásica. En Alemania es la más importante publicación de reseñas en el ámbito del helenismo. Su antecedente inmediato fue la *Classical Review* de Inglaterra. Werner Jaeger fue, de 1925 a 1933, uno de los 16 editores fundadores de *Gnomon*.

⁸⁶ La *Journal of Hellenic Studies* fue fundada en Inglaterra en 1880 por la Society for the Promotion of Hellenic Studies; tiene una periodicidad anual y publica artículos sobre distintos aspectos, literarios, históricos, arqueológicos, de la Antigüedad helénica.

⁸⁷ La *Journal of Roman Studies* fue fundada en Inglaterra en 1911 por la Society for the Promotion of Roman Studies y contiene artículos y reseñas de libros sobre el mundo romano en general.

34

México, D.F., a 8 de marzo de 1954

Dr. Werner Jaeger
 Widener Library 774
 Harvard University
 Cambridge 38, Mass.
 U.S.A.

Mi querido y recordado amigo:

Mil gracias por sus preciosas informaciones del 27 de febrero último. Ya echamos la red, a ver si caen los peces. ¿Nunca ha pensado usted en asomarse por esta tierra que conserva vivo el recuerdo del Barón de Humboldt?

Mis respetos a su señora y a usted las dos manos de su admirador y amigo,

Alfonso Reyes

35

HARVARD UNIVERSITY
 INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
 University Professor

Widener 774
 Cambridge, Mass.

27 de marzo de 1954

Querido don Alfonso:

Lamento no haber pensado en darle la dirección de la editorial de la *American Journal of Philology* en mi carta anterior. Se trata de: The Hopkins University Press, Baltimore, Maryland.

Con mis mejores deseos,
 como siempre,

Werner Jaeger

36

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

16 de octubre de 1954

Querido don Alfonso:

Muchas, muchas gracias por enviarme sus saludos en la forma de su breve y delicioso libro *Trayectoria de Goethe*,⁸⁸ junto con su artículo. He estado leyendo el libro con vivo interés y debo confesarle que lo que disfruto en otras de sus publicaciones, en ésta, con un tema tan cercano a mi corazón, me deleitó doblemente. Los grabados y el formato le dan a su libro una nota idílica totalmente apropiada para el tema. Le aseguro que usted está y estará presente, como a menudo lo ha estado, en mis horas vespertinas durante las próximas semanas.

Acabo de regresar de un viaje de cuatro meses por París, Alemania —donde visité siete universidades y a algunos viejos amigos—, Italia, Venecia, Florencia y Roma, acompañado de la más joven de mis hijas.⁸⁹ Regresé aliviado de los viajes algo agotadores y, como contraste, que no podría ser más fuerte, ahora estoy inmerso en la preparación de mi nueva edición crítica del texto griego de la *Metafísica* de Aristóteles para Oxford.⁹⁰

Con mis mejores deseos para su salud y con afectuosos saludos,
su amigo de siempre y admirador,

Werner Jaeger

⁸⁸ Alfonso Reyes, *Trayectoria de Goethe*, México, FCE, 1954 (Colección Breviarios, núm. 100).

⁸⁹ En total, Jaeger tuvo tres hijos. De su primero matrimonio, con Theodora Jaeger, tuvo a Heidi Gröndal (13 de abril de 1922). En sus segundas nupcias, Jaeger estuvo casado con Ruth Jaeger (†1992), con quien tuvo dos hijos: Otto Jaeger y Therese Ried. Aquí se refiere a esta última.

⁹⁰ *Aristotelis Metaphysica*, ed. Werner Jaeger, Nueva York, Oxford Classical Text, Oxford University Press, 1957.

37

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

25 de agosto de 1956

Mi querido y sumamente respetado amigo:

Su breve carta del 30 de junio pasado me ha estado esperando en casa mientras que estuve de viaje por Europa por dos meses y medio. Lamento que haya permanecido sin respuesta por tan largo tiempo y me apresuro a escribirle inmediatamente, recién llegado a Estados Unidos. Me honra usted con el envío de dos volúmenes de sus *Obras completas*,⁹¹ y me siento muy orgulloso de poseerlas, pues de este modo se renueva nuestra relación personal de una forma espiritual sobre una base aún mayor que me permite ver su obra y su personalidad en su crecimiento gradual y en su más completa variedad. Es una gran dicha y una satisfacción para mí, después de haber sido iniciado en su obra de escritor y poeta por varias de sus más recientes publicaciones, haber comenzado la lectura de su obra con *La crítica en la Edad Ateniense*. Después de recibir el primer volumen, le escribí; espero que mi carta, enviada a la Avenida Industria, le haya llegado. Se me ocurre que entre tanto su dirección debió de cambiar, pues en su última carta se indicaba otra calle. El segundo volumen está sobre mi escritorio, pero hasta este momento no me ha sido posible leerlo, ya que llegó en mi ausencia, tal vez a principios de junio o poco antes. Por favor, créame, siento una gran distinción al recibir sus dos volúmenes; estoy ansioso de conocer todo lo que usted ha escrito y espero la continuación de sus *Obras completas*. Estoy contento de tenerlo a usted presente en esta

⁹¹ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. I, México, FCE, 1955. Este volumen contiene los libros: *Cuestiones estéticas*, *Capítulos de literatura mexicana*, *Varia*. Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. II, México, FCE, 1956. El segundo volumen contiene los libros: *Visión de Anábua*, *Las vísperas de España*, *Calendario*.

forma todo el tiempo. Con saludos afectuosos y con la expresión de mi admiración,

Suyo,

Werner Jaeger

38

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

15 de septiembre de 1956

Mi querido y muy respetado amigo
Don Alfonso Reyes:

Me alegró mucho, como siempre cuando obtengo señales de vida de su parte, recibir su carta del 10 de septiembre pasado en respuesta a mi anterior misiva. El contenido de su nota me complace mucho y espero que sus amigos lleven adelante el proyecto con esfuerzo.⁹² No podría pasar por alto que me pondría muy feliz si, en esa conexión, ellos usaran las cartas que le dirigí a usted, escritas después de la publicación de sus libros *La crítica en la Edad Ateniense* y *El deslinde*, y que ya fueron impresas, si no me equivoco, en los artículos y en el libro —que contenía cartas y reseñas de su obra— publicado en su honor hace algún tiempo.⁹³ El esfuerzo de sus amigos no debe atribuirse simplemente al temperamento latinoamericano; por el contrario, me parece completa-

⁹² Muy probablemente Jaeger se refiere al libro en homenaje a Alfonso Reyes que en esos momentos se preparaba: *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, eds. Ernesto Mejía Sánchez y Augusto Monterroso, México, UNAM, 1956.

⁹³ Cf. *Páginas sobre Alfonso Reyes (1914-1945) / Edición homenaje*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955. En esta recopilación, Alfonso Rangel Guerra, el editor, incluyó la carta que Jaeger dirigió a Reyes el 28 de marzo de 1942 y con la cual se inicia esta correspondencia.

mente justificado. Es todo lo que puedo decirle al respecto. Les deseo un éxito total.

Con mis saludos y deseos sinceros,
queda de usted, su amigo,

Werner Jaeger

39

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

13 de octubre de 1956

Estimado don Alfonso:

Gracias a su extraordinaria gentileza recibí el tercer volumen de sus *Obras completas*.⁹⁴ Quiero agradecerle nuevamente este envío. No he tenido tiempo para leerlo cuidadosamente; espero hacerlo muy pronto en mis horas libres, ya que se necesita algo de ocio para esos trabajos algo extensos recogidos en el nuevo volumen. La recolección y la publicación de sus obras completas en vida deben de producirle una gran satisfacción. En conjunto, ellas serán un maravilloso monumento a su inagotable vitalidad intelectual y humana y a su vigor creativo. Me consumen las ganas de leer su nuevo volumen, pues siempre he apreciado particularmente su prosa.

Lamento no tener algo comparable para retribuir el envío. Las ediciones críticas que en este momento estoy preparando son el resultado de una labor meticulosa que me ocupa casi cada hora del día, pero que al final no resulta en un libro que pueda ser enviado como regalo. Me

⁹⁴ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. III, México, FCE, 1956. Este volumen contiene los libros: *El plano oblicuo*, *El cazador*, *El suicida*, *Aquellos días*, *Retratos reales e imaginarios*.

siento como un sucesor de los padres maurinos,⁹⁵ cuya cooperación académica organizada produjo los numerosos volúmenes de los escritores cristianos del período antiguo tardío, que conformaron la base sobre la cual el Abbé Migne pudo imprimir su propio gigantesco *cursus completus*, en su mayoría copiado de sus predecesores sin cambio alguno.⁹⁶ Es probable que algún día esto le suceda a nuestro trabajo ante el nuevo Migne, quien seguramente estará preparándose ahora en Bélgica, y deberá agradarnos que nuestros nombres apenas se mencionen.

Siempre agradecido,
suyo,

Werner Jaeger

⁹⁵ La Congregación de San Mauro se formó a principios del siglo xvii como resultado de una reforma en el seno de la Orden de San Benito en Francia. Poco a poco la Congregación llegó a contar con casi dos centenares de abadías y prioratos. Estableció colegios a imitación de las escuelas benedictinas y se dedicó a la formación de la juventud monástica. Entre sus tareas estableció el estudio y la edición de los Padres (griegos y latinos) de la Iglesia: san Atanasio, san Basilio, san Cirilo de Jerusalén, san Juan Crisóstomo, san Gregorio Nacianceno, Orígenes, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín, san Hilario, san Gregorio Magno, etc. Entre los más eminentes padres maurinos se cuentan Lucas d'Acherny, Thomas Blampin, François Bouquet, Michel Brial, François Clemencet, Pierre Coustant, François Delfau, Julien Garnier, Michel Germain, etc. La revolución de 1790 acabó con todos los monasterios maurinos. El último padre de esta congregación murió en 1883.

⁹⁶ Jacques Paul Migne (Saint-Flour, 25 de octubre de 1800-París, 24 de octubre de 1875), sacerdote francés, editor de una extensa colección de escritos de los Padres de la Iglesia. Migne, sin ayuda institucional, organizó y publicó, con la finalidad de hacer accesible el pasado católico, la que él llamó la *Patrologie latine et grecque*. En el proyecto original pretendía publicar alrededor de dos mil volúmenes. Un incendio en su imprenta impidió que el sacerdote llevara a cabo su descomunal idea; en total, sólo logró publicar, en su *Patrologiae cursus completus*, 217 textos latinos y 166 grecolatinos.

40

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

23 de marzo de 1957

Estimado don Alfonso:

Nuevamente tengo que agradecerle el envío de otro volumen, esta vez el cuarto, de sus *Obras completas*.⁹⁷ La obra está creciendo sin cesar y se ha vuelto muy imponente; la edición está bellamente cuidada, lo que anima a cualquier lector a “tomar y leer” el libro. Para mi interés, el volumen contiene mucho material histórico; entre otras cosas cercanas a mi conciencia histórica, están las contribuciones al tema de Schleswig.⁹⁸ ¿Sabía usted que yo fui profesor de la Universidad de Kiel en Schleswig-Holstein por casi siete años y que ahí viví la Revolución de 1918? Muchas gracias por dedicarme el volumen. Esto se volverá un *ketema eis aiei*,⁹⁹ y ya lo es. Leo con gusto el ensayo que el profesor Ingemar Düring le dedica: “Alfonso Reyes helenista”.¹⁰⁰ Ahí tiene usted a otro gran ad-

⁹⁷ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. IV, México, FCE, 1956. Este volumen contiene los siguientes libros: *Simpatías y diferencias*, 1a., 2a. y 3a. series; *Los dos caminos*, 4a. serie; *Reloj de sol*, 5a. serie, y *Páginas adicionales*.

⁹⁸ Jaeger se refiere al ensayo “La cuestión de Schleswig”, en *Páginas adicionales*, *ibid.*, pp. 485-490.

⁹⁹ Κτήμα εἰς αἰεὶ: Una adquisición para siempre. Jaeger está citando a Tucídides quien, en la *Historia de la guerra del Peloponeso*, para distinguirse de Herodoto, Homero y los logógrafos, califica su trabajo histórico como “una adquisición para siempre”: “Tal vez la falta del elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si éstos la consideran útil será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que como una pieza de concurso para escuchar un momento”, trad. Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 2000, libro I, 22 4-23, pp. 58-60.

¹⁰⁰ Ingemar Düring, *Alfonso Reyes helenista*, Madrid, Ínsula, 1955.

mirador en el campo de los estudios clásicos y, a pesar de que las opiniones de Düring y las mías sobre Aristóteles no siempre concuerdan, sobre usted sí que estamos de acuerdo. Le reitero mis agradecimientos.

Siempre suyo,

Werner Jaeger

41

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

14 de septiembre de 1957

Estimado don Alfonso:

Hace dos semanas, a mi regreso de un viaje de tres meses por Europa, encontré entre mi correspondencia un nuevo volumen de sus *Obras completas*.¹⁰¹ Me alegró saber que aún piensa en su viejo amigo y que continúa apilando buenos escritos sobre su cabeza. Este quinto volumen contiene un buen recuento de la historia del siglo XIX que, por supuesto, me interesa enormemente, ya que casi ofrece la historia completa de ese periodo. Me pareció muy interesante leer su opinión sobre la importancia que han tenido los sucesos en Alemania para el curso de este siglo, tema que me resulta particularmente familiar. Nuevamente le agradezco de manera afectuosa este espléndido regalo. Espero pueda seguir devalando su vida literaria ante los ojos de sus amigos y de la posteridad. Reciba mis mejores deseos y saludos afectuosos.

Atentamente,

Werner Jaeger

¹⁰¹ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. V, México, FCE, 1957. Este volumen contiene los libros *Historia de un siglo* y *Las mesas de plomo*.

42

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

1o. de febrero de 1958

Estimado don Alfonso:

Otro maravilloso volumen, el sexto, de la gloriosa serie de sus obras reunidas, ha llegado hasta mí.¹⁰² ¿Cómo puedo expresar mi gratitud por su generosidad al dejarme tener cada uno de ellos? Es un enorme tesoro de sabiduría y conocimiento; en especial, este volumen encierra una riqueza de experiencia literaria y juicio con los cuales se podría vivir por muchos años. Estoy ansioso por leer sus reflexiones sobre literatura hispánica contenidas en este libro, de manera especial me interesa, porque dentro de la mole que él contiene se tocan las figuras que yo más aprecio en la literatura clásica española: Lope y Cervantes.¹⁰³ Sin embargo, en ese libro hay mucho más y cada página refleja la amplitud de su cultura humanística, que incluye todas las épocas y todo lo humano. Lo que hasta el momento he visto del volumen estimula mi apetito para el resto y espero leerlo todo en un futuro muy próximo, en algunas tardes más tranquilas. Espero que esté bien de salud y se encuentre disfrutando de su trabajo, tan inagotable como lo es y nunca fatigoso. Publiqué mi edición en griego de la *Metafísica* de Aristóteles,¹⁰⁴ fruto del trabajo de varios años de meticulosa investigación sobre la tradición textual directa e indirecta, la de los manuscritos y la contenida en las referencias de los antiguos comentaristas a un texto muy difícil al que a veces leían de una

¹⁰² Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. VI, México, FCE, 1957. Este volumen contiene los libros: *Capítulos de literatura española*, 1a. y 2a. series; *De un autor censurado en el Quijote*, y *Páginas adicionales*.

¹⁰³ Sobre Lope, Reyes escribió en *Capítulos de literatura española*, 1a. serie: "Silueta de Lope de Vega" y "El peregrino en su patria de Lope de Vega".

¹⁰⁴ *Aristotelis Metaphysica*, ed. Werner Jaeger, Nueva York, Oxford Classical Text, Oxford University Press, 1957.

forma totalmente distinta. Uno no esperaría que en el momento actual alguien quisiera leer en griego; sin embargo, se vendieron más de mil copias de la edición en poco tiempo y al parecer sigue así. Antes de iniciar otro volumen de mi *Paideia*, que probablemente abarcaría el dominio del mundo por la mente griega durante el periodo helénico, quiero terminar un libro más breve que comencé a escribir el otoño pasado, acerca de mi viejo amigo Gregorio de Nisa, y el papel tan importante que tiene en la historia del dogma del Espíritu Santo y de la espiritualidad mística en la Iglesia.¹⁰⁵ Por fortuna, mi salud ha estado bien. En estos momentos, deseo que llegue el nuevo trimestre, durante el cual impartiré un curso sobre el drama griego y un seminario sobre la *Metafísica* de Aristóteles. Con los mejores deseos para su bienestar personal, Agradecidamente suyo,

Werner Jaeger

43

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

26 de abril de 1958

Estimado don Alfonso:

Fue un gran placer para mí recibir, gracias a su generosa amabilidad, el reciente volumen de sus obras completas con la dedicatoria personal que escribió en la primera página.¹⁰⁶ Nuevamente debo agradecer este

¹⁰⁵ Al parecer, la muerte impidió que Jaeger terminara de escribir este libro. Años después, H. Dörries hizo una edición póstuma del texto. (Cf. Werner Jaeger, *Gregor von Nyssa's Lehre vom Heiligen Geist*, ed. H. Dörries, Leiden, E.J. Brill, 1966.)

¹⁰⁶ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. VII, México, FCE, 1958. Este volumen contiene los libros: *Cuestiones gongorinas*, *Tres alcances a Góngora*, *Varia*, *Entre libros*, *Páginas adicionales*.

signo de amistad que aprecio debidamente, pues la continuidad es una de las más importantes características de la verdadera amistad.

En las horas de ocio que disfruto por las tardes, he leído, hasta el día de hoy, una porción considerable del volumen. Por otra parte, este semestre ha sido atareado. Desde mi punto de vista, pero también objetivamente, el elemento que me parece más importante en este volumen es su erudito tratamiento de la figura y las obras de Góngora quien, durante un tiempo, parece haber atrapado su atención, y de quien, en particular, yo prácticamente no sabía nada. No obstante, parece ser una figura muy conocida y valiosa de la literatura española. Le estoy sumamente agradecido por haber llamado mi atención hacia él.

Espero que se encuentre bien y que esté en las posibilidades de continuar con la construcción de este digno monumento de su vida. Estoy dando cursos, a pesar de que ya voy a cumplir los 70 años, y seguiré impartíéndolos al menos otro año más si la Universidad así lo dispone. Con mis estudiantes leo *Edipo en Colono*, de Sófocles, y todo parece tan personal cuando uno lo lee como la obra de un hombre muy, muy viejo. Hace una semana, o algo así, apareció otro volumen de mi edición de Gregorio de Nisa; contiene sus obras dogmáticas breves.¹⁰⁷ Como decimos en este país, cuídese y recuerde a su devoto amigo,

Werner Jaeger

¹⁰⁷ Gregorio de Nisa, *Opera dogmatica minora*, Leiden, Brill, 1958 (*Gregorii Nysseni Opera*, vol. 3).

44

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

16 de diciembre de 1958

Querido don Alfonso:

Estoy agradecido con usted y deseo enviarle mi gratitud más sincera por el más reciente volumen (VIII) de sus obras completas que usted mandó con una dedicatoria a su filólogo amigo de la Universidad de Harvard.¹⁰⁸ También le agradezco el envío de su artículo sobre un tema clásico que precede este rico volumen y lo muestra una vez más como autor en mi propio ámbito. Recuerdo que dos de sus grandes obras, ambas sobre temas clásicos, fueron el inicio de nuestra amistad. El nuevo volumen contiene un gran número de ensayos y críticas; cada uno de ellos es una joya. Le confieso que Amado Nervo me era completamente desconocido antes de tener noticia sobre él en su libro. Para mí, uno de los más importantes aspectos de la recopilación de sus ensayos es que me introduce tanto en la literatura hispánica como en su propia obra. Como estoy peleando con la Hidra de los errores de imprenta encontrados en los cuatro nuevos volúmenes de nuestra gran edición de san Gregorio de Nisa, me divertí con su ensayo sobre este tema que contiene interesantes citas de las ediciones del siglo XVI.¹⁰⁹ Sin embargo, el contenido de su libro es muy diverso como para reflejarlo en una carta de agradecimiento. Ciertamente es un volumen muy entretenido, pues se puede comenzar a leer en cualquier página y al instante uno se siente cautivado.

¹⁰⁸ Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. VIII, México, FCE, 1958. Este volumen contiene los libros: *Tránsito de Amado Nervo*, *De viva voz*, *A lápiz*, *Tren de ondas*, *Varia*.

¹⁰⁹ En el volumen que Jaeger acaba de recibir no se encuentra ningún ensayo sobre las erratas, tan temidas por Reyes. Quizá el filólogo se refiere a un trabajo anterior sobre las ediciones de Góngora en el siglo XVII. (Cf. Alfonso Reyes, "Los textos de Góngora [Corrupciones y alteraciones]", en *Cuestiones gongorinas* [1927], en *Obras completas*, vol. VII, México, FCE, 1958, pp. 30-58.)

Lo felicito por el digno éxito de su edición y le deseo la mejor suerte con la continuación del proyecto en el año que ya llega. Que siempre disfrute de una salud estable y de la serenidad mental de los sabios.

Con los mejores deseos para esta temporada navideña,
cariñosamente,
su amigo y admirador,

Werner Jaeger

APÉNDICES

I

CARTAS ORIGINALES EN INGLÉS

1

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

March 28, 1942

Professor Alfonso Reyes
c/o Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63
México, D.F.

Dear Professor:

I received some time ago through your kindness a copy of your new book, *La crítica en la Edad Ateniense*, published by the Colegio de México and wish to express to you my sincere gratitude for the generous gift. Recently I have heard more of the scholarly production in the Spanish speaking countries south of the United States, partly through the philosophers in Argentina, partly through my connection with the Fondo de Cultura Económica in Mexico. You perhaps know the fact that my work *Paideia* which is translated by your countryman Professor Xirau, formerly of Barcelona, will be published soon by the same Fondo de Cultura Económica which has printed your book. I am very glad to see these signs of a new humanistic activity in this hemisphere outside the United States and to appreciate its fruits without finding too much difficulty with the language.

I did not want to thank you for sending me your book before I had read it and even now I cannot say that I know the large and important book in all its details. The chapters on Plato and Aristotle will take more

time than I was able to give the book during the last weeks since I received it. I am very eager to learn more about your interpretation of Plato's criticism of poetry and Aristotle's *Poetics*. I shall have to deal with both in my *Paideia* where I have tried to understand the background and starting point of Plato's censure of the Greek poets. The volume in which I have dealt with this problem is finished and being translated and printed at the present time and I am delighted to see that we shall agree about the fundamental fact that there is no literary criticism in the modern sense in Plato's verdict against poetry. I think it very fortunate that you have set forth with so much clarity and decision the fact that literary criticism in our sense is absent from the earlier and classical periods of Greek culture and the criticism which is uttered in those centuries with regard to what we would call literary subjects springs from other motives than a purely aesthetic appreciation. It is something different when Solon corrects Mimnermus, Xenophanes blames Homer and Hesiod, or Plato in the *Laws* rewrites Tyrtaeus's elegy. This sort of correction which is made from the point of view of truth leads up directly to the Stoic epanorthosis and the similar method used by the Christian fathers correcting their pagan predecessors in the field of *Paideia*.

It is in my opinion the greatest merit of your book that it does not discard the classical period for this reason as is often done by those interested in the problem of literary criticism in its pure form, but pursues carefully the gradual development of the critical element in Greek life and literature in all its aspects. In this way you have succeeded in showing clearly how along with the moral, political and religious criticism in the classical period the critique of the aesthetic qualities of literary works gradually emerges. This fact is mostly neglected although it is of the greatest importance for the growth and public manifestation of that infallible taste with which Cicero in the *Orator* credits the Athenian public. I enjoyed especially your picture of the first private stage of the evolution, the anonymous existence of a refined sensitivity and critical reaction confined in its expression to narrow circles. Obviously your own connection with and experience of such preliterary criticism has assisted you in seeing the analogous symptoms in classical Athens. I have read with much pleasure what you say about the difference in appreciation of literary figures and works in the country of the author and abroad, in more creative literary circles and by professors of literature. Another feature which I would like to mention is your fine under-

standing of the aesthetic element in Aristophanes's critique of Euripides and literature at large. Even though there it is particularly evident that his judgment is dominated by other factors the presence of a new keen literary sense is manifest and foreshadows the coming independent literary criticism of the Hellenistic times. The same mixture we have in Aristotle though I feel that Theophrastus in his lost books *On Style* must have marked a decisive progress in the direction of a pure aesthetic appreciation for he has exercised such an enormous influence on Dionysius of Halicarnassus, Cicero and all later criticism.

In your "anachronistic" chapter at the end of the book you have expressed the natural reaction of the modern mind with regard to the absence of pure literary judgment from the earliest and classical periods of Greece. It is indeed not easy to see how we could return in our days to the Greek subordination of the aesthetic factor to what they thought to be the really essential moral and political factors in the poetical creations which we love. On the other hand it is about time to realize and consider earnestly the facts which you have set forth with so much vigor and in a forcible language with regard to their importance for our historical understanding of the true nature and structure of the classical Greek spirit. The result of your book with which I agree and what I have tried to say about the same problem from the opposite point of view, that of *Paideia*, seems to reopen the discussion of our relationship to the classical and Hellenistic forms of Greek culture. Wishing your book and activities full success, I am,

Yours sincerely,

Werner Jaeger

3

April 10, 1942

Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63
México, D.F.

Dear Sir:

I want to thank you for two things, for sending the proof sheets of my book up to page 348 and the book of Alfonso Reyes: *La crítica en la Edad Ateniense*.

I was delighted to have the book of Señor Reyes with his personal dedication which honors me very indeed. But, I feel that the whole book honors most of all the author and the publisher because of its outstanding merits and quality. I wrote to Señor Reyes some days ago and expressed my thanks to him personally. I tried to say in my letter to him why I am taking a keen interest in his ideas and how they stimulate my own thought which has been moving from some time in the same direction. After writing the letter I noticed that Señor Reyes is not a professor at the Universidad Nacional of México as I supposed in my letter, but is one of those rare figures who combine the activities of a statesman with brilliance in literature and scholarship. Although the sovereign manner of the author in style and expression was somewhat surprising to me in a scholar, the scholarship of the author seems to assert itself on every page so effectively that I did not doubt about his being a professor; I think this is very flattering for the author since he is still so much more in addition. I congratulate you as publisher on having brought out in the literary field a work which represents the intellectual standards of the Spanish speaking world in such an impressive manner.

Yours very sincerely,

Werner Jaeger

4

Albemarle Inn
“Our Home and Yours”
Grove Park
Asheville, N. C.

April 20, 1942

Dear Mr. President:

I was very happy to have your letter of April 9 which was forwarded to me from Cambridge, where it was sent, to North Carolina, where I mostly spend one or two weeks every year in the spring for a short vacation. In the meantime I learned from such a trivial source as the *Who is who?* that not only your book but also your career has been a very individual one and that, in reality, you are not a professor of the classics but a friend of the Muses and, in the official part of your lifework a statesman. From your style I should have inferred something like that even without knowing more about your political *cursum honorum*, for your language at once struck me through its sovereign stamp, but let me confess, now that I know more about you, that your combination seems to me the ideal for us of the humanistic life. To find such a fine flower of it in the Spanish Americas was a great satisfaction for my humanistic heart.

So far as I myself am concerned I am sorry to say that no such combination would have been possible for me. For even though the state has been of the keenest interest to me from my early youth and the problem of it has gradually penetrated all my thoughts—as you know perhaps from my books—my relation to political reality has become increasingly and passionately Platonic. At the risk of disappointing you I must admit that at the end of all my thought (and of *Paideia*) there stands the *Civitas Dei*. My first volume is an introduction to Plato's *Republic* and philosophy, my second volume (about Plato and his time) is an introduction to S. Augustine, if it were. I do not mean this in a dogmatic and narrow sense but essentially this is my object.

I was especially glad to see that you liked my reaction to your book and personality and shall be honored if you decided to print my letter in your review. Thank you for sending me a copy of it, I did not receive it

yet but fear it is waiting for me at Harvard. I shall read it with great interest as soon as I have it. With particular suspense I am looking forward to being introduced by such a distinguished usher as you are to the Spanish speaking world and your country. I shall not forget what you said about your readiness to be helpful to me in matters that might concern your country. After the war is over I hope to visit it. I am, dear Mr. President, with great admiration and sincere devotion yours,

Werner Jaeger

5

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

June 2, 1942

Sr. Alfonso Reyes
President of El Colegio de México
Pánuco 63
México, D.F.

Dear Sr. Reyes:

I received your charming little book, *Visión de Anáhuac*, and I want to thank you very much for this thoughtful gift which I appreciate both as a sign of your kindness and because it reveals to me more than one new aspect of your personality. It shows in the most graceful manner your talent as an artist and poet applied to the enviable task of giving a European reader, who knows little about Mexico, in a few pages the essences of your unique country. Even from your introduction to the new periodical, *Cuadernos Americanos*, I had the impression which is confirmed by this essay of yours that your international culture and Iberian

tradition must both be seen against the background of your Mexican homeland. Your love for it makes you an interpreter of genuine eloquence. May I combine with my thanks the expression of my gratitude for your sending me the *Cuadernos* in which you wanted to publish my letter to you. I am greatly obliged to you for providing me with this very interesting and timely publication which gave me an idea of the intellectual activities and trends in the fine circle around you.

I was glad to learn from the words which you added to your kind dedication of the Anahuac book that I shall have the great pleasure of seeing you at Harvard soon. The picture of the author at the beginning of the volume was a prelude to your visit. I would be glad to know in advance the time of your arrival and length of stay at Harvard and whether your visit has an official character or not. Please accept the expression of my sincere regards and cordial greetings.

Sincerely,

Werner Jaeger

6

Widener Library, Room 774, Cambridge,
43 Bailey Road (Waterstown)

June 10, 1942

Dear and highly respected friend:

I am at the same time delighted to see you honoured by this University, happy to look forward to seeing you soon and inconsolable that I could not come to the dinner on Wednesday night June 10, to which Prof. Haring was generous enough to invite me yesterday. But it can't be helped since I accepted an invitation for dinner for that evening two weeks ago and I can't cancel it because it was arranged in my honour. This is to welcome you to Harvard—a very personal welcome—after our correspondence which has been like a first and inspiring acquaintance to me. Nobody was able to tell me about your schedule on Thursday after the exercises in the forenoon and afternoon will be finished. It

is my earnest hope that some time can be found in spite of the trouble and stress of your official reception either on Thursday evening or on Friday (if you don't stay longer) to see you and have a quiet talk with you, even though I feel this would be very arrogant if you had not encouraged me to expect it.

Please let me know through Professor Haring if you could have dinner with us and the Haring's on Thursday or Friday night or lunch on Friday or Saturday noon (I shall try to talk to you for a minute before the procession starts on Thursday morning in Harvard yard). My telephone is at home Watertown 6588. It is my ardent wish to have the opportunity soon to see you and tell you how proud I am to know you.

With my best wishes for some pleasant days in New England and the expression of my sincere admiration and friendship.

Yours,

Werner Jaeger

7

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

January 19, 1943

Dear friend:

I have been planning to write to you for weeks, ever since I received from the publisher in Mexico a copy of your review of my book. I had been looking forward to it with the feeling that I could not possibly be in better hands and so I read it with eagerness and the greatest interest in what you had to say, but alas —I discovered that the copy which was sent to me of your review contained only its beginning and then apparently the end of another review which concerns the famous book of my old friend, Ferdinand Toennies, formerly at the University of Kiel where I taught for

almost seven years. I wrote back and asked for a complete copy and was grateful for receiving several copies of the review; but it took some time and that may explain to you my somewhat belated reaction.

Now that I know your entire essay about the book, let me thank you for the great service which you have rendered to it and its author. You have introduced my work to the circle of your readers in such a generous and graceful manner and with such a deep understanding of my true intentions that it can not fail to find a good reception. I was especially gratified with your more personal words at the end of your introduction which convey your immediate impression of the personality of the author. These words are especially dear to me, not only as a remembrance of your stay at Harvard which we shall not forget, but also as a promise for the future. We did not exchange any letters since you left us, but this one gives me the opportunity of telling you that your personality and culture left a deep impression with all of us and your visit has done much to deepen a feeling of understanding and friendship between us which I had ever since I received your first letter. Our conversations have given me for the first time a more complete picture of the proportions and of the importance of your work as a cultural leader of your country and I feel now prepared to follow your course from afar and do so with much admiration.

In the meantime we had as a visiting professor Señor Justino Fernández who gave a splendid series of lectures on modern Mexican art. I made his acquaintance through one of my younger colleagues who was staying with him in Dunster House and I attended some of his lectures, those about Orozco. This artist is indeed a representative of his country who makes one feel the mission of it in history and modern civilization. What interested me especially is the fact that he constructs modern man, not in a vacuum as did the impressionists, but in a concrete historical space, or rather cosmos. His evaluation of the various elements of American culture out of which he builds up his interpretation of the present seems to me to imply a whole philosophy of history and, if it were not too immodest to say so, I wish I could paint mine. I am under the strong impression that a country which is represented by such men as those whose direct or indirect acquaintance I have made recently has to make an important contribution to the future of human culture and this is a conviction which I found also with all those who have met you here.

As to my book, the Oxford Press in New York has recently decided to divide the somewhat bulky manuscript of my next volume into two volumes which, together with the first, will cover the early and classical period of Greece up to the end of the city state. This will be a complete work in itself and could easily be given an epilogue in which the further development of the various forms of Greek *paideia* could be outlined. As I wrote to Professor Xirau the other day, I think this a good interim solution as long as a continuation of the work into the Hellenistic and Christian age does not exist yet. As human life is brief and uncertain this would give the publisher the guarantee that his undertaking will under no circumstances remain a torso as so often happens with such extensive works. I hope, of course, to be able to supply the continuation after some years. My wife joins me in my best wishes for you in the New Year.

Faithfully yours,

Werner Jaeger

9

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

February 19, 1943

My dear friend:

I was delighted to receive your letter since I had not heard from you since you left Harvard University. I was very interested in what you said about a new publication on some subject of the Alexandrian age which you intended to send me when it is out. I am looking forward to it and hope that you will keep helping us to pass on the torch of the humanities. As to your question about the work which the Institute for Classical Studies is doing in the field of the Church Fathers, you are correct in

what you said that the author whose works we are going to edit is Gregory of Nyssa and not Gregory of Nazianze. I noticed the little slip in your article on my book; but felt rather flattered in thinking that you remembered at all what I had told you about this side of my present activity. It was the old plan of the Polish Academy of Sciences in Krakow to prepare a complete edition of the works of Gregory of Nazianze; thus we did nothing toward him in our program. But under the present conditions nobody knows, of course, whether the plan of that Academy will ever come true. At present we do not think beyond our immediate task which will keep us busy for years, but we may be able to expand our program to other authors of the same period later after we have finished our work. I shall in all probability have to leave that to the coming generation.

With my very best wishes for your work and the expression of my deep respect, sincerely yours,

Werner Jaeger

11

Telegram

October 20, 1943

Welcome at Harvard, please let me know when I may expect you.

Professor Werner Jaeger

12

HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.

November 1, 1943

Señor Alfonso Reyes
Colegio de México
Pánuco 63
México, D.F.

My dear friend:

I was wondering why I did not hear from you after I wired to you until today I received your letter in which you told me that you are not in a position to come to Harvard this time. I am, of course, very disappointed to miss this opportunity of seeing you, and so is my wife. We had both hoped to spend another pleasant evening with you, as we did last year. Your visit is still very much alive in our memory, and there is so much which I would have liked to talk over with you. So I must wait and hope to see you on your next visit to the United States.

It is a pleasure and fills me with satisfaction to see that the translation of the second and third volumes of my book is making rapid progress. I was never quite able to understand the difficulties which arose between the publisher and the translator before a new translator was selected by Señor Cosío. I appreciated the great interest which Señor Xirau had taken in my book and his merits in translating the first volume. On the other hand, I must admit that the translation is advancing now at greater speed, and I find practically nothing of importance to correct in it.

I was especially pleased to read Señor Zea's fine book, *El positivismo en México*, and found it very helpful to my understanding of the history of modern Mexican culture.

With the expression of my sincere admiration and friendship,
I am

Cordially yours,

Werner Jaeger

14

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

December 2, 1943

Señor Alfonso Reyes
El Colegio de México
México, D.F.

Dear Señor Reyes:

I received your letter of November 26 and am delighted that my interest in the book of Zea has prompted you to send me a book of yours which I did not know yet, *Pasado inmediato*. I think I saw it quoted somewhere quite recently, is it possible that it was in a review of Zea's book in *Sur*? At any rate, you were referred to in that context. I was glad to see that the reviewer has real appreciation for Zea's achievement, even though he does not subscribe, as it seems, to what he calls the pragmatism of Ortega y Gasset. I am looking forward eagerly to your book.

As to your cooperation with us for the volume that we intend to present to Albert Schweitzer, I am very pleased to learn from your letter that in spite of your hesitation, you appear to be ready on principle to contribute a share to our book. It was not my idea, but Professor Roback's, to prepare such a volume in honor of Schweitzer, but I gave it my enthusiastic support because I think he is a really great man. I admire him as a theologian and philosopher of culture, as a physician and social reformer, who helps in giving practical assistance to suffering humanity, rather than through theories, and most of all, I love him as a musician and a great expert on the organ. You see, I did not suppose, when I asked Roback to write to you, that you ought to contribute an article on a classical subject. Any subject that you would find worthwhile writing on would be welcome because we welcome you as an author and a leading personality in American cultural life. And it would be

especially fitting if you chose a problem of Mexican or South American history or civilization. Schweitzer would be interested as a humanist in anything you would write, for whatever you say has the humanistic touch which matters. Of course, if you choose to comment on ancient literary criticism, or the like, it would be equally appreciated and you need not fear, as you say, to be looked upon as a non-expert. I informed Roback about your letter and he authorized me to tell you that he entirely agrees with my view on the matter. So I hope to hear from you again soon and learn about the subject which you will choose for this purpose.

I am reading the last long chapter of my second volume in the Spanish translation and shall finish it soon. I am looking forward now to the first proofs since our friend Cosío Villegas let me know the other day that he is going to begin to print the chapters already revised by me immediately.

With the expression of my sincere friendship and admiration, I am
Cordially yours,

Werner Jaeger

PS: I am sending the rest of the manuscript of my third volume for which Señor Cosío Villegas had asked urgently, to the Fondo de Cultura Económica tomorrow. I would be obliged to you for letting them know.

15

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIESWerner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University ProfessorWidener 774
Cambridge, Mass.

December 10, 1943

Señor Alfonso Reyes
Pánuco 63
El Colegio de México
México, D.F.

My dear friend:

I received your nicely printed little book, *Pasado inmediato*, as announced in your last letter, and started reading at once. I am very grateful to you for sending me it because it gives me a much clearer idea of the cultural history of your country since the last years of Porfirio Díaz, which mark the most amazing breach in that tradition. The brilliantly written first essay of your book, from which it received its title, supplements in a most welcome manner what I learned recently from Zea's book on the history of philosophical positivism in Mexico. When I read that book I felt again and again my great ignorance of the more immediate past, into which that tradition dissolved and by which it was antiquated. Your essay does not go into the details, but gives an analysis of the spiritual forces which prepared and brought about the transition to modern Mexico. I feel encouraged now to try to learn more about the details of that historical development. Perhaps I should read the history of Mexico by Justo Sierra of whom you give such a sympathetic picture.

But your little book has another great advantage for me, and that is that it makes me understand the intellectual background of your own life and spirit. The generation to which you belong speaks through it as a whole, and I was especially glad when your own name and debut appeared in its pages in its proper setting. I can only confirm what the poem in which your name is mentioned says about your rich vocabulary

as a writer, for I find it harder to read your Spanish prose than other more scholastic authors whose pages I read with more fluency. But the difficulty is not so great that I would prevent me from enjoying your high literary qualities and it is they more than anything else which give your sketches the stamp of the vivid color of life. Insofar I am sure that they will contribute more than big volumes filled with facts to bring me as close as possible to a truly sympathetic understanding. I finished several of your essays on several successive evenings and then was interrupted for some days, but tonight I shall go on with my reading. Believe me that I appreciate your fine gift and the intention which made you send it to me. Although I am still somewhat disappointed that I did not see you on your last trip to this country, the reading of your animated pages sometimes gives me the impression of a real conversation, with you, for which I had hoped. Thanking you once more, I am with warmest wishes and in sincere admiration,

Yours,

Werner Jaeger

17

Professor W. Jaeger

Cambridge, Mass.
Harvard University
Widener Library 174

March 4, 1944

Sr. Alfonso Reyes, President
El Colegio de México
Pánuco 63
México. D.F.

My dear friend,

Many thanks for your letter of February 26 which announces the 1st number of the review *Educación Nacional* with your article on the 1st volume of my book *Paideia*. I am looking forward to reading it and hope it

will arrive soon for I liked your introduction of my book in the *Noticiero Bibliográfico* very much and expect the same and even greater pleasure from your complete review of the volume. It is a great honour for me and I deeply appreciate it that you are going also to review volume II.

I am expecting now the proofs of that volume since they told me that they had started setting it of type about the final of February. It will be too much honour, I am afraid, to be represented in the periodical, which I am anxious to see, in effigy. Nevertheless, I am enclosing a photograph which once upon a time "was supposed to be" a picture of mine. It was made 6 years ago and is no work of art, as you'll see. But alas! There is no other picture of more recent date and better quality.

I am so glad you want to contribute to the volume in honor of Albert Schweitzer since I suggested to Roback to write to you in this behalf. My own article is still far from being ready. I am working on the footnotes (larger ones) for a 2nd edition of *Paideia* vol. I. The Oxford Press in New York expects to print it sometime late this summer or fall.

Mrs. Jaeger returns your good wishes affectionately and I return your abrazo with great cordiality

Werner Jaeger

Did the 2nd vol. *Paideia* in the Oxford Press edition ever reach you? I ordered that they should send you a copy of it.

19

Harvard University
Widener Library 774

Cambridge, Mass.
March 18, 1944

My dear friend:

Your extensive review of my first volume in the new Mexican periodical *Educación Nacional* arrived a few days ago. With the fresh impression of your work in mind let me thank you most affectionately for this profound and thorough appreciation of my book—a review such as I always dreamed of but for which I never hoped since hardly any reviewer cares to tell the reader what is the contents of the book. You have done

this in the most understanding manner and by translating the substance of my work into your thought and language you have given the reader the best possible introduction into its subject-matter, the variety of its contents and the spirit in which it is treated in the book. The ideal of the reviewer, a combination of fairness and critical judgment, is attained most fully by the kind of reader that you are—a reader endowed with creative understanding which results in re-creation. A review is illuminating to me when it makes me see how the reviewer incorporates an idea into his own being. Such a reviewer was Goethe and you have something of his manner. I am very fortunate to have found you as my interpreter, of that I am fully aware, and in that sense I want to thank you for what you have done.

I was very proud of being found worthy of appearing at the beginning of the splendid new educational Review issued by your authorities in that field. I read the first number with deep interest and admiration of the excellent content and wish to congratulate your country on that great new undertaking. May it be crowned with success.

With warmest regards and the expression of deep gratitude and friendship I am,

Always yours,

Werner Jaeger

20

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

August 10, 1944

Don Alfonso Reyes
El Colegio de México
Pánuco 63, México, D.F.

My dear friend:

You have done me the great honor and favor of sending me your great book, *El deslinde*, which arrived just before I left Cambridge for a few weeks of much-needed vacation, and that may explain and I hope excuse my being so late in acknowledging the receipt, and thanking you for the great gift. I took your work along with me to the Green Mountains of Vermont, where I spent my time at Lake Bomoseen in an old cottage, and I had expected to write you from there after having studied carefully the whole book. But even though you may see from that fact how eager I am to read it, I felt that I had to give up all work for a while because I needed a rest, and so I am writing you without having done more than several chapters of the book. But I do not want to postpone writing you any longer.

To a reader such as I, who knows your previous historical books on literary criticism in the ancient world, the new book reveals for the first time the whole breadth and depth of your endeavor. Those earlier contributions, even though they are independent works of scholarship and can stand by themselves, appear now as systematic attempts at paving the way towards your very goal, which is your own philosophy of art. The new book is a fascinating new approach to the aesthetic problem, fascinating both through the extraordinary qualities of your mind and your skill as a writer and through the wealth of experience which gives your abstract thought its rich content and color. In reality, you are never abstract, as so many of the modern writers in this field are, but always see the aesthetic facts in all their relations to life and history. The result is a philosophy of the aesthetic values which is at the same time a philosophy of history and culture that appeals strongly to the mind of a humanist such as I am. And the immense patience, thoroughness and objectivity of your observation and induction makes even an elderly reader willing to start all over again with you, and learn from you and your methodical behavior as you look at your object. I can imagine from what I have read why the young generation of your country has turned to you over and again and asked you to talk to them about your problems, for you are a wonderful teacher, even in your written work. There is something Aristotelian in that sense in your attitude, although you break away from the tradition of poetics which follows in his footsteps and try to form a system of categories of your own. I wonder how

Aristotle, if he had the experience of all the literature that was written since his day, would have looked at your way of treatment.

Your book is the product of a whole life of reading and receptivity and creative activity in literature, and it requires and deserves a whole life on the part of the reader to utilize and evaluate it. It will be much reviewed and discussed, I am sure, but the true fruit which it will bear is a different one. The true reader will have to come back to the book after having read it, with new questions and for fresh discussion, and only in that way will he be able to make it his own and appreciate its worth. I am looking forward to going on with my reading, or rather study, of it soon. At present, after I returned to Cambridge, Gregory of Nyssa requires my attention because we hope to get access soon to new material as a consequence of the progress of the war in Italy and France. I also am working on a new edition of the first volume of my *Paideia* with more extensive footnotes for it. I am proud to see that my books are going to be translated into Spanish and made accessible to Latin American readers through the Fondo de Cultura, and am expecting at present the manuscript of Professor Nicol's translation of my book on Demosthenes. I am looking forward to the publication of volume two of *Paid-eia*, and would feel greatly honored if you decide to go on with your large review of the book, which introduced it to the Latin American reader in such an admirable way.

With my best personal regards and warmest wishes for your work and your health, which I hope is now perfectly restored, I am, always your sincere friend,

Werner Jaeger

21

Cambridge, Mass.

Sept. 10, 1945

My dear friend:

You have honoured and delighted me by sending me a copy of your new book of literary essays which I am proud to have as your gift and with your fine dedication from your own hand in it. Many, many thanks! You cannot know how deeply I appreciate your friendship and interest in me and my work. A friend in foreign lands that is one of the few gifts of life, according to Solon, for which he prayed as a source of happiness and an ornament of his later days. And so I feel myself, if that friend is such a great philosopher and poet and has such a wonderful personality as you.

I read with keen interest your pages on *La vida es sueño*, remembering some noble lines such as:

Teniendo más amor
Tengo menos esperanza

And others, and enjoyed meeting the Schneider von Ulm unexpectedly in an other chapter. There is much to be enjoyed in and to be learnt from the book.

I hope you had a good vacation and are ready for new deeds and works.

Faithfully yours,

Werner Jaeger

22

Widener Library 774
Cambridge Mass.

May 22, 1946

Dear friend:

I have to thank you again for a very fine gift of your Muse, the *Ifigenia cruel*, which you were kind enough to send me. This has been the first time that I read your verse and I am deeply impressed with the originality and searching spirit as well as the power of form of your poetry. Your idea to left Iphigenia stay with the barbarous instead of following Orestes and Pylades back to Greece has a profound logic about it and it gives me much to think. I am happy too, to have your ideas on Greek tragedy, in your brief comments at the end of the book. Everything I read of you reveals more clearly your deep penetration of the Hellenic world and what it means to you —un alimento del alma—. Someone should write the history of your humanism and thereby come to understand its nature, and yours.

Again many, many thanks for your gift and the gift of your friendship which it symbolizes and which emanates from it as a living force.

Your admiring friend,

Werner Jaeger

23

Cambridge, Mass.
Widener Library 774
Telephone Watertown 6588

December 31, 1946

Don Alfonso Reyes

My dear and revered friend:

It was a great and joyful surprise to receive your note yesterday and to learn that you are so near. It is good to know that you will return from Washington to New York once more for several days and be there from January 2-6, this raises high hopes in us that we may be able to see you.

Please let us know as soon as you can whether we can expect you here in Cambridge for a couple of days if you can spare the time you can stay with us if after the Roosevelt and Paris our private quarters are not too humble, and I want you to feel that you are highly welcome at any moment. I would offer to come to New York in case you can't come here but it is hard to find a room at such short notice. So my wife and I do hope you will make it possible to come. Would you please wire in case you intend to?

Looking forward to talking with you again I am, believe me, Always
your most cordial friend and admirer,

Werner Jaeger

24

Watertown Mass.
43 Bailey Road

July 24, 1947

My dear and much admired friend:

From señor Villicaña I heard after his return from Mexico to New York that you are still ill and I am sincerely sorry that you have not recovered entirely, as I had hoped. I always wanted to write you after receiving your kind note sometime ago telling me that you were not well at all. If the wishes of your friends could help in bringing you back to your full health again, there wouldn't be much of a delay in your recovery.

I had a hard term this spring with large classes, one of about 150 students though they didn't all know Greek of course. But to my delight the young people are much more ready these days to listen to the message of ancient Greece than they were ten or twenty years ago when life seemed to be smoother than now. I returned to my own work in June and since the new book *The Theology of the Early Greek Philosophers* is being printed now I am able to turn to a new task. I grew out of my patristic studies and is concerned with the tradition about precious stones, especially in the mystic theology of the late ancient and early medieval periods. I am at present digging for the sources of some writers of the Carolingian era whose work is interesting in this respect.

I was pleased to hear from Sr. Villicaña that he is preparing an English translation of your great work *El deslinde* and I hope he will secure the assistance of someone who is a writer himself in the English language and can take care of the style. A stranger is never quite enough for such a task. Perhaps he will collaborate with Prof. Harry Levin, that would be the best choice.

He wrote also that he had talked to you about the Spanish edition of my new book—*The Theology*—and I was glad to hear it. There was a misunderstanding between Sr. Cosío Villegas and me about the matter but perhaps he had only forgotten to answer my last letter to him which I wrote some months ago to clarify the misunderstanding. At any rate I would like to know whether he still expects to publish a Spanish edition

of the book and who is to be the translator. If he has changed his mind about the whole project I hope he will feel free to say so. I would naturally like to see the book published by him because he has published my other book in Spanish.

With all good wishes I remain, believe me, always your admiring friend,

Werner Jaeger

26

Widener Library 774
Cambridge, Mass.
USA

July 7, 1949

Dear Don Alfonso:

I am always pleased to receive a letter as sign of life of you, even when it reminds me of my own negligence in acknowledging your literary gifts, as was the case with your last question. Your question was more than justified for my silence could easily be misunderstood, but let me reassure you at one that I am indeed, through your great kindness in possession of all your new books and that I am proud to call them my own. The *Sirtes* came as the last of your *beneficia* quite recently; it was preceded by *De un autor censurado en el Quijote*, which I enjoyed as a lovely piece of philological *curiositas*, with the exquisite ancient geographical and zoological material in it, and by *Grata compañía* and *Entre libros*. Of your delightful reviews I would never have seen anything without the latter, and how happy I am to read the sketches on Chesterton and Stevenson, "Goethe y América" and my admired Jacob Buckhardt in your *Grata compañía!* They are all pearls.

Many thanks for all these gifts of your inexhaustible genius and your loyal friendship which I cherish as one of the best things of my late years.

May everything be well with you. In admiration and attachment always yours,

Werner Jaeger

27

Cambridge, Mass.

December 19, 1949

My dear Don Alfonso:

Your book *Junta de sombras* arrived yesterday and I want to thank you from all my heart for the great kindness of sending it to me. It is dear to me as a sign of life and a symbol of your lasting friendship. And coming at this time of year it is my Xmas gift.

It is enough to read a few pages to see that this book is a chief of love. When during the coming holidays I shall sit back in a comfortable chair at my home in Watertown and rest from the hardships of my work on the edition of Gregory of Nyssa for just a few days, I shall read and enjoy your book. It will be the greatest pleasure to see your personality and mind reflected in your view of the classical world and to see my own ideas varied and enriched in your vision. I feel that even our lack of direct communication is being overcome again and again by the steady flow of our conversation through our books. Wishing you a peaceful Xmas and healthy and happy New Year,

I am your most devoted friend

Werner Jaeger

29

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIESWerner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University ProfessorWidener 774
Cambridge, Mass.

May 27, 1950

Don Alfonso Reyes,
Av. Industria 122,
México 11, D.F.

My dear friend:

I was delighted to hear from you through your letter of May 23 and hasten to answer your question concerning a short compendium of ancient Greek history which could be presented to a large audience of educated people. Off-hand I know only of one book, C. E. Robinson's *Hellas, A Short History of Ancient Greece*, which serves a similar purpose and fulfills it in a pleasant way. The author has written larger volumes on Greek and Roman history and other subjects. In this smaller book he reduces the pragmatic content of Greek history to those events and facts which are relevant with regard to the history of the Greek mind. He says that Greek history is not so important through the things that happened as because of what the Greeks thought about them. Of course I do not whether you would prefer a book with more facts and therefore suggest that during your stay in New York you visit the publisher, Pantheon Books, whose present address you will find in the telephone directory.

The publisher, Kurt Wolff, is a very cultured man who will be delighted to assist you, and you may refer to me and give him my best regards. He may also show you the translation of Schwab's mythology for which I wrote an introduction and which was published under the title *Gods and Heroes*.

I am very sorry to miss you on your visit to the United States, but this seems to be my fate, since I am leaving for Europe about the time

of your arrival and I do not see how a meeting could be arranged this time. I wish you much success with your visit to Princeton, which you will like very much.

With all good wishes and warm regards, in which Mrs. Jaeger joins me, I remain, as always,

Yours,

Werner Jaeger

Here is a book with more facts and still the same size and I should have thought of it before: Ulrich Wilcken, *Griechische Geschichte*. It is one of the best books on the subject.

30

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

December 29, 1951

My dear Don Alfonso:

As a great surprise there arrived two days before Christmas as a gift from you your splendid first volume of a poetical translation of the *Iliad*. I had no idea that you were working on this and do not know what to admire more —your courage in undertaking this enormous task, the cultural importance of which for the Spanish-speaking world is obvious, or the masterly way in which you have accomplished it for the first nine books of the epic. I assure you of my warmest gratitude for sending me a copy of this handsomely printed book, which I shall add to the other monuments of your humanistic scholarship sent to me before. I am looking forward to reading the *Iliad* in Spanish and shall enjoy in doing so the contact with your spirit. The artistic value of the book is greatly enhanced by the illustrations, which I like very much and which

remind me of the hand of the artist who designed the pictures on the book-jacket of *Paideia*.

Some weeks ago, Professor Alonso told me that you have been ill for some time, but are recovering at present. I learned this with deep regret and only hope that you are taking things easy for a while in order to regain full health. I send you my and Mrs. Jaeger's warmest wishes for the New Year and for your health and happiness. With sincere admiration I look upon your work and am proud to know you and count you among my friends.

Sincerely yours,

Werner Jaeger

31

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

April 18, 1953

Don Alfonso Reyes
Av. Industria
México, D.F.

Dear friend:

For months I have wanted to write you to thank you most warmly for your great kindness in sending me a copy of your delightful book at Christmas, the collection of your lyrical poems, which I have read often since I received it, and especially during my Christmas vacation. I had read poems written by you before, when you sent me your Homeric reminiscences from your country seat, I think a year ago, with great pleasure. But I had no idea of the many-sidedness of your poetic production, about which I came to learn only through this recent collection. So please be

assured of my gratitude for your precious gift, but particularly for your lasting interest in me and your friendship, which means much to me. You are fortunate to give so much to your friends all over the world, and in such a personal form. This advantage is denied to the scholar, who writes verses only for his most private use, the entertainment of his own mind.

But on occasions such as this I really wish I could send you something more personal in return. I hope your health has been satisfactory this winter and that I shall hear from you again when the time comes. I have been in Greece last fall and returned not only with some immortal memories but with a life intensified by the reality of the things seen before only through the eyes of the mind.

With best wishes and with the assurance of my friendship,
As ever yours,

Werner Jaeger

33

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

February 27, 1954

Don Alfonso Reyes
El Colegio de México
Durango 93
México 7, D.F.

Dear Don Alfonso:

Thank you very much for your kind wishes for the new year, which I return from my heart.

I was interested in your news that you are moving with the Colegio de México to another place where you have more room for your library.

As to the main journals of Greek and Latin studies, I think that in this country the *American Journal of Classical Philology* is by far the best. Among the older and famous journals, the *Hermes*, *Zeitschrift für klassische Philologie*, which has been brought back to life after the critical years of the war, is still holding its own. It is the journal in which Mommsen, Wilamowitz, Diels, and many famous scholars used to publish their articles. To subscribe to it would be good, but to secure all the previous volumes would be better. Indeed, I do not see how the classical scholar could do without it. Of the more informative type, which publishes long and searching reviews in the first place, but also contains all the news about excavations and discoveries, and long lists of new publications, *Gnomon*, a journal of which I am the founder, is outstanding and enjoys international reputation. On the other hand, there is the *Journal of Hellenic Studies* and its companion the *Journal of Roman Studies*, in England, which both contain articles and reviews and are both very good. They are not strictly philological, though, but combine ancient history with occasional digression into the philological field. They are decidedly better in history than in philology. They are many more journals in the same and other countries, but if it must be two or three, these are the best.

I hope your health has been good and that you are enjoying the progress of your work, the development of the Colegio de México being a very important part of it. With my best wishes for it and for you personally,

Yours most sincerely,

Werner Jaeger

35

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

March 27, 1954

Dear Don Alfonso:

I am sorry not to have thought of giving you the address of the publisher of the *American Journal of Philology* in my letter. It is: The Hopkins University Press, Baltimore, Maryland.

With all good wishes,
As always,

Werner Jaeger

36

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

October 16, 1954

Dear Don Alfonso:

Many many thanks for sending me your greetings in the form of your delicious little book *Trajectory de Goethe*, together with your article. I have been reading the little book with keen interest, and of course what I enjoy in other publications of yours I delight in doubly in a volume dealing with this matter so close to my heart. The pictures as well as the

format give your book an idyllic note quite appropriate to the subject, and I assure you that you are and will be present, as you have been often, in my evening hours during the coming weeks.

I just returned from a four month trip to Paris, Germany, where I visited 7 universities, i.e. old friends, and Italy, Venice, Florence, Rome, accompanied by my youngest daughter. I returned refreshed from the somewhat strenuous travels, and as a contrast that could not well be stronger, I am now submerged in the preparations for my new critical edition of the Greek text of Aristotle's *Metaphysics* for Oxford.

With all my best wishes for your health, and warm regards,
Always your friend, and admirer,

Werner Jaeger

37

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

August 25, 1956

My dear and highly respected friend:

Your short letter of June 30 has been waiting me at my home while I was traveling in Europe for two and a half months. I am very sorry that it has gone unanswered so long, and I hasten to write to you immediately after my return to the United States. You have honored me with two volumes of your *Obras completas*, and I am very proud of possessing them and thus renewing our personal acquaintance in this spiritual way on a much larger basis, which enables me to see your work and personality in its gradual growth and in its full range. This is a great joy and satisfaction for me after I have been initiated in your work as a writer and poet by a number of your more recent publications, beginning with the Greek criticism in the Athenian age. I wrote to you after receiving

volume one, and hope you have got my letter, which was addressed to Avenida Industria. It occurs to me that your address must have changed in the meantime, since another street is indicated in your last letter. The second volume is on my desk, but I have not yet been able to read it, since it arrived during my absence, probably at the beginning of June or shortly before that. Believe me, please, that I feel it to be a great distinction to receive your volumes, and most of all that I am anxious to know all of you and your writings. I am looking forward to the continuation of your *Obras completas* and shall be happy to have you present in this form all the time. With warmest regards and the expression of my admiration,

Yours ever,

Werner Jaeger

38

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

September 15, 1956

My dear and highly respected friend, Don Alfonso Reyes:

I was very glad to have your letter of September 10 in answer to my own recent letter, as I always rejoice in every sign of life on your part. The content of your note pleases me very much indeed, and I hope that your friends will go ahead with their effort. It goes without saying that I should be happy if in this connection they used my letters to you, written after the publication of your book *La crítica en la Edad Ateniense* and of *El deslinde*, which were, if I am right, already printed in the papers and in the book published in your honor some time ago containing letters and reviews of your work. The effort of your friends should not be ascribed merely to the Latin-American temperament, but it seems to me

fully justified. This is all I can say with regard to this matter. I wish them full success.

With my sincere wishes and greetings, I remain,
Your friend,

Werner Jaeger

39

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

October 13, 1956

Dear Don Alfonso:

I received through your extraordinary kindness the third volume of your *Obras completas*, and I want to thank you again for sending it to me. I have not yet been able to study it more carefully, but expect to do so soon in my leisure hours. For some leisure is needed for these somewhat larger works collected in the new volume. It must give you great satisfaction to see your writings collected in this way during your lifetime, and together they will be a wonderful monument to your inexhaustible intellectual and human vitality and creative vigor. I am looking forward to reading the new volume, as I always like your prose so very much.

I am sorry that I do not have any contribution of my own to send you. The critical editions I am preparing at present are a painstaking labor filling almost every hour of the day, but they do not result in books which you can send to others. I am feeling almost like a successor to the Maurine Fathers, whose organized scholarly cooperation produced the numerous volumes of the Christian writers of the late ancient period, on the basis of which the Abbé Migne later on was able to print his own gigantic *cursum completus*, mostly by copying his predeces-

sors without any change. This is probably what will happen to our work someday in the new Migne being prepared in Belgium now, and we must be contented when our names are mentioned at all.

Always very gratefully,
Yours,

Werner Jaeger

40

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

March 23, 1957

Dear Don Alfonso:

I have to thank you again for sending me another volume, the fourth, of your *Obras completas*. The work is steadily growing and becoming very imposing, and the printing is beautifully clear, encouraging one to "take and read" the book. The volume contains much historical material that is interesting to me, among other things close to my historical consciousness contributions to the question of Schleswig. Do you know that I was professor at the University of Kiel in Schleswig-Holstein for almost seven years, where I experienced the revolution of 1918? Thank you very much for inscribing the volume and dedicating it to me. This is going to be a *ketema eis aiei*, and already is. I read with pleasure Prof. Ingemar Düring's essay on "Alfonso Reyes helenista". There you have another great admirer in the field of the classics, and although his and my opinions on Aristotle do not always agree, we do agree on you. With repeated thanks,

Yours always,

Werner Jaeger

41

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIESWerner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University ProfessorWidener 774
Cambridge 38, Mass.

September 14, 1957

Dear Don Alfonso:

When I returned from a three months trip in Europe two weeks ago, I found among my mail a new volume of your *Obras completas*, and was very glad to see from this that you are still thinking of an old friend and that you are still continuing heaping good deeds on his head. This fifth volume contains a great deal of history of the 19th century, which interests me, of course, greatly, and almost offers a complete history of that period. I find it very interesting to see your opinion on the part that the events in Germany have played in the course on this century, as I am particularly familiar with it. Thank you again very warmly for your splendid gift. I hope you can go on like this unfolding your life work as a writer before the eyes of your friends and posterity. With best wishes and warm regards,

Your most sincerely,

Werner Jaeger

42

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

February 1, 1958

Dear Don Alfonso:

Another wonderful volume, the 6th already, of the proud series of your collected works has reached me. How can I express my gratitude for your generosity in letting me have them all? It is such a great wealth of wisdom and knowledge, this present one in particular such a wealth of literary experience and judgment from which one could live for many years. I am most anxious to read your reflections on Spanish literature contained in this book, especially since the bulk of it is concerned with the figures I love most in classical Spanish literature, Lope and Cervantes. But there is still so much else, and every page reflects the breadth of your humanistic culture, which includes everything human and of all ages. What I have seen of the volume up to this moment whets my appetite for the rest, and I hope to read it all in the near future in some spare hours of my more quiet evenings. I hope your health is good and that you are enjoying your work, inexhaustible as it is and never tiring. I published my edition of Aristotle's *Metaphysics* in Greek, the work of many years of painstaking research on the direct and indirect text-tradition, that of the mss. and that contained in the references of the ancient commentators to a most difficult text, which sometimes they read in a quite different form. One would not expect at a time like ours that so many people still want to read it in Greek, but more than 1000 copies of the edition were sold in almost no time after publication, and it seems to go on like this. Before taking up another volume of my *Paideia*, probably that on the world domination of the Greek mind in the Hellenistic period, I want to finish a smaller book that I started writing last fall on my old friend Gregory of Nyssa and his important rôle in the history of dogma of the Holy Spirit and of mystic spiritualism in the church. For-

tunately my health has been all right. At the present moment I am looking forward to the new term, during which I shall teach a course on Greek drama and a seminar on Aristotle's *Metaphysics*. With warmest wishes for your personal well-being,

Gratefully yours,

Werner Jaeger

43

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

April 26, 1958

Dear Don Alfonso:

It was a great joy to receive through your generous kindness the newly published volume of your complete works, with your personal words of dedication written on the first page, and I must thank you again for a sign of your friendship that I duly appreciate, since continuity is one of the most important characteristic of true friendship.

I have read large parts of the volume up to the present in my leisure hours during the evenings of an otherwise busy time of this semester. The thing that struck me as most important in the volume from my personal point of view, but perhaps also objectively, is your learned treatment of the figure and the works of Gongora, who seems to have attracted you particularly at a time, and of whom I know practically nothing. But he seems to me very worthwhile knowing as a figure of Spanish literature, and I am most grateful to you for directing my attention to him.

I hope you are well and will be able to go on building this proud monument of your life. I am teaching, though I am going to be 70 this year, and shall teach at least another year if the University has its way.

I am reading with my students Sophocles' *Oedipus at Colonus*, and it looks all so personal when you read it as the work of an old, old man. Another volume of my edition of Gregory of Nyssa, containing his smaller dogmatic works, has come out a week or so ago. Take care of yourself, as we say in this country, and remember your devoted friend,

Werner Jaeger

44

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

Werner Jaeger, Ph. D., Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge 38, Mass.

December 16, 1958

Dear Don Alfonso:

I am most grateful to you and wish to send you my sincere thanks for the most recent volume (VIII) of your complete works which you provided with your own signature dedicating it to your philological friend at Harvard University. I also thank you for your article on a classical subject which preceded this rich volume and showed you once more as author in my own field. I remember that two of your great works, both concerned with classical matters, were the beginning of our friendship. The new volume contains a great number of sketches and critiques each of them a jewel. I confess that Amado Nervo still was completely unknown to me before I read about him in your book. It is one of the most important aspects of your collected essays for me that they introduce me to Spanish literature as well as to your work. As I am fighting the Hydras of printers' mistakes on four new volumes of our great edition of St. Gregory of Nyssa I was amused by your essay on this subject with its interesting quotations from 16th century editions. But the content of your book is too many sided to be reflected in a short thank you

letter. It certainly is a most entertaining volume where you can begin reading on any page and are captivated at the first moment.

I congratulate you on the proud achievement of your edition and wish you every good luck with its continuation in the coming year. May you always enjoy a balanced health and the serenity of mind of the wise.

With best wishes for the Christmas season.

Affectionately,

Your friend and admirer

Werner Jaeger

II
DOCUMENTOS

DE CÓMO GRECIA CONSTRUYÓ AL HOMBRE

I

Los hábitos de conservación de la especie se transmiten instintivamente en las generaciones animales y, prácticamente o en un sentido macroscópico, no progresan. Sólo la especie humana posee la capacidad de comunicar, de una a otra generación, conquistas nuevas. Y es porque las hace conscientes; porque —*grosso modo* dicho— las capta sensorialmente en el aparato afectivo, y luego las discierne en el aparato discriminador (retardación nerviosa que se vuelca en aceleración histórica o arte de “festinar lento”); y todavía después, las resguarda y transmite por medios extra-fisiológicos, que tales son los diversos signos auxiliares de la memoria. Así opera la característica humana, el “*time-binding*” del heterodoxo Korzybski (*Manhood of Humanity*). Esta transmisión consciente de las conquistas es la cultura.

El carácter de un pueblo es función de dos datos en movimiento: su historia y sus ideales. Los ideales han de estudiarse en la historia, como desprendimientos de ella y como reacciones sobre ella. La cultura es el agente plástico. Opera en acción inmediata sobre el individuo, pero tiene una finalidad social. Por cultura se entiende a veces todo el modo de vivir de cualquier grupo humano, concepto antropológico que lo mismo se aplica al Asia que a Oceanía. Pero si por cultura entendemos el descubrimiento y valoración de la persona humana, tal como ha llegado a enraizar en la civilización occidental, al punto de asumir la solidez de evidencia ética, entonces para nosotros no habrá más cultura que la inventada por Grecia, y luego propagada por Roma y por el cristianismo. Somos pueblos helenocéntricos. A su vez, la cultura helénica es antropocéntrica. La obra por excelencia del genio griego es el Hombre. Las artes plásticas visuales son complemento y adorno de la función

religiosa, aunque las invada el mismo ideal. Pero el ideal se procura directamente a través de las artes acústicas o espirituales: la música, hasta cierto punto, y más aún, la filosofía, la poesía, la historia, la retórica, los oficios de la palabra.

“Paideía” es la modelación paulatina del ideal del Hombre, y aun de cada hombre en relación con ese ideal. Y esto no sólo en el modesto sentido escolar o educacional, sino entendiendo en el concepto la suma de todas las energías sociales que obran sobre el individuo a lo largo de su vida y establecen esa posibilidad de convivencia humana que es la Polis, el grupo policiado. Como se ha dicho, mientras vivimos nuestra personalidad está sobre el yunque. Y la verdadera escuela de los griegos era la ciudad, la calle, el mercado, la discusión, el ágora y lo que hoy llamaríamos “la tertulia”. Las energías de la Paideía son determinantes y manifiestas en la ciudad griega. El gobierno ni siquiera se preocupó durante siglos de intervenir en la educación puramente escolar, en los gimnasios de niños y adolescentes, ni en la educación superior de filósofos y sofistas; todo lo cual (fuera de la institución oficial de la “efebía”, especie de instrucción militar con alfabeto y ábaco) se abandonaba a la iniciativa privada. Porque la formación definitiva del ciudadano resultaba del trato y roce con aquellas energías ambientes que Jules Romains llamaría “las potencias de la ciudad”. (Esparta, ya se sabe, representa una excepción, pero también una torsión un tanto monstruosa, un aplastamiento del individuo bajo el peso del Estado-Cuartel.) Sólo el Imperio romano, por lo mismo que propagaba una Paideía no nacida espontáneamente de su propio suelo, sino heredada de Grecia, nombrará más tarde profesores de Estado y tomará por su cuenta, en la propia Grecia como en las otras colonias, la organización escolar y la que hoy llamaríamos universitaria.

Al colar por el tamiz de la razón el espectáculo del universo, el griego —primero entre todos los pueblos— lo concibe como una estructura de conjunto, como un organismo sujeto a leyes universales. E interpreta su deber terrestre como una investigación de esas leyes, para aplicarlas a la conducta humana y dar así al hombre su verdadero lugar en la naturaleza. Ahora bien, en las actuales horas de desconcierto, es indiscutible la conveniencia de proceder a la exposición de la antigua Paideía, inmersión saludable que devuelva el temple a nuestro acero. Tal exposición nunca antes había sido atacada de frente como un estudio integral de reacciones entre hechos históricos e ideales constructivos de

la persona humana, y tal es el objeto de la obra de Jaeger.¹ Los ideales se expresan en la tradición literaria. La literatura helénica —poesía y filosofía— es considerada aquí, no ya bajo el criterio puramente estético, según tantas veces se ha hecho, acaso prescindiendo de un aspecto esencial en el fenómeno, sino como un proceso ético, encaminado a edificar la sociedad y a pulir las piezas del ajuste, que son los individuos. Para el griego, ética y estética se confunden. El discrimen entre ambas es una elaboración posterior, que se inicia con el formalismo de los retóricos y luego se acentúa con el cristianismo, el cual puede así admitir el deleite de la poesía pagana sin aceptar su contenido moral y religioso.

El ideal comienza naturalmente por ser un germen; llega a plenitud después del colapso del Imperio ateniense. Más tarde intenta derramarse con la “homonoia” alejandrina; y al fin lo logra con el orbe romano, para inspirar luego el sentido católico o universal del cristianismo. El volumen I de Jaeger debe considerarse, así, como una introducción a la *República* de Platón, en que el ideal cristaliza, a reserva de descomponerse nuevamente en ulteriores latidos. El volumen II se consagra a Sócrates y a Platón; el III continuará el estudio del ambiente mental “siglo IV”. Y la obra, hasta aquí, podrá considerarse a su vez como una introducción a san Agustín. Pues desde ahora se vislumbra, en el término de nuestro viaje por la Paideia, la imagen de la *Civitas Dei*, aunque generosamente entendida y fuera de todo dogmatismo.

El ideal de la Paideia salvará a Grecia y la erigirá en vencedora de sus vencedores. Alejandro, al regreso de sus campañas, declarará que se esfuerza por merecer el aplauso de los atenienses a quienes acaba de someter. Cuando Atenas, bajo el imperio de Roma, ha dejado de ser para siempre un peligro político, comenzará a ser, consagrada y deificada, el museo político del mundo. No el museo muerto, no: la galería ejemplar propuesta por siempre a las hazañas de la cultura.

Hemos visitado a Werner Jaeger recientemente, en su casa de Watertown y en su celda universitaria de Harvard. No olvidaremos su serena profundidad, y la naturalidad con que se transporta de la sencilla conversación hasta el plano significativo de las ideas. Prosiguiendo su investigación sobre la modelación del Hombre a través de la historia, se encuentra ahora consagrado al estudio de Gregorio de Nisa, y toma arranque en el

¹ Werner Jaeger, *Paideia*, trad. del alemán por Joaquín Xirau, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

punto y hora en que la magna obra de los benedictinos quedó interrumpida por la Revolución francesa. En la plena “acmé” de su edad, Jaeger ha alcanzado ya una autoridad que todos acatan. Tras varios lustros empleados en la interpretación de Grecia, sus anteriores monografías dan los fundamentos del saldo que ahora recoge y organiza en la *Paideia*, y le permiten recorrer a simple vista el panorama propuesto, con gustosa rapidez y con manifiesta seguridad. Werner Jaeger, en la *Paideia*, ha escrito una obra de valor permanente, y una guía para los supuestos básicos de la civilización que defendemos. Las presentes páginas no tienen más fin que resumir la obra de Jaeger —aunque mezclamos en ellas algunas observaciones personales— y poner su idea central al alcance de una lectura rápida.

II

El ideal del Hombre parte de una base física, bruta: casi del vigor animal del hombre, pronto dignificado en valor militar y, pronto también, en privilegio de una aristocracia. La creación del núcleo selecto es siempre el primer paso de la integración social. Hasta donde es dable investigar la Grecia arcaica a través de las reliquias literarias y las reminiscencias ulteriores, tal ha sido la iniciación del proceso: “areté y nobleza” andan ya juntas en los poemas homéricos. Lo que no ofusca otros criterios pacientes de estimación, puesto que Odiseo, por ejemplo, es más apreciado por su astucia que por su bravura, o por su astucia en la bravura más que por su sola bravura. El fenómeno se explica claramente ante el espectáculo guerrero (el “*time of troubles*”, que llama Toynbee) de las grandes emigraciones. El Estado-ciudad heredará este “*noblesse oblige*”, este código de obligaciones de la nobleza fijado por la tradición poética, para generalizarlo poco a poco en un código moral humano; y la Polis derivará de la antigua práctica aristocrática sus cánones estimativos (liberalidad, magnanimidad, etc.). De aquí la severa norma del “*aidós*”, cuyo flaqueo provoca la “*némesis*” (dignidad e indignación). De aquí el sentimiento de emulación, la ambición; y la santidad de la victoria difícil o del triunfo en la aventura heroica (“*aristeia*”). De aquí la boga de los certámenes y los premios, cuya prefiguración son los juegos fúnebres a la muerte de Patroclo.

La nobleza del acto no puede ir sin la nobleza del espíritu. Fénix quiere que su discípulo Aquiles —paradigma humano, fusión de Odiseo

y de *Áyax*— sea tan guerrero como retórico, en aquel célebre pasaje que nos da un primer esquema en la historia de la educación. El camino queda abierto para una mayor depuración del ideal arcaico.

El honor, la buena fama, vienen a ser la primera prueba —externa— de la dignidad intrínseca. Poco a poco, la estimativa gravitará del campo objetivo hacia el subjetivo, de suerte que en *Aristóteles* ambos se armonizan, y ya en los estoicos, como en *Schopenhauer*, prima “lo que se es” sobre “lo que se representa”. Como ser deshonrado era la anulación de la persona, los héroes homéricos se tratan “con respeto” y reclaman lo que se les debe. Elogio y censura vendrán a ser la expresión de los valores sociales: la conciencia griega era eminentemente una conciencia pública. El cristiano podrá llamar vanidad al honor: no el griego, para quien era el medio de situar su persona en un valor trascendente de bien social, círculo de verdadera deificación que sólo se completa en la muerte, en la gloria. Valor, dignidad, honor, gloria, emulación... ¡celos! Lo mismo gobiernan los celos a los humanos que a los terribles dioses, especie de humanos gigantes, siempre vengativos de cualquier transgresión, verdadera casta aristocrática de inmortales. Y la piedad consiste en “rendir honor” a los dioses, en no escatimarles lo que se debe a su grandeza. El honor ofendido va más allá de lo que hoy llamamos patriotismo: así se explica la cólera de *Aquiles*, ante un agravio despótico que viola leyes universales; así la locura y muerte de *Áyax*, desesperado al verse desposeído de las armas de *Aquiles*, de que se consideraba el natural heredero.

La era democrática no desterrará del todo esta tradición del honor aristocrático, sino más bien la transformará, en el mismo sentido en que un escritor contemporáneo llamó al trabajo “el nuevo honor”. Tal tradición palpita visiblemente en el “orgullosa” de *Aristóteles*, sólo que su orgulloso ha de serlo con motivo justo. La “areté” sólo se realiza por la autoestimación. De esta suerte anula *Aristóteles* el conflicto contra su época ya “altruista”: el sacrificio por el ideal es la más alta prueba del verdadero amor a sí mismo. Sólo por aquí “se entra en posesión de la belleza”, frase reveladora que acude reiteradamente, y que descubre todo el sentido heroico de la vida helénica; anhelo de perpetuación que inspira, en *Platón*, el discurso de *Diótima* sobre los poetas y los legisladores. La filosofía ateniense prolonga las nociones homéricas, en el ideal de la “areté”. Muchas pretendidas ideas académicas o liceanas no son más que herencia. [...] Sino que las normas de clase social han sido ex-

pandidas y sublimadas por la filosofía en normas éticas universales. Véase cómo se van atando los eslabones en esta cadena de ideales, trabada sobre la estructura del mundo.

III

En punto a la cultura y educación de la nobleza homérica, la graduación histórica entre la *Iliada* y la *Odisea* nos permite apreciar escalas interiores dentro de la etapa: desde la aristocracia guerrera, para quien la paz es un entreacto estorboso, hasta las aventuras personales del héroe fuera de la guerra, que nos conducen a la pintura de la vida pacífica. (La pintura de la ciudad sólo aparece en la *Iliada* cuando la descripción del escudo de Aquiles y, en rápidos rasgos, a propósito de la defensa de Troya.) Tal evolución temática arrastra consigo un dinamismo consiguiente del ideal humano. El campamento se ha vuelto sociedad. La épica deriva hacia la novela, y ésta nos deja ver aspectos de la antigua existencia que la épica pura elimina premeditadamente, sin que estorbe para el examen la mezcla evidente, en la *Odisea*, de elementos realistas y elementos orientalmente fabulosos. El ideal aristocrático de la *Iliada* resalta entre las sátiras del caricaturesco y miserable Tersites; el de la *Odisea*, más refinado y preñado de artes prudentes, resalta por el contraste con los desmanes de “los barones de las islas”, como les ha llamado Bérard. Y todo ello pone de relieve el sentimiento del “decoro” —sobrentendido aun en las escenas de exceso y las prácticas de la “cortesía”. Los supuestos de la vida aristocrática nos aparecen nítidamente: residencia fija, posesión territorial, respeto de la tradición, y además, buena educación en el sentido más completo del término. Entre la aristocracia y las clases bajas, obra, para la vida diaria, la benignidad patriarcal, sin por eso deshacer las fronteras de la cultura, ni perturbar la “disciplina” de la nobleza.

Nace, además, una nueva erótica, con la definición del ideal occidental de la “dama”, la dama con sus atributos característicos: huso de oro y rueca de plata. He aquí a Nausícaa y a Penélope, el capullo y la flor; el capullo en todo el dolor de reventar, y la flor que llega al límite de marchitarse y soltar su aroma, la “rosada que más vale”, según el verso del Rabí Don Semtob. Helena, cuya belleza desarmaba el juicio de los ancianos de Troya, es devuelta a la virtud casera en Esparta, y ya no es amante sino esposa. En esta época propiamente caballeresca, la mujer

alcanza un valimiento nunca igualado después en la Grecia histórica. En el popular Hesíodo, la mujer vale por la utilidad de su cooperación para las faenas del hombre, casi al igual del buey; en la sociedad helénica que ya conocemos por testimonio directo, vale como madre de hijos y guardiana de usos familiares. Pero en la edad caballerescas, la mujer adquirió cierto prestigio místico: la reina de los feacios, Aretea, es punto menos que una diosa; y cuando Odiseo implora hospitalidad, no se dirige al rey, sino que, aconsejado por la ingenua diplomacia de Nausícaa, abraza las rodillas de la reina como si fuera árbol consagrado. En la *Iliada*, todavía Agamemnon se atreve a declarar abiertamente que impondrá en su hogar a la esclava de guerra Criseida, porque prefiere su ingenio y sus encantos a los atractivos de Clitemnestra —y sin duda los aficionados de la vieja literatura comparten el gusto de Agamemnon. Pero, ya en la *Odisea*, averiguamos que el abuelo Laertes, “renombrado por su limpia vejez”, nunca ocupó el lecho de la esclava Euricleia por respeto a su esposa. La dama ha maniatado al guerrero, y de este delicado combate nace la hermosura del trato entre la transparente Nausícaa y el macizo Odiseo, que tenía sus puntas y ribetes de “bribón con ángel”.

Por las páginas consagradas a la epopeya homérica, vemos desfilar, vivificadas por la interpretación que las sitúa en el proceso de la Paideia, las imágenes de la Grecia antigua: el tutor o ayo y su misión junto al héroe; el orador y su función social persuasiva; el contraste entre la inquietud sobrehumana de Aquiles y la dulce plasticidad de Telémaco, revelada en esa verdadera novela pedagógica que es la Telemaquia. El código nobiliario de Homero y su valor educativo se explican por primera vez con diafanidad y precisión.

Homero era mucho más que un texto clásico de los gimnasios para el estudio de la lengua, la métrica, los orígenes de la genérica literaria y la tradición histórica. Los filósofos que, más tarde, protestaron contra la opinión popular que consideraba a Homero como el maestro universal de Grecia, y le opusieron las objeciones del racionalismo contra la antigua mitología, olvidaron que en Homero se encuentran los estratos básicos de la Paideia, sobre la cual ellos mismos habían evolucionado, superándola si se quiere, y sin la cual ellos mismos no serían lo que fueron. La principal enseñanza de Homero está en su asunto, suerte de moral ejemplificada en la acción poética. No mediante prédicas pueriles, no en pesados sermones, sino por la impregnación que las epopeyas revelan en cierta manera de representarse al varón y a sus virtudes. La sola con-

servación de la fama heroica, como dice Platón, es obra educativa. La estructura de la *Ilíada* es una articulación de glorias o triunfos individuales en torno al drama de Aquiles. Este drama se mueve entre la cólera de Aquiles contra sus aliados (no tanto porque se le arrebate una mujer a quien no ama, sino porque se le arrebata un premio que merece, pues “la grandeza tiene hambre de honor”) y la cólera de Aquiles contra los adversarios que han dado muerte a Patroclo. El vaivén de estas dos cóleras lo arroja a la venganza contra Héctor, aunque sabe que en ello le va la vida, porque no importa tanto vivir mucho como vivir hazñaosamente. La cólera es la respuesta a la injusticia, y Aristóteles nos enseña que, en tal caso, la impasibilidad más bien sería indicio de una virtud escasa. El choque y reconciliación entre Agamemnon y Aquiles ejemplifica los males de la ceguera, enemiga eterna de la verdadera aventura vital a que el griego aspira, males de que el asiático procura escapar por la inacción. Y así los resortes de la epopeya van dando la imagen de las motivaciones éticas que, a su vez, se consideran implícitas en la contextura del mundo, de modo que aun los mismos dioses quedan lanzados en ellas, y lo psicológico y lo metafísico se confunden.

En cuanto a la *Odisea*, muestra ya el gobierno de los dioses más organizado y coherente; muestra también los padecimientos del héroe como grados hacia la virtud, el castigo de la soberbia en los pretendientes de Penélope, el despliegue de las cualidades privadas que responden a la norma helénica, y el humus de los usos y las costumbres que han dado alimento a la vida urbana, bien que este urbanismo tenga todavía mucho de campesino. Homero nos ofrece, pues, el código nobiliario, la primera etapa de la “areté”.

La verdadera vida campesina aparece en Hesíodo, poeta y reivindicador de los labriegos. Si Hesíodo respira, por decirlo así, un ambiente más atrasado, por lo mismo que pinta la existencia de clases más bajas y más pegadas a la tierra, en cambio da un paso más en la Paideia, por cuanto presenta un ideal jurídico ya netamente definido, un orden cosmogónico fundado en el derecho y en el trabajo, un suelo sediento de justicia, donde se refleja o quiere reflejarse un cielo justo. La clase postergada o burlada pide, en nombre del principio (Themis), la recta aplicación y distribución de los bienes (Diké). La invención mitológica, que siempre se ha advertido en Hesíodo, es efecto ya de su anhelo sistemático para justificar a los dioses y es como la expresión inconsciente de un espíritu legislativo. Pues el pensamiento abstracto no encuentra toda-

vía su lenguaje. El don fabulador llega ya al apólogo de tipo oriental, y en Hesíodo se descubre también cierto orientalismo de profeta que, entre bendiciones y maldiciones, sostiene la causa del pobre y la dignidad del sudor.

IV

Vemos después dibujarse el Estado según la concepción militar de Esparta y según la concepción civil originada entre los jonios y heredada por Atenas. La concepción espartana, cuyo vigor trasciende en las arengas líricas de Tirteo, late como pulso profundo por toda la vida de Grecia, a pesar de las protestas y censuras contra sus exageraciones. Siempre que se habla de las deficiencias del Estado o de los errores de las costumbres, se acude al paradigma de Esparta. La nobleza helénica de todas las regiones fue siempre más o menos influida por los dorios, hasta en su aceptación del Eros masculino, que en círculos más amplios no pasaba de aparecer como una degeneración, según lo revela, para jonios y áticos, la comedia popular.

Esta atención preferente para los módulos educativos de Esparta no es de extrañar, si se considera que las formas institucionales elaboradas en las otras grandes ciudades griegas —de que Atenas es la última nacida a la historia— son algo vagas por su mismo aliento de libertad y democracia congénita. Democracia digo, hasta cuando se atraviesa por gobiernos aristocráticos o se recae en ellos, pues la verdadera oposición no ha de establecerse tanto entre democracia y aristocracia, cuanto entre régimen de garantías cívicas y régimen de sumisión militar. Los jonios del Asia Menor, poco aptos para la construcción política, aunque conocieron también sus tiempos heroicos, caen poco a poco en la muellez que los hizo víctimas del persa. Y la grandeza de Atenas consiste en haber logrado un equilibrio entre las libertades críticas del jonio y el mínimo indispensable de la rigidez doria. Los jonios, recludos sobre un estrecho litoral por el obstáculo que les oponen los pueblos bárbaros, son menos adictos a la tierra, menos capaces de la Polis. Los atrae muy de cerca el mar, los solicitan todas las empresas colonizadoras. Representan un fermento de movilidad extraordinaria, de espíritu abierto, de libre examen. Antídoto a la solemnidad sagrada del Asia, su ánimo se insolenta y fundan la ciencia y la filosofía como hoy las entendemos.

Cuando, en busca de la Isonomía o nivelación de las normas, el Estado jurídico se perfecciona mediante la ley escrita, ésta determina una objetivación del ideal cívico, más o menos conforme con el canon platónico de las cuatro virtudes: justicia, que a todas comprende; valor, herencia de la antigua “areté” guerrera y nobiliaria, que no acertaban a entender los cristianos; prudencia, equilibrio contra toda exorbitancia o “hybris”; y piedad (*Leyes*), o bien sabiduría filosófica (*República*). Junto a la incorporación del ideal en la ley escrita, se da una abstracción creciente en el gobierno de la Polis, pues —como más tarde dirá Píndaro— el rey ahora se llama ley. La objetivación significa que el honor cívico no se agota ya, como para Hesíodo, en la consagración al trabajo privado, sino que éste debe complementarse con la participación en la tarea del gobierno, participación que no es ya incumbencia exclusiva del noble, sino de todos los hombres libres.

Si en Homero, en Hesíodo, en Tirteo (y por reflejo, en Calino) hallaron expresión poética los respectivos ideales del caballero, del labriego y del soldado, los nuevos ideales del ciudadano no encontraron salida en una epopeya política que fuera para Grecia lo que fue para los romanos la *Eneida*. Más bien se manifestaron en la prosa y, desde luego, en las mismas leyes escritas. La racionalización del Estado relegaba ahora a segundo término la emoción del Estado. La nueva poesía jónica (yámbica y elegíaca), así como la lírica eólica, se refieren más bien a la vida íntima. No acertaron aquellos poetas a dar forma artística al “pathos” subterráneo que inspira la obra política, como pronto lo hará Solón. El sentido individualista de los jonios se refleja en su poesía, hasta cuando roza las cosas públicas (Alceo y Arquíloco). Se insinúan ya aquí el naturalismo humorista y el desdén de los antiguos símbolos. La fama parece perder algo de su arcaico prestigio, y la implacable crítica se abre paso. Se cae desde el mito hasta la persona. Como contrapeso a la sujeción pública, se reclama el derecho al desahogo privado. La misma sensualidad de un Mimnermo se atreve a pedir lugar en el canto, como desquite ante la contemplación de lo efímero, que hacía gemir a Semónides de Amorgos. Los filósofos, primeros en valorar la obra literaria, encontraban en la epopeya o en el drama un servicio público definido, que era lo que andaban buscando. No así en la lírica, que escapaba por entre las mallas de su sistema ético-político. Por eso la usaban sólo a modo de adorno o cita pasajera, y nunca la examinaron a fondo en sus tablas de valoración. La poesía hedonista entretanto —diástole contra la

sístole de la ley— descubre los problemas morales de la conducta y ocupa un sitio junto a la naciente filosofía natural. Estas explosiones se reservan para pequeños círculos de iniciados y operan como una válvula higiénica. El dionisiaco Alceo mezcla los estados del alma con los estados de la naturaleza, subjetivados ya en cierta medida. Safo alcanza el sentimiento puro. Se llega a la plegaria como ápice de las exaltaciones individuales. La mujer, en lo más femenino de su condición, pone en la sociedad un estremecimiento mágico hasta entonces desconocido, y que sólo su integración de alma y cuerpo podía traer a la poética.

Entre estos crecimientos internos y la creciente anquilosis espartana, el equilibrio ático está en Solón, a un tiempo legislador y poeta, a quien toca verdaderamente expresar las emociones del nuevo Estado, a la vez que constituirlo institucionalmente, realizar de hecho lo que entre los campesinos beocios sólo encontró una mera formulación poética con los cantos de Hesíodo, fundir la Grecia asiática con la Grecia occidental, salvando cuanto era susceptible de salvación. Lo que era para Hesíodo una candorosa fe en la justicia del cielo, pasa a ser en Solón una fe racional en los alcances de la justicia humana. El desorden social encuentra en sí mismo su castigo. Solón no es profeta, sino estadista. La Eunomía, divinidad terrestre, ofrece el bien a los hombres como efecto de la propia virtud, de la propia responsabilidad. Ninguna culpa escapa a la mirada de Zeus, y la contaminación del mal destruye las ciudades y cunde por las generaciones, como en la futura tragedia ateniense. El mal —así en Maquiavelo— puede hasta tener éxitos inmediatos; pero el éxito inmediato más bien corresponde a la persona del príncipe que no a la duración histórica del Estado. La interna dialéctica del mal lo condena a no tener triunfos duraderos en la larga vida de las sociedades. El triunfo o castigo de las malas acciones políticas puede cosecharse cuando los actores se han podrido bajo la tierra. Pues el éxito político significa la realización del bien común, con garantía de posteridad. Si entre nuestros esfuerzos y nuestro éxito se interponen los altos designios de la Moira, no lloremos como Semónides: reconozcamos más bien que nuestros esfuerzos no estaban encaminados según el orden universal, el cual no tolera desniveles de riqueza o poder como los que el hombre consiente, para su ruina, en las deleznales repúblicas que edifica. Ningún extremo es justo, ningún partido posee íntegramente la razón. Tal es la idea que inspira al legislador. Cuando el gran “pacificador” hubo realizado su obra, se desterró voluntariamente. Su generosa aceptación

de la vida lo libraba a un tiempo de melancolías y ambiciones. Por haber descubierto el término entre el individuo y el Estado, es el primer maestro de Atenas.

V

Ninguna filosofía es hija de la pura razón. Los filósofos presocráticos no contribuyen premeditadamente a la Paideía, pero son, sin remedio, hijos del momento alcanzado por la evolución del hombre helénico y factores en el proceso ulterior. Pues así como los poetas jónicos afirman su individualidad al recluirse en lo íntimo, así los presocráticos la afirman reclamando el derecho a contemplar el mundo a su modo y con altivo y extravagante despegó de los intereses inmediatos. Al poeta ebrio de los sentidos corresponde el filósofo que anda en las nubes. Tales cae al pozo por no ver el suelo que pisa.

Por otra parte, no es verdad que estos filósofos sean amorales o extramorales como decía Nietzsche. La “culpa” de orden político se vuelve en ellos “causa” de orden físico-metafísico. Su apriorismo tiene un valor de voluntad constructiva. Anaximandro ordena el universo según su fuero interior, como un legislador que dicta preceptos a la ciudad. Su idea sobre la compensación que se deben entre sí las cosas es una proyección universal de la justicia niveladora del Estado. El Caos se convierte para los filósofos en Cosmos, al modo como la primitiva aglomeración salvaje se ha convertido en Polis.

Las abstracciones se nutren de las prácticas educativas y se elevan sobre ellas. Así la armónica y la ascética pitagóricas que —fecundizadas por el orfismo popular— buscan la conciliación de la matemática y la música y dejan huella aun en el lenguaje moral, no digamos en el artístico, al par que enriquecen el sentimiento religioso, al que no bastaban ya los viejos rituales. Y la misma necesidad religiosa se manifiesta en la difusión de los dos cultos polares, el dionisiaco y el apolíneo. La severa norma de los límites que conduce a la plácida “sofrósyne”, y encuentra su desquite higiénico en las explosiones del ánimo, elabora poco a poco el sentido de la responsabilidad, camino del “alma” o conciencia socrática. Empédocles, en su conmovedora síntesis de las concepciones jónicas y las pitagóricas, presenta al alma humana como náufrago o desterrado que cayó del cielo y boga entre el odio y el amor, consciente de su destino trascendental. Jenófanes aplica el caudal filosófico a la eterna misión educativa de la

poesía, y en nombre del nuevo universo justo, se enfrenta con el antropomorfismo caprichoso y el incoherente politeísmo de Homero y Hesíodo. La “areté” filosófica del espíritu corrige la “areté” aristocrática del deporte o mero vigor corporal. El primer servicio cívico no es ya la espada, sino la inteligencia. Se anuncian las virtudes platónicas.

Con Parménides, la necesidad y la justicia, la Diké y la Moira, asumen por una parte una función técnica del pensar que hoy llamamos lógica, y por otra parte una función ontológica, en cuanto reivindican el derecho del ser absoluto, estático, contra las apariencias fluidas del nacer, el “devenir” y el perecer. Se cancela el crédito a los sentidos, y la misión del conocer se entrega al pensamiento puro. Sobreviene el escándalo de las aporías y enigmas, famosas por Zenón y Meliso. A la filosofía física, naturalista, de los ojos abiertos, se contraponen la filosofía metafísica de los ojos cerrados, como a la superficial opinión se contraponen la honda verdad. Esta senda oscura no se atraviesa sin sacrificio. La aporía va siempre acompañada de un sentir patético y casi religioso. El poema de Parménides traduce el lenguaje de la representación al lenguaje de los misterios. El filósofo es un iniciado que emprende el viaje de la salvación.

Heráclito de Éfeso, aunque penetrado de filosofía naturalista, vuelve a hacer pasar el ciclo cósmico a través del corazón del hombre, donde se dan el combate del ser y el “devenir”. Se interroga y se investiga a sí mismo, y desdeña los conocimientos exteriores. Trata de situar al hombre en el grande enigma del universo, con una actitud sibilina de intérprete de los oráculos. Despierta al dormido, sacude al indolente. Busca una ley divina que fundamente la ley humana, una Polis de último plano, donde los contrarios se completan en un gran todo y los ritmos naturales se resuelven en cambio eterno. La norma del sabio se cimenta definitivamente sobre una norma universal.

VI

Naturalmente, la antigua “areté” aristocrática reacciona y se defiende, y recurre al expediente obvio de absorber para sí las nuevas nociones sobre la dignidad humana. En esto confluyen la gnómica de Teognis (hasta donde podemos aislarla dentro de la miscelánea de sentencias en que nos ha llegado) y la lírica coral de Píndaro.

Teognis se propone enseñar, educar a Kyrnos, hijo de Polypaos, no según sus ideas individuales, no según simples consejos prácticos al modo de Focílides y mucho menos según el código agrario de Hesíodo, sino conforme a los misterios tradicionales de la clase noble, hasta entonces transmitidos verbalmente y de padres a hijos. Si Solón, aristócrata evolutivo, busca en la nivelación la salida para el conflicto de las clases, y en cada una reconoce parte de razón y de error, Teognis, aristócrata irreducible, preconiza la vuelta a la justa desigualdad y el aislamiento higiénico de los grupos selectos, de la pureza de la casta. Bajo la gravedad de las sentencias, que mal disimula la calidez del afecto entre el maestro y el discípulo, se deja ver el resentimiento de los nobles decaídos contra los rudos caudillos, los plebeyos que el capricho popular ha puesto en lugares preeminentes, y la crisis de desconfianza que toda revolución provoca. La antigua virtud del caballero, que era la virtud del Estado, se vuelve ética de partido, lealtad política; y a la nobleza de estirpe se une la exigencia de la nobleza en la conducta, que a veces es resuelta en mera "distinción", no exenta de cierta astuta tolerancia superficial, para hacer posible la vida a una clase ya derrotada. De aquí una doctrina de amistad entre iguales, nota dominante en las exhortares al joven Kyrnos.

A esta modificación interna de la antigua "areté", se une la modificación externa traída por el empobrecimiento de los antiguos próceres, despojados de sus propiedades rurales y afectados por la aparición de la moneda. Las antiguas prendas de magnanimidad y liberalidad no se compadecen ya con la actual penuria de los príncipes. Aunque Teognis se lamenta de la pobreza, ella le permite depurar su entendimiento de la virtud. Solón, por libre elección, prefiere la justicia a la opulencia. Teognis la prefiere, obligado por las circunstancias, y ante el espectáculo de clases sociales en que la opulencia y la vulgaridad se dan juntas. Acepta el fracaso del bien con impaciencia y melancolía, con oculto instinto de venganza, y no a la manera supraindividual y religiosa de Solón, que confiaba siempre en alguna compensación a largo plazo y más allá de los límites de nuestra corta vida terrestre. La prédica de Teognis, por la sangre contra el dinero, más tarde confortará a la burguesía en sus luchas contra el proletariado; y trascendiendo límites de una clase, llevará un día a Esparta hasta la doctrina de una educación estatal para la totalidad de los ciudadanos.

Píndaro ni siquiera tiene ojos para los aspectos sombríos del cuadro: fascinado por los triunfos míticos de la prosapia, comunica al pue-

blo esta fascinación como una manera de educación magnética hacia el impercedero ideal aristocrático. No se da a partido. No reconoce en la nueva clase un adversario digno, sino, tácitamente, un aspirante, un discípulo por avezar. Aquel sentimiento de arcaísmo subterráneo que, oculto bajo el manto homérico, se nos revela en Hesíodo por la descripción de la gente humilde, en Píndaro parece aflorar también, pero ahora por su retorno sin compromisos a las viejas virtudes heroicas, agónicas y bélicas de la raza, que asumen en sus himnos gimnásticos una seriedad religiosa mucho más profunda que en los joviales juegos de Homero. Privilegio de la alta estirpe, la agonística empieza a propagarse a la burguesía, y más tarde será suplantada por el atletismo profesional, quedando siempre en categoría de afición y deporte. Así se produce paulatinamente el desajuste entre las virtudes del alma y las del cuerpo, desajuste que por mucho tiempo los griegos no hubieran concebido siquiera, pues la actitud de Jenófanes aparece aquí algo prematura e insólita.

Por el momento, asistimos a la santificación del vencedor en vida, mientras llega, con el Liceo, la santificación del sabio después de su tránsito mortal. El himno sacro sufre una visible secularización. El canto es una gloria debida al triunfo, en que el poeta y el vencedor se conservan a igual altura. La poesía vuelve al semidiós, prototipo de la comunidad, y abandona las intimidades en que la lírica se internó, de Arquíloco a Safo. La “areté” ya evolucionada se devuelve a la prístina “areté” de los dorios, sin detenerse en descripciones de los torneos, sino aplicándose directamente a la exaltación del hombre victorioso, que a su vez aparece como beneficiario del tesoro amontonado por la legión de los abuelos, tanto en alegrías como en dolores, síntesis del honor genealógico, sin el cual todo aprendizaje sería vano y estéril. También la escultura de la época, que pasa del dios al vencedor, desdeña el realismo y nos da figuras ideales y normas humanas. Esta construcción de modelos anuncia la pedagogía socrática y la estética de Platón, atenta al paradigma.

Junto a esta fe inmovible, la adoración de Simónides y Baquílides por la virtud parece algo tibia y hasta desilusionada, a lo que contribuye singularmente en Simónides el cruce de múltiples tradiciones, jónica, eólica y dórica, que le prestan un destacado relieve panhelénico y hasta cierta complejidad de sofista. Si Homero volcaba el cielo sobre los campos y las ciudades de la tierra, Píndaro toma a los hombres reales y los proyecta sobre el cielo. Respecto a su propio arte de poeta muestra también un orgullo heroico, cual de cosa inspirada y no aprendida, im-

plícita en la sangre noble y dirigida a los iniciados de la grandeza. Y esto, en el alba misma del día en que Grecia se prepara para racionalizar la virtud y convertirla en facultad del aprendizaje.

La postura de Píndaro y su vinculación a la arisca patria tebana lo dejan un tanto fuera de la comunión popular que conquistará, contra los persas, las futuras libertades helénicas, luchas cuyo verdadero cantor será Simónides. Pensando en Píndaro, expresión suma de un ensueño nobiliario que ya claudica, así como en Platón y en Demóstenes para con el Estado cívico, y en Dante para con la jerarquía eclesiástica medieval, Jaeger ha exclamado: “Parece ley del espíritu que, cuando un tipo de vida llega a su ocaso, encuentre alientos para dar a su ideal la formulación definitiva, como si a la sollama de la muerte cobrara su equilibrio inmortal”.

VII

Los tiranos representan una transición fluctuante entre el descenso de la nobleza de terratenientes y la ascensión de la burguesía comercial. Su papel es tan decisivo en la política como en la cultura. El mando único, relativamente efímero y pasajero en Atenas, se conserva como recurso crónico en las avanzadas de Sicilia y otras regiones extremas, por la expuesta situación estratégica y la amenaza naciente de Cartago. El caso de Atenas nos es más conocido y puede considerarse típico. Después de Solón, renació en Atenas la pugna; pero ahora los próceres, para sus mutuas rivalidades, necesitaban ya halagar a las masas y contar con ellas. Tal fue la maniobra de Pisístrato contra los alcmeónidas. La alianza entre nobles y nuevos ricos ahondó el abismo que separaba a la aristocracia del pueblo, hizo odiosa la riqueza, sembró el germen de las reivindicaciones demagógicas y acentuó de momento los desniveles culturales, a la vez que creaba cierta solidaridad internacional entre los grupos privilegiados y los postergados.

Por regla general, las tiranías sólo consiguieron sustraer al pueblo los frutos de la revolución durante dos o tres generaciones, mientras se agotaba el vigor de una familia o no aparecía el vástago débil. Las tiranías unas veces se hacían detestables por la coerción militar, y otras ganaban alguna simpatía entre los humildes y los campesinos, por su guardia alerta contra los viejos aristócratas. A diferencia de los legisladores de la época, que tanto se les parecen a primera vista, los tiranos, en vez

de crear preceptos de validez común, interponían su voluntad omnímota y hacían imposible la vida institucional. Son, como manifestación en el desarrollo de la propia persona, el parangón político de lo que fueron, en su orden, el lírico de la intimidad y el filósofo que dictaba leyes al universo. Y de aquí que estos tres órdenes sean los primeros sujetos de la futura biografía.

En torno a Polícrates de Samos, Pisístrato de Atenas, Periandro de Corinto, Hierón de Siracusa, pronto se producen concentraciones culturales entre las personalidades selectas e intensas, concentraciones que son el punto mismo de arranque de la genérica literaria, las fiestas cívicas y las artes, las disciplinas del placer superior, la exégesis homérica y hasta la falsificación órfica, sin que valga en contra la reiterada sospecha de que los tiranos distraían con esto a la opinión de la peligrosa zona política. Y esta conducta de protección a las Musas servirá de ejemplo a la democracia. Cortes poéticas que hacen pensar en los mecenazgos renacentistas, ellas crean alianzas superficiales entre dos niveles del privilegio, divierten a las masas, y dejan fuera a los altivos filósofos y también a los aristócratas de antigua alcurnia, que no pueden popularizar su virtud. Y estos dos tipos reacios, en razón de su alejamiento, significan asimismo un contrapeso educativo de largo alcance. Con el virtuosismo lírico de las intimidades, levemente descastado, contrastan las excepciones de Teognis y Píndaro, fieles a la emoción de la Polis y por aquí próximos a Esquilo. Es la hora de Anacreonte Íbico, Lasos, Práquinas, Onomácritos, Simónides; de los vestidos perfumados y las cigarras de oro en los cabellos. Esta hora cierra una etapa. La sangría de la guerra persa devolverá a los espíritus el temple necesario, sin por eso anular ya nunca el refinamiento adquirido.

VIII

La Paideia sigue su curso. La mente de Atenas nos aparece ahora entrevista a través de los cristales algo rudos de Esquilo. Si los nobles acabaron con los tiranos, no fue ya posible volver a la vieja anarquía feudal. Clístenes dio los primeros pasos en la democracia, sustituyendo los antiguos grupos de estirpes por la división puramente regional. Tal es la nueva república de Esquilo, la generación robusta de los maratonianos, capaz ya de humillar al persa y de soñar con la nunca plenamente logra-

da hegemonía ateniense. Su drama es el compendio de toda la experiencia adquirida, en religión, filosofía, arte y política, y se levanta a medio camino entre Píndaro y Platón, entre el héroe de la casta y el héroe de la libertad ideal, entre la sangre y el espíritu, entre el Estado como territorio y el Estado como idea, todo ello fruto de la victoria.

En la genérica literaria, la tragedia vino a ser también una síntesis que se beneficiaba de los acarreos de todas las formas anteriores, una respuesta del pensar ático al pensar jónico, una contrafigura digna de la antigua epopeya y que con ella se enlaza por una serie de procesos menores y temáticos.

La poesía viene a ser rectora del pueblo y hasta responsable de su conducta, mucho más que los gobernantes, y los trágicos desempeñan para el alma helénica una función semejante a la de los profetas judíos. La comedia, sin despegar los pies del suelo, acompaña a la tragedia como en sordina. Y la tragedia asume un carácter doble de escuela viva y de gran misa nacional.

La tragedia evolucionará poco a poco hacia los problemas de la persona, sin abandonar nunca definitivamente las cosas universales. En Esquilo, ella es todavía un misterio de los destinos que se entrecruzan en el alma del héroe, para hacerse visibles momentáneamente sobre la escena, sin que por eso deje de darnos atisbos y reflejos sobre ciertas contingencias actuales. En Esquilo hay toda una enciclopedia pasada y presente de la Paideia helénica, todo el universo humano descubierto hasta aquí por Grecia, y la grave conexión causal entre la desventura y la culpa, proyección a la larga distancia que atraviesa el corazón de generaciones inocentes, ráfaga del destino sobrehumano, cuyo soplo ya había estremecido a Solón.

Esquilo incorpora en su teatro aquella dialéctica terrible según la cual el bien lleva al mal, por lo mismo que provoca la insaciabilidad del disfrute, la Hybris que fue el “pecado” de los griegos, y según la cual el castigo o Tisis divina es la fuente del conocimiento verdadero. La felicidad es bella como estúpida: se ignora a sí misma y nada enseña. El bien se realiza expletivamente, por encima de los individuos. Eteocles muere a efectos de la maldición que pesa sobre los hermanos, pero antes liberta a su ciudad. Y Orestes, último representante de la venganza, se somete a la justicia institucional y es salvado por algo que ya podemos llamar la gracia divina. Prometeo padece, pero gana para los hombres una chispa de la lumbré celeste. El tema de Esquilo es que la victoria se compra

con dolor, es que la felicidad inmediata no puede ser la última razón de la conducta, es —ya— que sólo se salvan los que están dispuestos a perderse. De suerte que Esquilo, por el hecho mismo de juntar la fuerza acumulada, da un paso más y nos permite apreciar de un solo vistazo la cumbre de tormento y grandeza —Prometeo en la roca— hasta donde el pensamiento helénico ha logrado ya exaltar la imagen del Hombre.

En ningún género se descubre mejor que en la tragedia la función pública y cívica de la poesía griega. Con recurrencia periódica, como las estaciones del año y los ritmos cósmicos, presenta de una vez ante el pueblo la expresión de los anhelos comunes. Los distintos trágicos se funden en el conjunto, como más tarde los obreros de una sola y gran catedral. Y el griego estima tanto, si no más, la última elaboración artística como el invento de los embriones. Su valoración de la originalidad, tan diferente de la moderna, aprecia, más que la novedad, la perfección. Y a la perfección sólo puede llegarse encaramando ensayos en el mismo sentido, aunque esto signifique también viajar de polo a polo y rebasar el justo ecuador. Entre los apasionadores extremos de Esquilo y Eurípides, Sófocles viene a ser la armonía, el término medio que —como en la crítica de Aristófanes— se elimina a la hora de los contrastes.

El acabamiento estético de Sófocles es menos expresivo que el tosco arcaísmo esquiliano o el subjetivismo refinado de Eurípides. Lo que era pétrea rigidez en Esquilo y será, en Eurípides, trepidación nerviosa, es reposo en Sófocles. La estructura de la tragedia alcanza en él su elaboración suma, y por eso Aristóteles parece tenerlo siempre a la vista. Sus caracteres son canónicos: ni ya sobrehumanos, ni todavía demasadamente humanos. De aquí su importancia en la Paideia, escultura de hombres conforme a normas.

Lo envuelve, además, la mejor atmósfera de Atenas, el aura de la culminación histórica: ni ya la embriaguez de la victoria, ni todavía la sospecha de la ruina. Es la hora de Pericles y su ideal “urbano”. Mesura y madurez, conciencia del dominio perfecto, poesía y educación ensambladas. Los hombres son ahora objetos en sí, y no pretextos para que se haga visible la larga historia del destino; pero objetos que, empujados por el destino, buscan conscientemente su camino de perfección, su mejor postura para acomodarse al huracán cósmico. El dolor del hombre no es solamente el rescate agonístico de su victoria, sino algo nuevo: su orgullo, su ejecutoria de dignidad. Sólo el digno sufre. La oscilación entre la ley escrita y la ley no escrita, entre la institución y la piedad, viene a ser el

péndulo dinámico que descarga la energía sobrante y hace monumentos de las criaturas. Los padecimientos de Edipo aseguran la bendición del Ática. La ancianidad misma no es la caducidad lamentable de los seres, sino la noble vejez del vino, que los años purgan y acendran.

IX

Creado está el hombre de la Polis, tras un secular proceso que va desde el valor físico hasta el cívico. La Polis ha llegado a la mayoría de edad. Hacen falta nuevos medios de conservación y transmisión para esta cultura del pueblo, que no cuenta con el sistema organizado y hecho carne, propio de la educación aristocrática. El concepto de la comunidad de la sangre se expande en el concepto de la comunidad de la Polis. Las masas ingresan al Estado. Hay que vigilar la modelación de los espíritus directores. El gimnasio se apropia de la cultura física, antes privilegio señorial, y la da al pueblo. Esta pedagogía infantil debe ahora completarse con una pedagogía para adultos. Podría llamársela “Andreia” más que “Paideia”. La cultura intelectual, aprendizaje racional a pesar de Píndaro, que creía en su comunicación mística por la calidad hereditaria, necesita también contar con sus centros distribuidores. La “areté” del saber, como riqueza social común, encuentra su agencia en la obra de los sofistas. Pero, naturalmente, ella no trata de captar a la masa democrática entera, sino a sus futuros caudillos, carrera que estaba ya, en principio, al alcance de todos.

En estas enseñanzas de la sofística deben buscarse los orígenes de la ciencia social. Su técnica fundamental es el arte de la palabra, a través del cual opera la persuasión política. Pero la retórica no se entiende todavía como cosa puramente formal, sino que toma en cuenta los contenidos, las disciplinas filosóficas, artísticas y jurídicas.

Tal era la nueva virtud, que los sofistas enseñaban a cambio de dinero. El prejuicio contra la remuneración de la enseñanza no dejó de estorbar a los sofistas, y es característico del filósofo contemplativo de antaño, del aristócrata que no admite el aprendizaje de la virtud —negación de sus fueros— o del burgués opulento que no estima particularmente la cultura. La posibilidad de enseñar la “virtud” será más tarde puesta en duda por Sócrates y por Platón, pero éstos llaman ya virtud a una sabiduría de la vida, de tonalidad ética, y no a la maestría oratoria

que ofrecían los sofistas. Cuando esta maestría olvide los fines por los medios, su amoralismo latente o manifiesto explicará la reacción de los filósofos atenienses.

Entretanto, lo ético se da por aceptado y se insiste en el instrumento intelectual. En rigor, la educación sofista tiene tres fases, que más o menos se conjugan: la espiritual, que se refiere al ser mismo del espíritu; la enciclopédica, que se refiere a los contenidos y prácticas del saber; y la sintética, que Protágoras procura juntando en la orientación social las dos primeras fases, es el orden de los valores. Así se ve que hubo sofistas, como Gorgias, consagrados a los puros adiestramientos formales. Así se explica, también, que un día Sócrates y Platón exijan de la sofística una previa y más profunda investigación de la verdad, antes de proveer las armas a los discípulos, cuya alma puede no estar aún suficientemente formada.

La sofística, pues, se inspira sobre todo en un propósito educativo y, en cuanto a doctrina filosófica, no se deja reducir a un solo sistema. El que Protágoras haya esbozado alguna teoría que lo emparenta más o menos con Anaximandro, Parménides o Heráclito no justifica ciertas generalizaciones apresuradas que pretenden considerar a los sofistas como fundadores del subjetivismo o del relativismo. Y aun cuando las preocupaciones antropológicas fácilmente se descubren en los presocráticos, tampoco parte de ellos de modo directo la orientación educativa de los sofistas. Aquéllos son teóricos; éstos, prácticos. Su tradición procede de los poetas educadores: Homero y Hesíodo, Solón y Teognis, Simónidas y Píndaro. Igualmente, puede decirse que transportan de la poesía a la prosa el arte poética, el cuidado de la perfección formal. De los poetas a los sofistas corre en línea recta el desarrollo de la racionalización de los ideales normativos. Por eso, también, los sofistas fueron los primeros intérpretes asiduos de la poesía, aunque en general con más atención para la utilidad que no para la estética.

El alto predicamento de que llegaron a gozar demuestra hasta qué punto correspondían al anhelo de la época. El que su profesión les ganara el sustento prueba que su oferta tenía demanda. Como las ciudades y las cortes se los disputaban, viajaban por todas partes y disfrutaron de una independencia que los poetas adscritos a los tiranos nunca conocieron. Por la multiplicidad de sus apetitos intelectuales se los compara con el “hombre universal” del Renacimiento. Y aunque el primer efecto de su acción humanística fue el suplantar la ciencia, en el sentido que, du-

rante los tiempos modernos, la suplantando la pedagogía, la sociología y el periodismo, también entonces, al igual de ahora, este traslado de intereses abre el camino a la verdadera filosofía ético-política como cosa distinta de los conocimientos naturales. Cuando, un siglo después, se acentúa el confinamiento formal de la sofística, sobrevendrá sin remedio el duelo entre la filosofía y la retórica.

La educación supone naturaleza, enseñanza y hábito (o segunda naturaleza). Los sofistas se aplican singularmente al lenguaje, al discurso y al pensamiento. Fueron los primeros en hablar de gramática, retórica y dialéctica. Ellos preparan la teoría de la prueba que Aristóteles codifica. Los excesos erísticos y juegos del pro y el contra a que más tarde se entregaron son la enfermedad de su virtud. El “trivium” de la gramática, la retórica y la dialéctica, unido al “quadrivium” de la aritmética, la geometría, la música y la astronomía, forma el cuadro de las siete artes liberales que, a través de los claustros de la Edad Media, llega hasta los liceos modernos. Tal cuadro es todavía herencia de los sofistas, aun cuando ellos confundieran el “quadrivium” bajo el nombre común de “mathémata”. Y lo que hoy llamamos la matemática, objeto de investigación para los pitagóricos, es por primera vez instrumento de la pedagogía en los sofistas. *Grosso modo*, el “trivium” era la educación formal; y el “quadrivium” o “mathémata”, la real; práctica aquella, teórica ésta. El valor de la teoría pura en la educación es idea menos inmediata de lo que hoy nos parece. Los sofistas la traen a la educación ática, obrando como mediadores entre ésta y los contempladores jonios, gente admirada con un poquillo de sorna. Los diversos métodos empleados por cada sofista no nos interesan aquí.

La más alta concepción de la sofística, en Protágoras, considera que la evolución humana tiene tres etapas: la prometeica o técnica, robada al cielo por el titán; la jurídica, don de Zeus a los hombres, sin la cual nada aprovecharía la primera; y finalmente, el arte político de la sofística, que perfecciona la segunda. La primera es patrimonio de especialistas, y lo mismo llevaría al bien que al mal, profunda idea que comprobamos en los días presentes; la segunda, patrimonio de todos los hombres, hace posible la sociedad; la tercera crea, mediante la educación, una nueva especialidad técnica, pero de carácter general (entiéndase, político) y, al perfeccionar el Estado, garantiza su preservación. Más tarde, cuando el Estado de tipo ateniense y cívico desaparece, este humanismo político será sustituido por el humanismo estético. Cuando Platón trasciende los

límites del primer humanismo, propone, en lugar de la sentencia de Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas”, esta otra sentencia: “La medida de todas las cosas es Dios”.²

Esto conduce a otra fase de la cuestión: cultura y religión, antes vinculadas íntimamente, se desligan en la sofística, al punto que Protágoras insiste en la educación consciente, a la vez que deja en la sombra, como inabordables, los problemas divinos y el enigma de la teodicea. Se trata de una retirada estratégica hacia la última fortaleza humana, para salvar el sentido social ante la crisis del pensamiento religioso. En tal concepto, la sofística es sólo una solución transitoria e incompleta, cuyo último fundamento aportarán, aunque en forma polémica, Sócrates y Platón. El primero la encamina a medias; el segundo la acaba, volviendo al sentimiento religioso más antiguo y más fuertemente impreso en los estratos del pueblo griego.

Al abandonar el privilegio de la sangre y aceptar la dignidad igual de los hombres, los sofistas adoptan la idea de la naturaleza humana descubierta y elaborada por la ciencia médica. Ésta, superada ya la etapa de los curanderos y exorcistas, ha entrado en la senda de la generalización científica y ha logrado incorporar al ser humano en el cuadro de la vida. La naturaleza humana (alma y cuerpo) es el suelo en que la educación puede sembrarse con provecho, si se respetan sus condiciones y sus leyes. (Nuestra palabra “cultura” es derivación del símil agrícola que más tarde desarrollará Plutarco, fundado sin duda en los sofistas.) La imagen que el sofista tiene de la naturaleza humana está penetrada de optimismo: el hombre es apto para el bien, y la inclinación al mal representa una anomalía, una rareza. Noble candor que combatirá la crítica cristiana, al mismo modo como Burckhardt lo combate en Rousseau. Según Jaeger, entre el optimismo educador del sofista y el pesimismo cultural de la “areté” aristocrática, que lo mismo hallamos en Píndaro, en el plebeyo Sócrates o en el prócer Platón (la duda sobre la aptitud de las masas para la ilustración, duda que por lo demás no es constante, en Sócrates al menos), vendrá a ocupar el término medio la doctrina cristiana del pecado original del Hombre.

La concepción de Protágoras (también de Pericles o de Tucídides) conforme a la cual el Estado es ante todo una institución educativa,

² El término “humanismo”, en la Europa moderna, vino a designar simplemente el estudio de la Antigüedad clásica. Hoy se vuelve al concepto de la responsabilidad social en el nuevo humanismo.

aunque se declara inspirada en el ejemplo de Esparta, sólo se dio plenamente en Atenas. Pero acaso por la inclinación del fiel que allá determinó el peso de la espada, la sofística nunca abogó explícitamente por la educación estatal, con instintiva penetración del peligro, sino que prefirió el sistema de los arreglos privados entre maestros y discípulos.

El discurso sobre la educación de la infancia y la juventud, que pone Platón en labios de Protágoras, influyó sin duda en Quintiliano.³ Como Quintiliano, el viejo sofista acompaña al hombre en formación, desde los brazos de los padres y la nodriza, pasando por el gimnasio, hasta el roce modelador con las fuerzas de la ciudad, roce que espera al joven y determina su verdadera integración cívica después que abandona la escuela. Si el maestro enseña a no escribir torcido, la ley enseña después a no obrar torcido; y el castigo es interpretado, a la moderna, como un correjimiento, que sólo para los incurables puede extremarse hasta la segregación o la muerte.

Volvamos a la teoría del Estado, cuyos dos polos son el poder (consultar a Burckhardt)⁴ y la educación (medítese en Protágoras). Precisamente en tiempos de la sofística se produce la crisis que va del segundo polo —el Estado para la justicia— al primer polo —el Estado para el dominio—. Pero no por culpa de los sofistas, como equivocadamente se ha dicho, sino debido a las circunstancias históricas. Desde la victoria contra el persa, gana terreno la idea democrática, la cual reduce la noción de justicia a la noción de mayoría. El mando único de Pericles sólo se sostiene con concesiones a las masas. Los oligarcas, vencidos, atizan el fuego de la sublevación y amenazan con el desquite, aunque entre disimulos y adulaciones al nuevo poder, que llegaron a ser grotescos.

Esto, mientras el poder tenía éxito en la acción internacional de Atenas. Pero la guerra del Peloponeso opaca este prestigio, y los oligarcas pueden esgrimir entonces contra la democracia las armas mismas preparadas por la sofística. La lucha de los partidos va acompañada de un torneo espiritual. El fundamento divino y tradicional del Estado, ahora convertido en fundamento de razón y de naturaleza, se ve atacado en sus cimientos. El mundo social puede ser un accidente mecánico de la fuerza. El universo —que sigue siendo el círculo determinante de lo humano— se equilibra para unos en la igualdad, y en la desigualdad para

³ A.R., *La antigua retórica*, México, 1942.

⁴ A.R., *Grata compañía*, México, 1948, pp. 117 ss.

otros. Aun en la conciencia de Platón se ha insinuado ya la duda, según lo refleja el *Calicles*. La ley —dice allí el personaje figurado que tiene algunos rasgos del histórico Critias— es una limitación artificial con que los inferiores han maniatado al superior. Critias, en efecto, llega a declarar en su *Sísifo* que los dioses mismos son invenciones de los hombres para obligar al respeto de la ley. El hombre ha contrariado a la naturaleza. El golpe de Estado de la aristocracia encuentra su justificación teórica, y aunque pretende obrar en nombre de la tradición, echa por tierra todo el edificio que ésta venía levantando.

De paso, y de modo paradójico, se prepara así el cosmopolitismo helenístico que, teóricamente, disuelve la Polis en la Homonoia, las ciudades particulares en la ciudad universal, grata a los futuros estoicos. Por un lado, prédica de la desigualdad natural en Calicles; por otro, en Hipias Elitano, prédica de una igualdad mucho mayor que la concebida por la democracia ateniense. Antifón sostiene la equivalencia de bárbaros y griegos, y nivela todas las diferencias sociales. Para él, la ley es apariencia, y la naturaleza, verdad. A uno y otro lado, labor de zapa contra el orden existente, ya de parte de los oligarcas, ya de los igualitarios extremos. La proliferación legislativa y con frecuencia contradictoria daba argumentos a unos y a otros. La eterna pugna entre la disciplina pública y la independencia privada daba estímulos al conflicto. La fábula que pone Platón en la *República*, el anillo de Gyges que hace invisible al que lo lleva, es un eco de la controversia suscitada por los que pretenden que la ley humana puede violarse sin testigos, mientras que no puede nunca violarse la ley natural. A este nuevo y peregrino fundamento del Estado en la hipocresía, opone Demócrito su teoría del “aidós” o íntima vergüenza. Entretanto, sobreviene la ruina, que la sofística no produce sin duda, pero sí la acompaña como una estéril sombra. Su impotencia procedía, ya lo dijimos, de su apego a la envoltura formal y su creciente indiferencia para los contenidos ideales.

X

Entre Sófocles y Eurípides va una diferencia de veinte años. La sofística, por una cara, contempla con arrobamiento el paradigma sofocleano de la escultura humana, la integración armoniosa de la persona; por la otra cara, contempla el mundo escindido y contradictorio de Eurípides.

El individualismo que cunde como yerba entre las ruinas del bosque del Estado no está ya dispuesto al sacrificio en aras de la comunidad, cuando el sacrificio no compensa. Si ya desde Pericles el éxito de las empresas privadas fomenta este encariñamiento egoísta, la guerra del Peloponeso, con sus amargas, acaba de desarrollarlo, aunque ahora en especie de exasperación y escepticismo. Tucídides, en su acerbo análisis, trae una página de profundo valor semántico, donde, por la evolución en los significados de las palabras, hace ver cómo ahora los antiguos respetos provocan a risa y lo que era indecoro en otros días corre por moneda de ley.

Pero es tal la complejidad del espectáculo humano, que la descomposición ya en curso resulta compatible con un notable desarrollo intelectual y estético, el cual, empujado por su inercia, prende fácilmente en el individualismo social. El tono de la literatura demuestra que se contaba con una gran comprensión y un singular conocimiento por parte del público, aun en las formas de apariencia más chocarrera, como las parodias cómicas, impregnadas de erudición. Atenas, bajo la política cultural de Pericles, se había convertido rápidamente en emporio de la gente escogida, centro atractivo de la filosofía y la ciencia, y junto a su refinamiento resulta pálido el espectáculo de la arcaica Jonia, con todos sus arrestos de independencia metafísica y sus audacias líricas. Si la antigua cultura aristocrática era algo rural, hoy la urbanidad distingue nítidamente al ciudadano del campesino. En Atenas se dan cita astrónomos y musicólogos. El Pireo es reconstruido conforme a planes racionales que anuncian el moderno urbanismo. Los “symposia” orgiásticos de otros días son ahora verdaderas fiestas de inteligencia, en que reinan la libertad de la palabra y del juicio. Los sofistas provocan una expectación parecida a la que hoy rodea a los insulsos astros del cine. La burla que la comedia hace de los “intelectuales” —y que corresponde en otro plano a las escenificaciones algo irónicas con que Platón aderezará sus diálogos— muestra el mucho campo que ellos ocupaban en la imaginación de la gente. Sólo se sustraían al deslumbramiento de Atenas algunos investigadores puros, u hombres tan excepcionales como el universal Demócrito, que exclamaba burlescamente: “Fui a Atenas y nadie me conoció”. Es la época de “las Luces”.

Bajo este engañoso fulgor, late la pugna entre la antigua disciplina estatal y el creciente individualismo, el cual tiene garantía en la costumbre mucho más que en las instituciones legales. Así, entre las tolerancias

democráticas, saltan notas discordantes a modo de síntomas de inquietud: ataques aislados contra los sofistas, proceso de “asebia” contra Anaxágoras, dirigido en el fondo contra su protector Pericles, etc. La anarquía en germen explica la actitud acusatoria que pronto adoptará Platón.

En el combate que se avecina, toman posiciones el historiador de las guerras helénicas, Tucídides; el reformador de la moral y la religión, Sócrates; y el “poeta de la Ilustración griega”, Eurípides. En el primero, encuentra su cabal expresión el Estado racional, al tiempo que inicia su decadencia. En el segundo, la noción del Estado queda en penumbra —para sólo revelar un peso profundo cuando el filósofo prefiere la muerte a la violación de las leyes— y aparece a plena luz la preocupación por la vida y la persona humanas, agitadas por inquietudes nuevas. Su duelo contra los sofistas, de quien es como un perfeccionamiento y no una mera contradicción, es el duelo de la filosofía ética contra el formalismo retórico y ya tocado de charlatanería política. En el tercero hallan ancha salida las revoluciones sentimentales de la época, alterando los cánones trágicos a la vez que continuando la ambición de la poesía por erigirse en guía de los pueblos, y dando su molde perdurable a la lengua que inundará el mundo helénico. El demonio que a los tres agita es el demonio de la investigación. La investigación, según dice Tucídides, es la muerte del mito. Así se aprecia en la práctica de Sócrates. Y en Eurípides, la fábula estereotipada se verifica con la sangre de la experiencia real. Ante Eurípides no se podía ser indiferente. Su obra adelantada con esfuerzo, entre un espinero de polémicas, y su triunfo es tardío y difícil, aunque lo compensa el ensanche panhelénico que alcanzó.

Realismo burgués, retórica y filosofía son para Jaeger los tres elementos nuevos de la obra de Eurípides. El aburguesamiento obra entonces como hoy la proletarización. La presencia del mendigo en la escena causa escándalo. La sociedad muestra lo artificial de su urdimbre. El matrimonio es discutido. Los problemas sexuales se atreven a pedir el voto. Medea, mujer bárbara, ayuna de sentido social y exenta del primor ateniense, muestra al desnudo, reducido al mínimo, el combate del amor, en que domina Jasón, el más fuerte, como en el mundo bravío de la naturaleza. Ella es pasión, él es cálculo, de suerte que el peso heroico del mito resulta invertido en la tragedia. Que los héroes razonaran y partieran cabellos en dos como los intelectuales de entonces es cosa que hacía reír a los atenienses. El aburguesamiento, en el *Orestes*, empuja ya la tra-

gedia a la transición tragicómica (el final en doble matrimonio), mezcla grata a los contemporáneos, como —según la frase de Critias, poeta y político de la misma época— lo es cierta dosis de confusión entre las condiciones femeninas y las viriles.

Al aburguesamiento del mito corresponde la penetración del lenguaje de la prosa en el lenguaje poético. Si la poesía tuvo influencia en los orígenes de la prosa, ahora ésta reobra sobre aquélla. En la escena de Eurípides hace su aparición la retórica con argumentos, discusiones y formas lógicas que recuerdan los torneos oratorios y hasta los pleitos judiciales. Si el Edipo de Sófocles se defiende porque, aunque culpable, es inocente de sus delitos; si, antes, el castigo puede herir, por fatalidad, aun a las generaciones que no participaron en el acto antaño maldito, ahora las figuras de Eurípides se levantan contra la injusticia del destino, y además, se arriesgan a la defensa paradójica del adulterio o de los deslices fundados en la pasión. Todo ello, alarde sofisticado, técnica de la discusión que se tenía por más consumada mientras más perdida parecía la causa; en el fondo, algo más: mutación de los valores morales. Y en el orden genérico, anuncio de la futura disolución de la poesía en la oratoria.

En cuanto a la invasión de la filosofía en la poesía, no se trata del pensamiento filosófico, que esto la poesía lo contuvo de todo tiempo, implícito en su propia sustancia y en unidad con el mito y la religión. Sino que ahora aparece como elemento intelectual, racionalizado y dialéctico, que, habiendo desarrollado fuera de la poesía su cuerpo y sus músculos propios, vuelve a ella desde fuera y como una incrustación extraña. No importa que los personajes sostengan doctrinas contradictorias, lo cual como Platón explica es propio de la imitación poética de la vida, sino que no pueden dar un paso sin echar por delante alguna tesis y todos nacen como educados en las aulas de la filosofía. El mucho saber les ha enseñado a dudar mucho, y cuando en su desesperación, como Hécuba, imploran “al inaccesible, quienquiera que sea, ley del mundo o invención humana”, recuerdan a nuestro poeta, cuando dice: “Señor, tenme piedad aunque a Ti clame sin fe”. Notable es la ambigüedad entre la seriedad de la duda y la frivolidad de descolgar al dios en escena para que venga a resolver el conflicto. Como en su sociedad misma, hombres de todas condiciones y edades se dan cita en el teatro de Eurípides para discutir todas las tradiciones, desenmascarar a los héroes humanizándolos hasta donde su grandeza padece, y poner a debate las

normas más sagradas, si no con intento didáctico, sí como la expresión del contenido subjetivo de la época.

Además de esto, el elemento de intimidad lírica, al modo jonio y eolio, que la tragedia atajó en sus orígenes, para devolver así la poética a la función educadora de la colectividad (aunque conservándolo en la válvula de explosión del coro), pasa ahora del coro al personaje y hace confluír la tragedia con la lírica. El aria se ha vuelto parte del drama. Y la investigación científica de su tiempo permite ya a Eurípides entrar en la psicología humana, hasta en casos de anormalidad y locura, con una piedad y una intensidad poética que en nada se parecen a las toscas interpretaciones antiguas de la posesión demoníaca. Eurípides, poeta de la crítica racional, ahonda como ninguno en la irracionalidad del alma y en la crueldad del mundo, que no parece haber tenido en cuenta la humana felicidad; y como le importa el problema eterno de la vida y no el accidental de la ciudadanía, naufraga en un escepticismo que sólo parece aliviarse, al final de sus días, en la borrachera mística de *Las bacantes* y el retorno a la fe sencilla de la tierra. Su poesía nos revela un mundo nuevo, el futuro mundo de los griegos. Ama su audacia y su libertad, aunque sabe que a ellas debe su sufrimiento. El pequeño Cosmos armonioso fabricado por la abeja humana se le ha deshecho en un océano de naturaleza tempestuosa, donde los mortales flotan como corchos ligeros. Los sacerdotes de la antigua Paideía no podrían perdonarlo. El mundo helenístico, el de mañana, lo adorará como a un dios.

XI

Comedia y tragedia se completan, al modo como la gravedad y la risa representan los extremos de la escala del alma. La epopeya homérica, que tantas tragedias contiene en germen, también trae en su caudal algunos latidos de la futura comedia, sin que sea necesario acudir al discutible poema burlesco *Margités*. Así, en la *Iliada*, el pasaje de Tersites o el chasco de Ares y Afrodita, cogidos en la trampa de Hefesto entre las carcajadas de los Olímpicos. Sócrates, Platón y Aristóteles, con distintas palabras y en distintas aplicaciones, reconocen esta integración necesaria entre la poesía trágica y la cómica, pero es innegable que la risa fue siempre tenida por mero condimento y cosa adjetiva y secundaria. La tragedia, de modo general, más bien contempla lo sustancial y eterno; la

comedia, más bien lo contingente e histórico, aun cuando arranque de impulsos inerradicables de la humana naturaleza. La comedia ática especialmente, por lo mismo que confluyen en ella elementos tan complejos venidos de muchas direcciones —la borrachera dionisiaca, las burlas plebeyas y campesinas, los disfraces animales, las danzas y canciones fálicas—, alcanza una riqueza que no pudieron alcanzar otras formas más limitadas, como las representaciones de Epicarmo en la Sicilia dórica o los Mimos de Sofrón. Las libertades atenienses le permiten pleno desarrollo. Y aunque la mayoría de los cómicos de Atenas se queda en el nivel del costumbrismo satírico, muy sazonado de bufonadas, Aristófanes, desde la comedia, compite con la poesía trágica en cuanto a la ambición de educar y orientar al pueblo por medio de la escena, proponiéndole utopías y modelos ideales, sin abandonar por eso —antes exaltándola al nivel de un acto público trascendente— la polémica sobre la conducta del Estado y sus directores. Resulta de todo ello que conocemos la época descrita por la comedia ática mucho mejor de lo que conocemos la vida en épocas más recientes, aun cuando para éstas poseamos abundancia de testimonios arqueológicos. Pues la arqueología nos da instantáneas, hitos estáticos, pero no el movimiento mismo del espíritu, que sólo encontramos en la poesía.

Aristófanes dirige su sátira sobre los objetivos de la política, la cultura y la educación, y el arte; esto último con tal independencia de todo criterio no específico, que Aristófanes es ya el primer crítico literario en el sentido moderno de la palabra.

Todos saben que su censura de la democracia es constante; pero más bien debe considerárselo como un testigo de los malos hábitos deslizados en la evolución democrática de Atenas. Así, en punto a política, cuando Cratino llamaba a Pericles “Zeus el de la cabeza de cebolla”, hacía un simple chiste, respetuoso en el fondo. Pero cuando Aristófanes cae sobre Cleón, imputándole su vulgaridad personal, que trasciende a la política hipócritamente imperialista que éste preside, se trata ya de una verdadera acusación; y es natural que, para defenderse del arribista poderoso, el poeta se apoye en los oligarcas influyentes, quienes también detestaban al arribista y habían recobrado algún valimiento desde las guerras de invasión. El espíritu, desterrado ya del gobierno, se ha fortificado en la escena, y ataca de ahí a los que, sin mérito ni alteza, detentan el poder, condenándolos a vender salchichas de perro mezcladas con estiércol de burro. El insistir en la antigua grandeza no

significa precisamente el deseo ni la esperanza de resucitar los tiempos idos: es el resorte natural de la sátira. Como decía Goethe, nos complacemos en evocar las virtudes de los abuelos, y sonreímos ante sus defectos, que nos parecen cosa inocua y ya superada. La sátira, sólo festiva en apariencia, lleva en la entraña la patética lucha entre la comunidad y el individuo, la masa y la inteligencia, los pobres y los ricos, la libertad y la opresión, la tradición y la ilustración, y todo ello se proyecta, como un suspiro, hacia la libérrima y etérea república de *Las aves*.

En punto a cultura y educación, caemos en el costumbrismo, la crítica de los malos modos y los malos modales, la adulación, la sofistería decadente, la manía de perder el tiempo pleiteando o haciendo de juez —tema predilecto de Teofrasto—, las excentricidades humanas. Cierta buen sentido popular, y hasta rústico, parece aquí alzarse contra exquisitices que sólo enflaquecen el ánimo para las ásperas luchas del trabajo y del beneficio común. Lástima que, por su mismo atractivo, Sócrates haya venido a ser la víctima propiciatoria de esta sátira. Aristófanes jamás pensó en levantar contra el filósofo un proceso de delación jurídica. Abusaron de sus intenciones quienes, años más tarde, ausente Aristófanes o ya desaparecido, desenterraron *Las nubes* como un documento de prueba contra Sócrates. Aristófanes se lanzó contra el bulto de más peso, sin reparar en las consecuencias funestas —ni era posible que las adivinara— de atribuirle rasgos que para nada corresponden, ni en las costumbres y ni siquiera en las teorías filosóficas que pone en sus labios, al Sócrates de la realidad. Culpa involuntaria, la posteridad la perdona. A fuerza de apurar sutilezas, la atmósfera, cargada de especies contradictorias, hacía dudar de la validez de la razón como norma de la conducta humana, y despedía un fuerte olor de escepticismo, cuyos peligros no escapaban a la clarividencia de Aristófanes. ¿El Logos injusto tenía ya permiso, por motivos puramente técnicos, de triunfar sobre el Logos justo y atraer a su pernicioso escuela los anhelos de la juventud? ¡Pues Aristófanes protesta en nombre de la salud pública! ¡Volvamos a la vida varonil y heroica, a la vergüenza, al respeto de la ley, y dejémonos de tiquismiquis dialécticos, de charlatanería en los mercados, de muelles y comodidades que ablandan la voluntad y el cuerpo! ¿Veis ahora por qué, sin remedio, Aristófanes estaba condenado a enfrentarse con Eurípides, el poeta de los torbellinos pasionales? En verdad, la cultura, base de la política, es la mayor preocupación de Aristófanes, y sobre ella gravita cada vez más su pensamiento, conforme la situación pública se

va haciendo más desesperada hacia el final de la guerra del Peloponeso. Ya no halla para qué insistir en el desastre que todos palpan, que sería una crueldad estéril: hay que ir a la causa, al remedio único de los males. Incapaz de empuñar al vivo las actualidades y de llamar al pan, pan, y al vino, vino, se diría que la tragedia se retira por el fondo, dejando a la comedia esta terrible incumbencia educadora. Cuando Aristófanes convoca las sombras de Esquilo y Eurípides para traerlas al tribunal del pueblo, hace ya una obra de hombre de Estado que se esfuerza por salvar a la patria.

En materia de crítica artística, aunque ya hemos dicho que Aristófanes por primera vez la emancipa, al discutir las condiciones generales de la poesía y las particulares excelencias que deben tener el drama y cada una de sus partes, no se crea por eso que abandona el punto de vista ético y político, en que desemboca al fin su apreciación. La misión de la poesía es, en definitiva, la salvación del hombre. Orfeo contra el homicidio, Museo contra la enfermedad, Hesíodo contra la culpable negligencia, Homero contra la cobardía, tales son sus enseñanzas finales. El dios Dionysos vuelve el rostro al viejo Esquilo y le pide que acuda en salvamento de la ciudad amenazada. La comedia para en tragedia.

XII

Entretanto, ¿qué había hecho la historia? ¿Cómo recogía el pensamiento griego la experiencia de su carrera terrestre? La "historia", entendida por los jonios como una investigación del Cosmos, es, en Hecateo, una investigación de la tierra habitada. En su obra se mezclan anales y genealogías, geografía humana, descripciones étnicas, interpretación de leyendas, mitos. El asunto es todavía un cuadro algo estático de los pueblos y no se aprecia la marcha del suceder propiamente histórico. Pero se ve que la racionalización filosófica ha lanzado un haz de luz sobre la materia de la antigua epopeya. En Heródoto, el héroe es el hombre mismo, aunque sumergido en la ciencia de los pueblos y todavía envuelto en la fábula. El abigarrado panorama se unifica en torno a la lucha de Oriente y Occidente. La narración va desde los días de Cresos, el legendario lidio, hasta las guerras persas. El Asia Menor helenizada, cuna de los destinos de Europa, es el foco de su atención preferente. Tucídides es ya el historiador de la actualidad viva. Sus ojos están puestos en Ate-

nas; su ideal, en la Atenas de Pericles, escuela del mundo helénico. En comparación con Heródoto, el campo de Tucídides es limitado. Su Polis griega es diminuta. Pero como ella viene a ser el resumen de la evolución anterior y el centro genético de la futura, la obra de Tucídides asume mayor profundidad y orientación más clara. La guerra del Peloponeso se le ofrece como un enigma cargado de destinos. Para entenderla y explicarla, toma la pluma. Es el primer historiador político.

Acudir al pasado para plantear el problema del presente, buscar en la acción política las causas puramente humanas, establecer —si es posible— algunas líneas de previsión, tal es su empresa, nunca hasta entonces desarrollada sistemáticamente por la historiografía con un sentido que podamos llamar moderno, exento de nebulosidades místicas, de prejuicios sentimentales, de convenciones, y libre de toda coerción doctrinaria. Para alcanzar esta concepción era indispensable que la mente de Tucídides hubiera sido fertilizada previamente por todas las tradiciones de la cultura anterior: la filosofía física y el naturalismo jonio en general, la ciencia social de los sofistas, las formas expresivas y rápidas de la exposición en la orientación definitiva que han alcanzado las artes plásticas. Veámoslo por partes.

El objetivismo de los antiguos físicos inspira una explicación científica de la historia, en cuanto la considera como hecho natural que debe ser presentado en su suceder verídico y fuera de toda pasión o simpatía. Pero Tucídides no trata de buscar la verdad teórica o doctrina del universo, a la manera de Platón o los jonios, sino, a la manera propiamente ática, las razones prácticas de la conducta. Tal vez así sea posible descubrir el proceso vital de las sociedades, resultado éste de valor permanente que podrá autorizar la previsión del futuro, puesto que se admite que nuestra naturaleza es siempre la misma. Tesis contraria al historicismo contemporáneo, el cual insiste en la constante creación dinámica y en la constante mutación del agente. La persona humana fue considerada por Tucídides sólo como un equilibrio de normas generales. Pero estas normas no son de carácter espiritualista o materialista, antes de carácter eminentemente político. De todas suertes, establecen un supuesto pragmático o de posible aleccionamiento por la historia, al dar por sentado que en ella opera la ley natural: a iguales causas, iguales efectos. Aunque los orígenes de esta noción sobre la legalidad de la historia se encuentran ya en el pensamiento de Solón, ella nos aparece ahora profundamente cualificada y matizada por la dialéctica de los sofistas. Además, el

campo de experimentación se ha ensanchado hasta la vida internacional, en tanto que Solón únicamente tenía a la vista el perímetro de Atenas, o en todo caso, el de un solo grupo social que se desenvuelve conforme a sus energías interiores.

El curso de la historia, en Tucídides, resulta regido por leyes inmanentes, y no por tales o cuales doctrinas religiosas, filosóficas o éticas. Una vez establecidos los hechos, se inducen ciertas generalidades independientes de todo sistema del pensamiento teórico. El historiógrafo queda emancipado y encuentra el camino de la imparcialidad; pero el hombre histórico queda sujeto. La acción política sólo recibe su eficacia —según puede verse en el ejemplo de este nuevo tipo de hombre, que fue Temístocles— de la claridad de juicio y la previsión.

Cuando Heródoto rastreaba los motivos que provocaron la pugna entre Asia y Europa, de que las guerras persas son el último acto, cedía a la tendencia, vieja como el mundo, de imputar culpas particulares. Para Tucídides, la guerra del Peloponeso obedece a una causa superior a las culpas, y es el creciente poderío de Atenas que amenaza el antiguo poderío de Esparta. Este discrimen revela la influencia de la lógica hipocrática, o la medicina en general, la cual enseña a distinguir entre la causa y el síntoma.

Verdad es que Tucídides echa mano de una convención poética que parece poner en resalte la acción individual como motor de la historia: los discursos y diálogos de los personajes, las ciudades y los partidos. Pero en tal recurso debemos ver solamente una utilización económica de las formas aprendidas en la tragedia. Mediante este procedimiento, Tucídides logra fácilmente presentar los ambientes de opinión, aclarar el sentido de las motivaciones, desenmascarar las apariencias y hacer explícitos los silencios documentales. Merced a ello, el estrago de las armas pasa a segundo término y la guerra descrita nos aparece como una lucha espiritual. La pesada Esparta y la ágil Atenas se enfrentan como dos maneras humanas, y todavía no se dan cuartel en el corazón de los hombres.

Y así como las artes plásticas, según puede verse en las conversaciones de Sócrates con los pintores y los escultores —recogidas por Jenofonte— se han orientado a la generalidad, al paradigma, mucho más que al retrato fiel de la persona, así los discursos y diálogos de Tucídides buscan más bien una veracidad de saldo histórico, mucho más que la veracidad literal sobre las palabras pronunciadas. Su composición tex-

tual es libre invención poética del historiador; y su relación con lo que de veras pudieron decir en cada caso los estadistas y capitanes es la misma relación que guardan los dioses de Fidiás con los modelos que sirvieron para la escultura.

Tucídides siente que la historia humana ha llegado a una crisis definitiva con las guerras del Peloponeso. La causa que las impulsa se proyecta sobre los hechos como una fatalidad, saltando sobre los años de la tregua e hilvanando las dos guerras en una sola, como aparecerán a los ojos del historiador futuro nuestras dos Guerras Mundiales. Ante este conflicto, todo lo anterior es mera prehistoria. La parte de su obra conocida bajo el nombre de "arqueología" no es más que un prólogo para llegar a la actualidad. La fuerza sintética de estas páginas, que todavía son motivo de asombro, procede del apego con que se sigue la idea inspiradora: el poder político. Como meros instrumentos de éste, se hace referencia a la cultura, a la técnica, a la económica, a los hechos militares. El proceso desemboca en la creación de grandes capitales y riquezas esparcidas por todo el mundo y enlazadas por la fuerza marítima. Bajo el resplandor poético y moral de la epopeya homérica, se buscan los datos sobre las instituciones y las técnicas navales y bélicas del pasado. Tras la talasocracia de Minos, viene la hegemonía de Agamemnon. La guerra de Troya, primera empresa marítima de alto estilo, revela ya una inmensa acumulación de riquezas y flotas. Se describe a grandes trazos el desarrollo ulterior. Sobrevienen las guerras persas. Los inolvidables servicios de Atenas a la libertad del pueblo griego, y su papel decisivo en las victorias de Maratón y Salamina, son las raíces de la preeminencia ateniense. La voluntad misma de los aliados, ya de las islas o del Asia Menor, transforma esta preeminencia en hegemonía. Esparta se ve suplantada en su tradicional función de primera potencia griega. Aparte de motivos coadyuvantes, como la ambición o el interés, el temor a Esparta obliga a reforzar cada vez más el poderío ateniense, precaviéndose contra las posibles defecciones de los aliados. Atenas se encamina poco a poco hacia una rígida centralización, que convierte en súbditos a los estados de la Liga. Por un instante, los espartanos resultan representantes de la libertad y el derecho y pueden polarizar la simpatía de Grecia, pues la fuerza ha cambiado de dueño, pero no sus métodos y efectos.

Si Jaeger se hubiera decidido a trazar el esqueleto de la Paideia como una tesis escueta, dejando de lado la carne que lo reviste, su libro no

sería tan hermoso y tal vez no parecería tan justificado. El excelente análisis que consagra a la obra de Tucídides, y que fácilmente podría completarse con el capítulo respectivo de J.T. Shotwell en su *Historia de la historiografía* y con el libro especial de J.H. Finley Jr. (*Thucydides*),⁵ no deja percibir claramente el sitio que ocupa Tucídides en el viaje del pensamiento griego hacia la modelación del Hombre y del Estado. Da los elementos para ello, pero no llega a conclusiones expresas. Las intentaremos, esforzándonos por no traicionar su pensamiento.

Burckhardt decía que el poder lleva su condenación implícita en su misma insaciabilidad. Cuando Alcibiades se propone embarcar a los atenienses en la funesta expedición de Sicilia, les dice —y su discurso es una de las invenciones explicativas de Tucídides— que ya no es hora, para Atenas, de discutir semejantes empresas conforme a razón; que, una vez en el camino del poderío creciente, no queda más que continuarlo; que toda vacilación y todo alto significarían la ruina. Tal es el viejo pecado de “la Hybris”, de la ambición exorbitante, de la extralimitación, que Tucídides manifiestamente condena en sus efectos. Añádase a esto su noción descriptiva sobre la legalidad inmanente del poder político, poder que Tucídides no censura en sí mismo y ni siquiera juzga, puesto que le parece el orden real de la historia, pero que sí resulta castigado en sus desvíos como en una moraleja tácita del relato; añádase aquella oscilación patética entre Atenas y Esparta que, aunque superior a la voluntad inmediata de los individuos, deja a salvo la simpatía del hombre griego por el derecho y la libertad; añádase el terrible alegato por el derecho de la fuerza en el simbólico diálogo de Atenas y Melos, que la conciencia de los mejores atenienses recordará siempre con rubor; añádase el sobrio examen de la hipocresía jurídica y la patología social que provoca el estado de guerra, con todo su cortejo de descomposiciones morales y biológicas, su peste o *grippe espagnole* (¡injunta palabra!), su aniquilamiento del patrimonio humano; y entonces la obra de Tucídides se levanta como una crueldad histórica consecuente a una imperfecta realización de la Paideia. Pues la Paideia, como la democracia, como el pacifismo y *todas* las grandes esperanzas sociales, sólo puede dar *todos* los bienes que ofrece cuando es por *todos* acatada.

En sus páginas, el ideal griego sigue incólume y está representado sin duda por el tercer discurso de Pericles, suma de la verdadera grande-

⁵ Y el de A.W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides*, 1945.

za ateniense. Pues no es el derecho, no es la libertad, sino la extralimitación del poder lo que ha desatado la fatalidad. La prédica que los filósofos fundan en ideas generales, Tucídides la ejemplifica en la historia. Y el que insista en las ventajas posibles de cierto régimen que más tarde se llama “la Constitución mixta”, ya que no disimula el hecho de que Pericles sólo aplicó una democracia de nombre, únicamente quiere decir que el historiador reconoce como bien de la democracia la posibilidad común de acceso al gobierno; pero que aconseja el gobierno, no de la masa, no de los jefes que transigen con la ceguera de la opinión, o que son fáciles al soborno, sino de la aptitud política y de la pureza moral.

Y aquí se abre el segundo tomo de Jaeger: Sócrates y Platón. En otra ocasión lo examinaremos.

Recibí la noticia de la muerte de Alfonso Reyes, con profunda pena, el último día del año 1959. Pierdo en él a un amigo sumamente apreciado, con quien trabé conocimiento personal hace tiempo, cuando vino a Harvard para recibir el doctorado *honoris causa* que le confirió esta universidad, la primera y más antigua de los Estados Unidos. Con anterioridad a este acontecimiento académico, ya lo había conocido y leído durante varios años. Recuerdo cómo un día me envió su libro, recién publicado, *La crítica en la Edad Ateniense*, que fue mi primer encuentro intelectual con él, pues hasta entonces sólo lo había conocido como una figura literaria y como el más sobresaliente de los ensayistas de Hispanoamérica. Los classicistas y otros eruditos de muchos países (entre ellos los hispanoamericanos) suelen mandarme sus trabajos, y así leí ese libro con la suposición de que el autor era un colega mío que se había especializado en el campo de la retórica griega. ¡Cuál no sería mi sorpresa al leer, en la carta de agradecimiento con que contestó a mi elogioso juicio, que él no era un profesor ni un especialista en estudios clásicos, sino un escritor! Era, en efecto, un escritor cuyo campo de intereses asombra por su variedad, según pude ver luego a través de sus publicaciones subsiguientes.

Sin embargo, todos esos intereses tenían una raíz común: don Alfonso sentía como un humanista, y abarcaba las letras y las lenguas de muchos pueblos, antiguos y modernos, con un ferviente amor a las cosas grandes creadas por la humanidad, de manera particular la literatura española de todos los siglos, y la de Europa lo mismo que la del Nuevo Mundo. Lo que lo había llevado hasta la crítica del período griego clásico era su propia obra creadora de crítico literario moderno. Poseía ese auténtico sentido histórico que estudia la mentalidad antigua no como mero objeto de seca erudición, sino como medio de conocer mejor lo que somos y la tradición que hemos heredado. Y, en verdad, lo que ese libro suyo revelaba en cada una de sus páginas era justamente la perfecta familiaridad de un escritor moderno con todo cuanto se ha pensado acerca de este arte desde que la primera literatura —en el sentido que damos a la palabra “literatura”— llevó a los griegos, pueblo extraordi-

nariamente sensitivo y lleno de curiosidad intelectual, a reflexionar sobre el milagro de esa misma literatura, expresión del pueblo que la creaba. Don Alfonso no comenzaba con las teorías de la *Poética* de Aristóteles, como suele hacerse, sino con las comedias de Aristófanes, en las cuales veía la primera expresión de juicios literarios que se hizo en la vieja Atenas. En seguida estudiaba el famoso tratadito de Aristóteles y otras obras filosóficas y retóricas dedicadas al tema de la poesía. Pero no había sido equivocada mi primera impresión: el libro de Alfonso Reyes representaba algo más que un *hobby* personal de un escritor moderno; el pensamiento antiguo había ocupado sus horas de ocio y había impregnado su obra. Su interés por ese pensamiento antiguo se manifestó en un segundo libro, de la misma índole, acerca de Quintiliano y su sistema retórico, que fue la fuente clásica del gusto estético para muchos siglos de tradición latina. Poco después, Reyes expuso su propio pensamiento estético en *El deslinde*. Valdría la pena estudiar la influencia que sobre él tuvieron los estudios clásicos que lo precedieron, cosa que se hará sin duda algún día.

Después, como he dicho, lo conocí personalmente en Harvard, adonde llegó en compañía de don Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica. Todavía lo veo, paseando de un extremo a otro de la sala de mi casa mientras hablaba sobre cuestiones de la América hispánica y de la anglosajona, sobre literatura universal, sobre sus propios planes, sobre la traducción española de mis libros y los resultados que, según él y según Cosío Villegas, podrían tener en la situación cultural del mundo americano de habla española. El Fondo de Cultura Económica —dijo don Alfonso, ingenioso forjador de frases felices— debía convertirse en un Fondo de Cultura Ecuménica. Hablamos sobre la necesidad de una influencia más directa de la literatura griega clásica sobre la moderna civilización latina de este lado del globo, necesidad evidente en nuestros días, ya que las literaturas y filosofías modernas han sido aquí las predominantes desde los comienzos de la era positivista. Pese a la autoridad de Auguste Comte, decía don Alfonso, esa era había llegado ya a su fin. Yo sentí, con admiración, la intensidad de este espíritu incansablemente activo que en los primeros cinco minutos de nuestra charla se levantó sin el menor esfuerzo a los niveles más altos y a quien no era ajena ninguna de las partes de nuestra tradición, ni los Padres de la Iglesia, ni la filosofía griega, ni el pasado árabe de la península ibérica. Con notorio deleite parecía penetrar en todos los

rincones de la inteligencia y de las tareas de otro individuo. Tuvimos los dos la sensación de una compatibilidad natural, de una perfecta comprensión mutua. No había allí dos mundos cerrados, limitados por sus dogmas favoritos en el libre uso de sus imaginaciones, sino un *commercium liberum*, debido a que en nuestro pensamiento se hallaba presente esa dimensión histórica cuya carencia hace tan a menudo que las opiniones e “ideologías” del hombre moderno sean intolerantes para con el libre intercambio de bienes intelectuales, que es el resultado de nuestra común herencia clásica. Jamás olvidaré cómo animó este sentimiento mis conversaciones con Alfonso Reyes, ciudadano del mundo y a la vez ardiente patriota mexicano que se esforzaba, con celo y con palpable fortuna, en cumplir su misión cultural para bien de su patria, de sus escuelas y universidades, de su educación humanística y de su organización científica. La cumplió no sólo a través de su obra escrita, sino también con su presencia personal en las aulas y en las salas de conferencias, y a través de El Colegio de México, ejemplar institución de altos estudios en la cual ejerció una influencia decisiva, y que es ahora, gracias a él, un centro que domina y estimula las energías intelectuales productivas y los talentos jóvenes de la nación.

Sólo una vez volví a hablar con Alfonso Reyes después de ese encuentro, pero nuestra amistad nunca careció de nuevos impulsos. Hasta el final de su vida siguió enviándome todo cuanto escribía; pero la verdadera universalidad de su espíritu no se me mostró sino cuando recibí, en los volúmenes de *Obras completas*, los escritos no publicados anteriormente en libro. Admiré su dominio de todos los temas europeos, tanto históricos como literarios, su conocimiento de tendencias y de ambientes, y seguí aprendiendo muchas cosas sobre la literatura y la tradición españolas. ¿Quién me hubiera podido hablar sobre Menéndez Pelayo con tan completa familiaridad con el tema, lo mismo que sobre otras muchas figuras importantes de la crítica española, del pasado y del presente? Su manera tenía muchas veces un ligero toque impresionista, pero luego solía tratar problemas especiales con muy gran detalle, gracias a su conocimiento personal de los grandes poetas y prosistas. Reyes estudia, por ejemplo, el Fénix como símbolo poético en Góngora y en una serie de poetas del siglo XVII, cosa que yo hice para otros periodos de la poesía antigua (especialmente cristiana) y de la poesía moderna. Esta amplitud de conocimientos hacía inagotable y estimulador el intercambio de ideas con él. Don Alfonso tuvo siempre el don de relacionar

con su vasta experiencia de la vida humana todo cuanto tocaba, lo cual reviste de gran interés sus libros, dondequiera que se los empiece a leer. Dicho en otras palabras, todo en ellos está relacionado con “la educación de Alfonso Reyes”, y el lector tiene oportunidad de compartir este tesoro.

A otros tocará hablar del grupo de jóvenes escritores del cual surgió don Alfonso, y de las ideas y problemas de ese grupo. El Reyes a quien yo conocí fue el de sus últimos años, el estadista maduro de la república literaria que había conquistado la confianza y la admiración del mundo y de sus coterráneos. Una vez le pregunté cómo había hallado tiempo para hacer tantas cosas, y él me contestó que su única alternativa había sido, o sumergirse en la lucha sangrienta de los partidos políticos en una época revolucionaria, o huir de todo. Fue esto último lo que hizo; y sus puestos diplomáticos en Madrid y París y otras capitales europeas y americanas le dejaron mucho tiempo libre para las tareas del espíritu. En sus últimos años le encantaba refugiarse durante semanas enteras en su retiro de Cuernavaca, y desde allí envió a sus amigos el manojito de poemas inspirados en Homero. Debe de haber sido motivo de gran satisfacción para él el ver publicados sus escritos en la espléndida colección de *Obras completas* que viene editando el Fondo de Cultura Económica. Esperemos que se lleve a feliz término esta colección. Ahora que él ya no está entre nosotros, la edición de sus *Obras* será el postrer tributo que la patria rinda a su genio excepcional, el monumento más merecido a una cumbre de la inteligencia mexicana.

Reyes previó para México un renacimiento cultural, y pronosticó que sería uno de los guías de la vida intelectual de Hispanoamérica. Y comprendió que para ello hacía falta, no sólo el conocimiento de los grandes clásicos de la literatura española, sino también el impacto educativo de los refugiados españoles de nuestro tiempo, que tanto han enriquecido la vida de la nación. Fuera de España, el país europeo que mayor influencia ha ejercido sobre la cultura mexicana es Francia, y todavía constituye un factor importante, aunque quizá el pensamiento alemán ha tomado últimamente la delantera en el campo de la filosofía, incluyendo en él la historia de las ideas como medio de orientación cultural del hombre moderno. En este sentido, sin embargo, ningún período ha cautivado tanto la atención de los escritores y estudiosos mexicanos como el de la Grecia antigua, la cual sostiene fácilmente la competencia del interés que provocan las modernas naciones europeas, y hasta quizá

las supera. El pensamiento mexicano está pasando por su fase helenista, tal como ocurrió durante un tiempo —no lo bastante extenso— en la madre patria, España, por influencia de la Italia renacentista. La civilización norteamericana se acepta de buena gana en el terreno de la técnica; pero en el ámbito cultural y literario, el elemento puritano del gran país del Norte causa cierta desazón a la nueva cultura del Sur, la cual, como suele ocurrir, se siente más consciente de su espíritu católico ahora que la Iglesia y sus dogmas han tenido que ceder el sitio, en el campo del intelecto, a una cultura laica. Hasta en un tiempo en que toda la vida intelectual más elevada de la América hispánica emanaba de la Iglesia, el humanista Erasmo ejerció aquí una honda influencia sobre la concepción teológica de la naturaleza humana y del libre albedrío. ¿Por qué no habría de reaparecer Erasmo —bajo nuevas formas—, y con él el renacimiento cultural y educativo que anunció? Bajo este aspecto, justamente, me gusta contemplar la vida de Alfonso Reyes y su misión cultural en México. Es el comienzo de una era. Damos la bienvenida a su cálido entusiasmo, y reconocemos, agradecidos, la chispa de genio en el espíritu mexicano tal como él lo representó, y le deseamos seguidores auténticos, capaces de proseguir la misma obra con idéntico espíritu.

Werner Jaeger
Universidad de Harvard, enero de 1960

Texto aparecido en *La Gaceta*, publicación del Fondo de Cultura Económica, año VI, núm. 63, enero de 1960, p. 3.

Un amigo en tierras lejanas: correspondencia

Alfonso Reyes/Werner Jaeger (1942-1958)

se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2009
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.

Av. Coyoacán 1450, col. Del Valle, 03220 México, D.F.

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia.

Tipografía y formación: Sans Serif Editores, S.A. de C.V.

Cuidó la edición Sans Serif Editores

bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

TESTIMONIOS

Alfonso Reyes ha sido enfático sobre el interés que despierta el estudio de los documentos epistolares: “Sin el estudio de las cartas, la cultura en general (tesoro espiritual acumulado por las generaciones), la historia, la biografía, las letras, presentan zonas de silencio o, a veces, carecen de explicación. Ellas, como decía el Doctor Jonson, nos permiten apreciar los actos en sus motivos, los sistemas en sus elementos, sin contar con el deleite desinteresado de viajar por estos paisajes interiores del hombre que sólo las cartas nos franquean”. La relevancia, y la importancia de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Werner Jaeger debe verse en ese contexto: es el testimonio del mundo cultural de ambas figuras.

Diseño de portada: Yuriria Pantoja Millán.

